

Lalo Salazar

Estaba impaciente en la ventana del cuarto piso; lo vió aparecer, mirar a lado y lado y entrar al edificio.**Error! Reference source not found.**

La planta baja estaba sola.

Hundió el botón y el viejo ascensor descendió, lentamente, haciendo sonar su mecanismo.

Al subir lo esperaba en el corredor.

- Te demoraste.
- Tuve que dar un rodeo.
- ¿Te siguieron?
- Sí.
- ¿Qué hiciste?

- Los despisté por el centro comercial;
cuando subí al puente los ví abajo,
perdidos.

- ¿Los reconociste?

- Eran los dos secretos que nos vienen
siguiendo. No creo que fueran impresiones
- dijo, entrando.

El jefe cerró la puerta.

- Tenemos que escoger otro lugar - dijo
otro, que se encontraba sentado en un
sillón.

- Y cambiar las claves - dijo el jefe -.
Después del rescate no debemos usar las
mismas.

- ¿El correo?

- Aquí está.
- ¿No está bajo sospecha?
- No. Todavía no - confirmó desde el sillón.

Examinaron la situación y decidieron continuar con los planes.

El vendedor de frutas los vio salir, de uno en uno, con intervalos de cinco minutos. Al doblar la esquina se confundieron entre los transeúntes. Iban decididos.

El visitante tomó un bus y se bajó en el terminal de transportes, recorrió las calles aledañas y llegó a su lugar de trabajo. Esa tarde lavó el carro y no tuvo mucho por hacer. A las seis le indicaron que podía irse

y se despidió cuando la tarde se enfriaba y caían las primeras gotas.

Los muchachos alborotaban la calle; unos montaban en bicicleta, las niñas jugaban rayuela y los mellizos caminaban en zancos.

- Lalo; que se entre.
- Ya voy.
- Lalo; que se entre; manda a decir mi mamá.
- Dígale a mi mamá que ya voy.
- ¡Lalo!
- Que ya voy.

- ¡Mire cómo está de mojado! ¡Deje ya de jugar en la lluvia! Se va a resfriar.

- Un ratito no más.

- ¡No!

- Sí...

- ¡Carambas!, qué muchacho tan necio.

Yo no sé...; le voy a decir a mi mamá.

- Un ratito; no más...

- Lo va a ver.

La lluvia arreció y Lalo y sus amigos siguieron montando en bicicleta. Habían cogido una rama seca que el viento había desprendido del flor amarillo y la colocaron para indicar el punto donde debían frenar. Apostaban a cuál resbalaba más. Daniel

puso el pie firme y se paró sobre el pedal, la cadena se detuvo y su bicicleta amarilla resbaló hasta sobrepasar la roja de Miguel; pero todavía la azul de Mauricio estaba más allá. Le volvía a tocar el turno a Lalo y su hermana Luisa volvió a llamarlo desde la puerta.

- ¡Lalo!

Enseguida apareció su madre.

- Lalo.

- Sí, mamá.

- Entrese ya mismo.

- Sí, mamá - dijo, enrutando su bicicleta hacia la casa -. Ahora nos vemos - dijo a sus amigos.

Se desmontó al lado de su madre, haciendo un inmenso charco, y pasó al patio interior a guardar su bici, mojado como un pescado, dejando un pozo en cada pisada. Las largas y delgadas huellas de las ruedas mortificaron a su hermana.

- Mamá; mire cómo dejó la sala.
- Lalo; rápido; vaya a cambiarse - concluyó la madre.

Se oyó un trueno y se desató una fuerte tempestad. La tarde se fue oscureciendo y por el frío llegó la noche.

- ¡Achisst!
- Te resfriaste -

- ¡Achiisst! ¡achiisst!
- Vaya, abríguese; póngase una chaqueta
- le dijo, y el niño entró a su habitación.
Salió con su chaqueta caqui, de cuello felpudo y cogió el teléfono que en ese momento timbraba.
- ¿Aló?
- ¿Lalo?
- Sí.
- Mirá, Lalo, habla Edgar Mario; pásame a mi mamá.
- Bueno - le respondió, pasándole el aparato a su madre -. Mamá, mi hermano.
- ¿Edgar Mario?

- Mami, ya salimos de la consulta del médico con la abuela.

- ¿Cómo les fué?

- Todo bien; lo que pasa es que hay inundaciones y no podemos pasar; hay varios carros atascados.

- ¿Dónde están?

- Por acá, en el sur; en una panadería. Se fue la energía, los semáforos no funcionan y las calles están congestionadas. Ya llevábamos más de media hora tratando de llamar.

- ¿Y la abuela?

- Todo bien; cuando pase la tormenta vamos.

Lalo no se dió cuenta a qué horas llegaron porque después de comer hizo la tarea de aritmética, se despidió de sus padres que conversaban en el estudio y se acostó. Cuando su madre fue a darle una vuelta, lo encontró descubijado y dormido. Adela lo arropó.

Llovía.

Lalo soñaba que un anciano y su familia estaban subiendo parejas de animales a un barco; que al principio hacía calor y él estaba al lado de un olivo; tocaba los frutos y los sentía duros, en nada se parecían a las aceitunas que tanto gustaban a su hermana. Había olivos y olivos, muchos olivos; todo

era olivos; una casita blanca y todo olivos y al final, el mar, azul e inmenso. Lalo sentía calor. Se acercó a la playa y vio subir una pareja de leones, después una de jirafas, luego una de tigres y los monos jugando con los cordeles de la nave. Atraído por ese inesperado suceso se acercó más y en eso oyó una voz poderosa que decía: "La maldad de los hombres es muy grande". Lalo vio que el anciano dejó lo que estaba haciendo y miró al cielo. Permaneció silencioso; enseguida dijo a su familia que se apresurase y comenzó a llover. Subieron la vaca y el toro; la yegua y el caballo..., y volvió a oírse aquella voz poderosa: "Eres

justo, íntegro, temeroso de Dios... Contigo estableceré mi alianza". El anciano se arrodilló y agachó su cabeza hasta tocar la tierra. Cuando el último de sus hijos entró a la embarcación, cogió de las orejas a dos conejos que llegaban retrasados y partió.

Lalo en la playa, estaba asustado pues siguieron llegando animales y animales, fieras y serpientes, que peleaban entre sí produciendo un ruido infernal. A lo lejos venía una multitud de personas pero temerosa del espectáculo impresionante que veía, se detuvo. Y otra vez volvió a oírse aquella voz: "... y lloverá por espacio de cuarenta días y cuarenta noches...". El

anciano y su familia se arrodillaron sobre cubierta.

Lalo, asombrado, no sabía qué hacer. Corrió entre los olivos a una colina y vio la nave; vio cuando en el mástil se posaban alondras, golondrinas y palomas..., y que el anciano lo invitaba. Y volvió a oírse aquella voz: "Y abriré las cataratas del cielo". Todo se ensombreció bajo las aguas que se precipitaban. "Ven" - lo invitó. Lalo se extrañó. El anciano le señaló un sitio en la nave. Allí estaba Tula con su bicicleta rosada, rodeada de matas y de flores, pero los fuertes vientos que soplaban fueron alejando el arca, y el arca se perdió.

Lalo se despertó y tuvo miedo. Se levantó y se acostó al lado de su madre y cálidamente durmió hasta el otro día.

Esa mañana un leve viento movió las ramas de los árboles y cayeron las últimas gotas. Al salir para el colegio vio, caídas, diminutas hojas de acacia, pétalos de florecillas amarillas y sintió esa grata humedad que le refrescaba la cara. Llegó de primero al paradero y se sentó en el muro de piedra de un antejardín a esperar el bus, entonces vio aparecer el arco iris.

A las nueve el profesor les dijo: "La tarea, sobre el pupitre", y zumbaron abriendo maletines, pupitres, cerrándolos, extendiendo los cuadernos, que empezó a revisar, paseándose con aire circunspecto.

- Profe, a mi se me quedó - dijo alguno con voz entrecortada y el profesor se detuvo, levantó los ojos y dirigió la mirada hacia el desventurado que había olvidado su cuaderno. Lo contempló más con piedad que con enfado y sonrió.

- Ya veremos - dijo con reserva -. Y tú - dijo al que estaba al lado -; ¿por qué no la terminaste?

- Fue que se fue la luz...

- Y antes de que se fuera, ¿qué hiciste?

No contestó. Nadie dijo nada y el maestro continuó examinando cuaderno tras cuaderno.

- A los que les vaya revisando la tarea pueden ir saliendo a recreo; los que no la hicieron o la tienen incompleta o mala, se quedan.

Lalo salió, vio a sus compañeros en el corredor, tiró su chaqueta al lado de la de Alejandro y se sentó en el suelo con la espalda recostada en la pared.

- José Antonio, dame manga.

- Tené - le contestó, pasándole un pedazo.

El murmullo de los estudiantes poblaba el colegio; formaban pequeños grupos, aquí y allá.

- El corazón es un reloj - dijo Julián continuando el tema que tenían.

- ¿Cómo? - discutió Alejandro.

- ¿Cómo así? - preguntó Lalo.

- Mi tío, que es médico - intervino José Antonio -, nos dijo que el corazón es como un reloj de arena...

- ¡Ah!; como un ...; no que es - concluyó Alejandro.

- No; que sí; que sí es ...
- ¿Pero, cómo? - reaccionó Alejandro.

José Antonio dió un último mordisco a la manga, la saboreó, miró la caneca de la basura, calculó la distancia y tiró la pepa que entró dando vueltas produciendo un ruido metálico que les era familiar; José Antonio colocó atravesada la chaqueta, sobre los muslos y se limpió una gotica de agua sal que le cayó en la camisa.

- A ver, contá - pidió Lalo.
- Que en el corazón hay un frasquito con arena; que cuando uno mueve un brazo o da

un paso, cae un granito; pero que no era una arena cualquiera, sino pequeñita, fina, muy fina, polvo de Etamis, polvo de estrella.

- ¿Y cómo hacen para meter el frasquito?

- preguntó, Alejandro.

- Como las uñas - dijo Julián.

Continuó José Antonio:

- Mi tío dijo que así como uno nace con huesos, así nace con el corazón; que es de un material como el de los huesos, pero blandito, como la punta de la nariz; así.

Todos se la tocaron.

- Sí, hermano, porque ¿cómo va a nacer uno con vidrios?- comentó Lalo.

- Eso está muy reforzado - replicó Alejandro -. ¿Y lo de los trasplantes, qué?

- Que le dan la vuelta al frasquito y las personas pueden dar otros pasos más, pero contados, porque ya la arena de la vida pasa más rápido; ya casi no da tiempo de nada.

- Los huesos son como huecos; yo los he visto... Por ahí pasa la arena - dijo Lalo.

- Puede ser - dijo Julián, que dió un último mordisco a su manga, lo saboreó, miró la roja caneca de basura, calculó la distancia y tiró la pepa que ¡pas! pegó en el borde y resbaló por el corredor dejando la húmeda huella de su recorrido; Julián cogió

su chaqueta, la dobló y la puso entre sus hombros y la pared para recostar la cabeza.

- Yo he oído decir que hay distintos tipos de sangre, no de arena... No puede ser arena lo que uno tiene en el corazón - repuso Alejandro.

José Antonio recogió las piernas y las cruzó; acomodó de nuevo la chaqueta, y dijo:

- Mirá, Alejo; el tío nos contó, también, lo de la sangre, pero de una manera diferente... El tío, que es médico, nos contó que en Etamis, allá donde se recoge la arena para darle los pasos a los hombres, los días son días de verdad y las noches,

noches de verdad; ¿qué te digo?; que la luz es más luz, el azul es más azul y la noche es más oscura; que entonces cuando los Enviados llegan a recoger la arena, y está de mañana, la arena es amarilla y los hombres nacen indios o chinos; si es medio día, nacen blancos, y si la recogen por la noche, nacen negros; porque toma el color de las horas.

- ¿Y los mestizos? - preguntó Alejandro.

- Nacen a las medias nueves - contestó José Antonio.

- ¿Y los mulatos?

- Al atardecer.

- No; no creo.

- Puede ser que cada uno tiene su verdad,
como dijo el profesor - intervino Julián.

- No me convence.

- A mí, sí - replicó Julián -. Yo a veces
siento el golpecito de la caída de los granos
de arena. Una vez yo...

José Antonio lo interrumpió, diciendo:

- Ahí viene el señor Arcusa...

Apareció el Rector al fondo del corredor.

Era bajo, pero los estudiantes lo veían
altísimo, con su calva brillante; vivía lleno
de contradicciones interiores y ellos lo
veían de un rictus severo, fino, impecable,
cruel. Usaba perfumes costosos, llevaba los

zapatos negros bien lustrados, y era la autoridad.

Cambiaron sus posturas, pasaron la mano sobre sus cabellos, recogieron las chaquetas, ordenaron los libros.

- Buenas, jóvenes.

- Buenas, profesor.

El Rector hizo un gesto a Lalo indicándole que se levantara; Lalo se levantó y se le acercó. El puso su mano sobre el hombro derecho de Lalo, abrazándolo, y recorrieron unos pasos, luego se separó y le dijo:

- Rescataron a tu abuela.

- Sí, profesor.

- ¿Le sucedió algo en el rescate?
- No, profesor; sana y salva.
- ¡Ah! que bueno. Me alegro mucho.
- Gracias, profesor.

El Rector le dió un abrazo y siguió, pero repentinamente se detuvo, exactamente al lado de la pepa, y fue llevando lenta, lentamente la mirada a los ojos de cada uno, buscando el indicio revelador: Alejandro, tranquilo; José Antonio, aparentemente despreocupado, se sentó mejor y dobló la chaqueta colocándola a su lado; Julián se azoró y sintió una oleada de calor en las orejas; el señor Arcusa se detuvo allí, en el súbito enrojecimiento de sus orejas y

Julián silenciosamente, sin quererlo, sin saber cómo ni por qué, se levantó, alzó la pepa y la puso suavemente en el fondo de la caneca.

Julián sonrió y el Rector, satisfecho, dió media vuelta.

Sin decir una palabra continuó por el corredor, llegó a las gradas y descendió al patio donde los estudiantes se entretenían en los variados juegos del recreo; los contempló unos instantes, miró su reloj de pulso y tocó la campana. El bullicio se apagó.

Lalo subió a su habitación y se sentó en el pupitre, frente a la ventana. Permaneció mirando el tejadillo que cubre el estadero y suele llenarse de torcazas atraídas por las migas de pan que les da la abuela. Abajo escuchaba los ruidos de Tomasa: una tapa, una olla, el abrir o cerrar las llaves del lavadero, el golpe sucesivo del agua sobre el tanque, o su voz respondiendo a los vendedores, que la desesperaban y la hacían rezongar.

Quitó el candado y sacó su cuaderno de notas; no era propiamente un diario; anotaba sus vivencias, tenía autógrafos, dedicatorias y pensamientos. Escribió:

"El viernes rescataron a la abuela.

¡Hasta las paredes están contentas!"

Aquel día en que al regresar del colegio el vigilante le dijo que la habían rescatado, dejó caer la maleta, los libros rodaron por el suelo, y corrió a verla. La puerta volvía a estar abierta y cruzó como un bólido: allí estaba, sentada en la silla mecedora de su habitación. Se detuvo un instante, le brillaron sus ojos negros y se acercó con una alegría que le lloraba en el corazón. La abuela lo abrazó y retuvo su mano entre las suyas. Su madre estaba sentada al borde de la cama, su padre de pie y afuera esperaba

el señor Mendoza, el detective que había participado en el rescate.

Tomasa dijo:

- ¿Quién dejó la puerta abierta? ¡Se va a salir Onix!

La cerró y se entró para la cocina.

Timbraron, regresó y abrió otra vez, protestando:

- ¡A la orden!

- Lalo dejó la maleta en la calle - dijo Wilson, el vigilante.

- Démela. Ese muchacho no va a aprender.

Las llaves quedaron balanceándose en la cerradura.

- Lalo, asómese a ver quién es - dijo su madre.

Lalo bajó.

Al sentirlo, le dijo Tomasa:

- Un día el que se queda por allí botado es usted...

Lalo no le puso atención y la llevó a su habitación.

La casa había vuelto a ser la casa; algo indefinible había sucedido cuando esos hombres se la llevaron; por eso, ahora era como si las cosas ocuparan de nuevo su lugar.

Camila estaba sentada en la sala, en el sofá que queda al lado de la ventana, leyendo un artículo con ocasión de la muerte del expresidente. Leía con interés la vida de este hombre público tan vinculado a la historia del país y de quien siempre le habían atraído sus manifestaciones humanísticas, porque se presentaba sencillo, ajeno a la ostentación y a la lisonja. Lo recordaba y había seguido con interés sus esporádicas intervenciones, escritos y comentarios. Los periódicos fueron dando de él la imagen de un hombre mayor que se refugiaba en una pequeña población. A ella le gustaba esta faceta, que

concordaba con aquellos agitados episodios de la vida nacional al intervenir y abogar por la concordia y la reconciliación. En las fotos se le veía como a cualquier parroquiano jugando tejo o montando en bicicleta.

Cuando sonó el timbre, se puso de pie y corriendo la cortina descubrió a Lalo. Dejó la revista sobre la mesa y fué a abrirle.

Serían las 5 de la tarde.

- Hola.
- ¿Está Claudio?
- Sí, mi'jo. Sigue.

Claudio y Camila vivían en la casa contigua, cuyo solar se prolonga hasta la calle de atrás; allí Claudio cultivaba una huerta con todo el tiempo libre que le permitía su jubilación y el milagro constante de la tierra. Fué lo que siempre quiso, y en la ciudad; por eso al urbanizar ese barrio, con su hijo Alfonso compraron ese lote de mayor extensión que significa tanto para ellos.

Claudio estaba terminando de regar un surco.

- Buenas.
- Buenas, jovencito.
- ¿Qué hace?

- Regando unas semillas de rábano.
- El rábano pica mucho...
- Sí, pero es muy bueno.
- ¿Para qué?
- Es un diurético.
- Un diu... ¿qué?
- Un di-u-ré-ti-co; no deja que uno se llene de agua; ayuda mucho al hígado y a la vejiga - le explicó el viejo. Y al ver que tenía un hilo en la mano le preguntó -: ¿y, eso?
- Para hacer un zumbambico.
- ¿Y las tapas?
- Aquí están; ya las aplané, pero me gustaría mejor con el martillo.

Claudio le extendió la mano y Lalo le pasó la piola y las tapas.

- A ver...; vamos a ver - dijo levantándose, cerrando la llave del aspersor.

Observó las tapas y la piola y le dijo:

- Vamos al cuarto de las herramientas; las aplanamos sobre el yunque; la piola hay que cambiarla; está molida.

Claudio separó un cáñamo y luego de aplanar y de hacer los agujeros a las tapas, lo pasó y lo anudó en el extremo.

- Ensáyalo.

Lalo lo hizo girar.

- A ver, déjame lo pruebo.

El viejo lo hizo girar.

- Está bueno. Ven; vamos para adentro que ya está bien por hoy. He trabajado mucho.

Camila estaba en la cocina; Lalo dió las gracias y salió.

Claudio sonrió recordando su niñez.

La abuela dudó de contar cómo había sucedido. Era la hora de almorzar; Tomasa había puesto la mesa y se habían tomado ya el jugo de maracuyá. Adela puso un salvamantel y Tomasa colocó la fuente con el "arroz atollao", y trajo el aguacate y las tostadas de plátano.

- ¿Qué horas eran? - preguntó Francisco.

- Me acababa de bañar; Adela había salido al supermercado. Calculo que serían las nueve.

Francisco tomó los cubiertos y se dispusieron a comer.

- ¿Y Tomasa? - preguntó.

- Estaba acompañando a Adela.

- ¡Ah!

- ¿Y Abelardo?

- No lo ví.

- Había salido contigo ¿no? - intervino Adela.

- Sí, pero debía llevarte al supermercado

- repuso Francisco.

- Me quedé esperándolo y al ver que no venía le dije a Tomasa - aclaró Adela.

- Yo siempre he tenido mi reserva - dijo Luisa.

- De verdad pensé - dijo Adela a Francisco -, que tú necesitabas el carro; por eso nos fuimos.

La abuela continuó:

- Estaba arreglando la habitación cuando se me vinieron encima: dos me cogieron y el otro me metió un pañuelo en la boca. El mundo comenzó a darme vueltas; ví todo blanco y sentí que se me doblaban las piernas... - recordó emocionándose.

- Será mejor no revivir esos momentos -
dijo Francisco.

- No sé, Pacho - replicó -. Son cosas de la vida. No es lo mejor para mí ni para los niños, pero son cosas de la vida... y me desahogo; me tranquilizo sabiendo lo malo que lo pasé y la alegría de ...

Tomasa salió de la cocina y dijo:

- Eso le hace daño...

- Sí, mamá... - dijo Adela.

- Los quiero mucho - dijo, y se puso a llorar...

- No llore abuelita - dijo Lalo.

- Tome un poquito de agua - dijo

Tomasa, pasándole un vaso.

- Es mejor no hablar de estas cosas - dijo

Luisa, contrariada.

Edgar Mario se paró y la invitó a levantarse. Tomasa y Adela la acompañaron al segundo piso.

Arriba, en su habitación, sentada en su mecedora, a pesar de que lloraba se encontraba inmensamente feliz; sí.

- Pensar que durante ese tiempo...

- Por favor, hijo, no hables con la boca llena - dijo don Francisco.

- Le das más importancia a una anacrónica regla de urbanidad que a nuestros sentimientos - replicó Edgar Mario.

Don Francisco había recogido un poco de arroz con el tenedor, tenía la boca llena, y le hizo un gesto dándole a entender que no se trataba de eso.

Puso las manos, trepó al lavadero y subió al muro que da a la huerta; vió el espantapájaros y aquellas laminillas plateadas que con su vaivén y sus reflejos cuidaban las simientes. Lalo se sentó en el muro a terminar de comerse un chontaduro con sal. Se llevó a la boca el último pedazo y lo saboreó; se chupó la pepa, la paseó de un lado a otro dentro de la boca, estrechó los

labios, tomó aire y de un soplo la expulsó.

Se limpió las manos en el pantalón y se dejó caer.

- ¿Cómo estás? dijo Claudio.

- Bien.

Serían las cinco de la tarde.

- ¿Qué tal el colegio?

- Bien.

- ¿Tus papás?

- Bien.

- ¿Y la abuela?

- Bien.

Lalo se puso a ayudarlo a recoger naranjas.

Una había rodado cerca del aljibe.

- Ten cuidado; la tapa está podrida.

La recogió y se acercó al pozo que estaba mimetizado entre la maleza. Unas florecillas silvestres crecían alrededor.

- ¿Para qué este balde?
- Para sacar agua.
- ¿Puedo sacar?
- El lazo está tostado.

Recogieron las naranjas. Claudio le pasó el canasto y se quitó los anteojos, se frotó los ojos con los nudillos de la mano, se puso sus gafas y retomó el canasto. Antes de entrar a la casa, Lalo le dijo:

- Tengo que hacer una tarea.
- ¿Sobre qué?

- Los volcanes.

- Y...

- ¿Usted tiene algo?

- Límpiense bien antes de entrar - dijo

doña Camila -. Siempre traes barro en los

zapatos - insistió mirando los pies de su

marido -. ¿A qué horas entraste que no me

dí cuenta? - le preguntó a Lalo.

- Ahoritica.

Claudio pasó la suela de sus zapatos sobre

una lámina de acero que había colocado en

el andén que da acceso al estadero y siguió

al cuarto de las herramientas. Lalo lo imitó.

Dejaron las naranjas en la cocina.

- Sobre volcanes.

- Sí; ¿tiene algo?
- Espera me lavo las manos.

Camila tomó la escoba y barrió la tierra que dejaron. Oyendo a su marido en el estudio, le dijo a Lalo:

- Sube.

Claudio sacó de la biblioteca el Atlas, buscó el capítulo de los volcanes, y abrió el libro sobre el escritorio:

- Ahí tienes.

Lalo se puso a mirar sus láminas.

- ¿Por qué tienen fuego los volcanes?
- ¡Qué pregunta!
- ¿Por qué?
- ¿Qué te digo?

- ¿Por qué echan candela?
- ¿Qué te dijeron en el colegio?
- Estaba distraído.
- Eso está mal; hay que poner atención.
- Sí.
- Los volcanes echan candela porque el núcleo de la tierra está lleno de fuego.
- ¿Qué es el núcleo?
- El centro de la tierra.
- ¡Uy! ¿de pura candela? ¿y por qué?
- Ni siquiera hoy se sabe qué es lo que hay debajo de la corteza terrestre.

Lalo puso la cara de desconcierto y Claudio continuó:

- Hay unos hombres especiales que han dedicado sus vidas a averiguar estas cosas; son los científicos; y ni siquiera ellos saben exactamente cómo son las cosas; pero algo han averiguado.

- Ah.

- Dicen que la tierra era una masa candente.

- ¿Sí? ¿Cómo así?

- Y que poco a poco se ha ido apagando; pero que todavía tiene fuego por dentro y sale por los volcanes... A ver, cómo te explico... - dijo Claudio, pasando las páginas -. Mira este gráfico; ¿ves?; allí está bien explicadito. ¿Quieres dibujarlo?

Lo calcó y bajó.

Claudio le dijo cuando salía:

- La tierra es una de esas lucecitas diminutas que flotan en el espacio... - y él salió corriendo con el volcán en la mano.

A las siete y treinta el profesor pasaba revista; todos tenían abiertos los cuadernos sobre sus pupitres y él los miraba, uno por uno, haciendo observaciones.

- ¿Qué pasa con el tuyo, José Antonio?

Explícame estas dos salidas.

- La más alta es el cráter; la otra, una grieta por donde también puede salir lava.

Miró al estudiante de al lado y tomó su cuaderno.

- Y, ¿estas manchas grises?
 - Ceniza, profesor; los volcanes lanzan cenizas a veces a grandes distancias.
 - ¿Toda erupción volcánica es explosiva?
 - No, profesor; también puede haber erupciones calmadas.
 - ¿Cuándo? - preguntó a otro alumno.
 - Cuando tienen pocos gases.
 - ¡Bien! ¡Bien! - exclamó -.Los primeros de cada fila recogen los cuadernos y los ponen sobre mi escritorio.
- Se sintió una exhalación general y rápidos comentarios.
- ¡Silencio! ¡Silencio!

El profesor pasó adelante, se subió a la tarima y, mientras los encargados colocaban los cuadernos en su escritorio, hojeaba un libro grande. La mañana estaba fresca y luminosa; por la ventana se veía el verde de la montaña y algunos arbustos florecidos; el olor de la salvia y el pasto yaraguá, que traía un agradable vientecillo, aromaban el salón.

Los niños se fueron quedando en silencio y el profesor, dejando reposar el libro sobre su brazo izquierdo, les dijo:

- Hoy vamos a hacer un viaje muy especial; un viaje a la tierra. El viaje empieza muy lejos, allá, en las galaxias -

hizo una pausa y aclaró -: Hay cosas de las que les voy a decir que ustedes probablemente no comprendan, pero es que hay cosas que el hombre nunca podrá comprender ni imaginar; cosas que nos dejan perplejos y para las cuales no tenemos respuestas exactas, y tan solo nos queda vivir con asombro, con ese misterio, con esa soledad, con esta emoción ... -hizo otra pausa, entonces leyó -: "El viaje es en el Universo, muy lejos, en un enjambre de galaxias reunidas en lo que llamamos un grupo local. Uno de los miembros de esta familia cósmica constituido a su vez por incontables estrellas, tiene la forma airosa

de una girándula. Es la Vía Láctea. Comparada con otras galaxias es de tamaño mediano y sin embargo, resulta difícil concebir sus dimensiones. De un extremo al otro mide unos 100.000 Años Luz. Su comba central tiene un espesor de 25.000 Años Luz, y un Año Luz - ésto es la distancia que recorre la luz en un año a la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo - son casi nueve billones y medio de kilómetros".

- ¿Entendiste, Julián? -
- Algo.
- ¿Qué?

- Que hay distancias muy grandes y muchas, muchas estrellas.

- Bueno; por ahí es la cosa. Sigamos viajando - y leyó -:

"... a dos terceras partes de distancia desde el centro de la Vía Láctea, donde las estrellas empiezan a estar menos aglomeradas, brilla un astro. Tiene en su derredor un espacio enorme para moverse, pues su vecino más próximo en la galaxia está a 38 billones de kilómetros de distancia. Esta solitaria estrella es nuestro Sol. Entre su fiel familia de planetas, satélites, asteroides y meteoritos y cometas hay una pareja extraordinariamente unida: la Tierra y la Luna".

Los muchachos sintieron como si llegaran a las playas de la tierra.

"La tierra es eso - leyó el profesor con un tono apacible y cariñoso -; un planeta menor ligado a una estrella en las afueras de una galaxia entre miles de millones de galaxias...".

Lo interrumpió el sonido acompasado de un obrero reparando una cerca; se acercó a la ventana, llamó su atención y le pidió que se retirara; dirigió de nuevo la mirada al grupo y se dispuso a concluir. Los muchachos lo esperaban atentos.

"... vista así, desde las heladas profundidades del espacio infinito, sería

facilísimo olvidarse de esta motita casi invisible, a no ser por una circunstancia; entre todos los lugares que podrían sustentar la vida, la tierra, a lo que sabemos, es el único que la alberga".

Los muchachos comenzaron a opinar, y el profesor sobre sus voces, concluyó: "... su interior y su corteza, su atmósfera, sus climas y hasta sus movimientos por el espacio procuran el medio ambiente que necesita la vida para florecer".

Sonó la campana y se le acercaron a preguntar por los marcianos y los seres

extraterrestres. José Antonio aseguraba que la vida había venido de otro planeta.

Después de comer subió a su habitación y Luisa tocó a su puerta.

- Lalo, que bajés; te manda a decir mi papá.

- ¿Para qué?

- Te necesita.

Había llegado el abogado.

- Hija, trae unos hielitos.

Luisa llevó la hielera. Don Francisco sirvió el whisky.

- Sí, papá.

- Hijo, te presento al doctor González.
- Sí.
- Mucho gusto -
- Sí - contestó tímidamente Lalo.
- Lalo - intervino su padre -; el doctor quiere saber dónde encontraste la cartera.
- En la huerta de Claudio.
- En la casa de al lado - aclaró don Francisco.

Pocos días antes de lo de la abuela, Lalo había encontrado una billetera. Quien la había perdido, tal vez había pasado corriendo. Cuando se presentó el hecho Claudio le dijo a Lalo que se la diera a Mendoza. Antes de entregarla a su papá

Lalo había reunido con Mauricio y Daniel y habían visto los papeles: la cédula, la libreta militar y el pase y un mensaje en clave.

- ¿Es ésta? - preguntó el abogado.
- Sí.
- ¿Te comentó algo don Claudio?
- No; sólo que le habían dañado las matas de arveja.
- ¿Dónde estaban?
- Al pie del muro.
- ¿De cuál? - quiso aclarar su padre.
- Del que da a nuestra casa.
- Ah, bueno; gracias hijo.
- Gracias - dijo el abogado.

Lalo había copiado el mensaje:

M.I.

P.A. : S.S.

M.9. : T.T.

A.3.

Hablaron acerca del comportamiento del hombre en relación con su educación y cómo presionan las necesidades sociales.

Viendo que el doctor González apuraba su trago, le dijo:

- ¿Otro?
- No, gracias; es hora de irme. Mañana lo llamo. Con las pruebas que tenemos la acusación va a ser sólida.

El ruido del carro del abogado se perdió al doblar la esquina y don Francisco al cerrar la puerta tuvo una idea... Tomó el periódico de la mesilla de la sala, sacó la pistola que llevaba en la pretina del pantalón y la puso sobre la mesa; la desarmó, pieza por pieza, la envolvió y la arrojó a la basura.

En el recreo les contó de la visita del abogado y sentados en el corredor del intentaban descifrar el mensaje.

- Para mí. "M.I.", significa misión importante, o mensaje importante... - dijo José Antonio.

- El número tiene que ver con la hora
¿no? - preguntó Julián.

- Sí; fue como a las nueve - dijo Lalo y
comentó: - La "T", puede ser Tomasa; que
cuando Tomasa hubiera salido a la tienda,
porque hay dos "T"...

- Sí - dijo José Antonio - . Además
fueron tres. ¿Y cómo era la billetera?

- Café; de cuero.

- ¿Nueva o usada?

- Usada.

- ¿Fina o barata?

- Barata; tenía la cédula, la libreta militar
y el pase.

- Mayor, por la cédula; sabe de armas, por la libreta; y chofer, por lo del pase - concluyó José Antonio, dándose importancia.

- Los documentos figuran a nombre de Aicardo Duarte Guarín - comentó Lalo.

- Puede ser un nombre ficticio - opinó José Antonio.

- Es lo que dice el detective.

- Eso - dijo Julián.

- En el escritorio del Administrador del almacén, la secretaria encontró un papel parecido, dentro de un libro que estaba sobre el mostrador.

- ¿De qué era ese libro? - dijo José Antonio.

- Una novela; "La piel de Abaga".

- ¿De qué trata?

- Mendoza lo leyó; dice que de aventuras.

- Decile que te lo preste y lo leemos...

- Bueno.

- Allí tiene que haber alguna pista - dijo Julián.

- Es una cacería en Africa.

- ¿Tenés el papel ahí? - dijo José Antonio.

- Sí; lo copié.

- Dejalo ver - dijo Alejandro.

Lalo sacó su billetera desdobló la hoja:

M.I. : V.B. #2.

- "Misión Importante"; "Va Bien" - Intentó descifrar José Antonio -; el número puede ser la jerarquía de la organización; o que le envíe dos personas.
- ¿Qué dijo el Administrador? - preguntó Julián.
- Que él no sabía quién lo había dejado allí; que eso no era de él.
- Está negando - dijo Julián.
- Vamos a hablar con Mendoza - propuso José Antonio.

- Sí; yo les aviso - aceptó Lalo -. Yo los llamo cuando él nos diga.

Una fotografía del bisabuelo con sombrero y escopeta, y a su lado el Springer, presidía el cuarto de la abuela. En el tocador pequeños portaretratos con fotografías de toda la familia; sobre la cama un cubrelecho de lana de alpaca. La abuela Silvina estaba en su mecedora, de espaldas a la ventana; y el doctor Fonseca, sentado en el butaco del tocador, veía las ramas del árbol, al fondo, ondular frescamente. Se

escuchaba a Tomasa trapeando, los vecinos comentando, los canarios...

El médico puso su maletín sobre las rodillas y repitió con voz sosegada:

- La veo bien.

- Gracias doctor; fueron unos días horribles. Imagínese el susto y luego esa montaña... Era para morirme. Pero le digo, doctor, me lo tomé con resignación y cada nuevo amanecer era como una visita de Dios que me daba confianza; cada grano de lenteja, de fríjol, que me daban, yo lo recibía como comulgando, llena de fe, de esperanza.

- Sí.

- Fue extraño y revelador para mí; fíjese que me llegaron a encadenar y sin embargo no me sentí humillada; rezaba para tener fuerza, para no deprimirme; respiraba rítmicamente para no desesperarme; e incluso un gran deseo de vivir me llevaba a comprender a esos hombres. Lo que más me preocupaba era la familia, el sufrimiento de Adela, Pacho, los niños, de todos. Pensaba mucho en ellos y pensaba en tanta cosa que uno puede hacer y no hace como si contara con las personas y el tiempo para siempre.

- Sí.

- Yo no sé de dónde me salió esa fuerza; ahora pienso que de la fé. Sí, siempre tuve fé; pero esa fé me la regalaba la vida misma. Es bello vivir. Créame, doctor Fonseca, que el ser humano no sabe agradecer la maravillosa oportunidad de vivir.

- Sí, doña Silvina.

- ¿Se toma un cafecito?

- Sí, gracias; pero usted debe tener cuidado porque le puede subir la presión.

- No, doctor, a mí me hace daño es el que se queda en la olleta, como dice don Modesto.

A las cinco llegaron Julián y José Antonio en bicicleta. No estaba Mendoza; se olvidaron de descifrar claves y secretos y se enrutaron hacia la Caracola. Se les unieron Esteban, Mauricio y Gonzalo. Camila escuchó sus planes de ir a las afueras de la ciudad. Se sentía el ruido de las cadenas entrando y saliendo por los dientes de los piñones; formaron una fila, uno detrás de otro, que a veces rompían para sobrepasarse bromeando. Pisaban la línea blanca que separa la vía de la berma de la autopista; los vehículos pasaban por su lado a grandes velocidades.

El pelotón traspasó las fronteras del barrio buscando la nueva urbanización construída en una colina y cuyo acceso parece la prolongación del espiral de una concha, por la que difícilmente subieron para luego dejarse venir con el vértigo creciente de la velocidad que produce la pendiente.

Repitieron su hazaña, dos veces, gozando del viento sobre la cara y los recursos y habilidades que les ponía a prueba su juego, porque en la tercera, Esteban perdió el control de su bicicleta cayéndose al suelo, rompiendo el pantalón, raspándose la pierna y fracturándose una mano.

El vecindario se alarmó viendo los muchachos al lado de la ambulancia que lo trajo. Doña Camila lamentó no haberlos prevenido.

En la Clínica lo recibió el doctor Zúñiga con una sonrisa indulgente que no vio Esteban, pero que expresaba comprensión y experiencia.

- Hay que tomarle una radiografía - dijo.
- Lo acompaño - dijo Carlos Aurelio, su padre.
- Vamos por aquí - indicó el médico.

Luego por un largo y oscuro corredor llegaron a la sala de traumatología y un

enfermero subió a Esteban a una camilla; el fuerte olor a mercurio, yodo, isodine y desinfectantes lo asustaba. Nada oía de lo que conversaban los mayores.

El traumatólogo se acercó, cogió suavemente la mano y presionó el antebrazo con sus dedos.

- ¡Ay!
- ¿Duele?
- Sí.
- Tienes que ser valiente, porque va sin anestesia.

El enfermero preparaba el yeso. A Esteban se le aguaron los ojos.

El doctor le pampeó el hombro .

- Bueno, listo que usted es todo un hombre.

El enfermero se hizo al frente; el doctor Zúñiga tomó el brazo y el enfermero la muñeca... Halaron.

- ¡Ay!

- Otro poquito - dijo el médico.

- ¡Ay! ¡Ay!

Y el enfermero continuó poniendo la venda y sobre la venda el yeso.

El doctor tomó el antebrazo y pidió más yeso.

- Bueno; ¡suficiente! Ya.

- ¿Ya? - preguntó Carlos Aurelio.

- Eso es todo. Está reparado el kamikaze
- dijo el doctor.

Timbró Lalo; abrió Tomasa. Serían las cinco de la tarde.

- Siempre con la camisa afuera.

No contestó. Dejó el maletín al lado de la puerta. Tomasa lo miró: traía el bolsillo de la camisa manchado de tinta.

- Ya machó la camisa... ¡claro; como uté no la lava!

Pasó a la cocina.

- ¿Qué hay de comer?
- ¿Qué quiere?

- Gaseosa.
- Allí hay. ¿Quiere pan con mantequilla?
- Bueno.
- ¡Mire cómo trae esa camisa!
- Es que estos lapiceros botan mucha tinta.
- Y lo muchacho botan mucha tapa...
- ¿Mi mamá dónde está?
- Salió con l'abuela.

Lalo se subió al muro por el lavadero y no vio a Claudio; volvió a bajarse.

- ¿Claudio?
- No sé; ¿acaso yo me paso mirando qué hace la gente?
- Tomasa...

- Sí...
- ¿Es verdad que los negros tienen un reloj de arena negra en el corazón?
- ¡Qué cosa dice!
- Eso dice José Antonio.
- Ese muchacho es un fabulador; no le crea ni lo que rece.
- ¿Entonces, no?
- Lo negro, lo blanco, lo amarillo y lo piel roja, son igualito. Lo echó mi Diosito igualito a ete valle de lágrima... Claro que a lo negro no ha ido peo; bueno; también a lo indio...
- ¿Por qué?

- ¿Luego, uté no sabe? ¿De qué le sirve el entendimiento, o e que nació brutico? ¿Y toda esa cosa que le enseñan en le colegio?
- No; dígame.
- La eclavitú, hijo; la eclavitú, mi niño.
- No...
- ¿No sabe?

Onix dormía en el patio disfrutando de los últimos rayos del sol. Lalo se quitó los zapatos y le pasó las medias sobre las orejas, rozándolas. Onix las sacudió y abrió los ojos. Se estiró; se desperezó y se levantó a olerle los pies; luego se fue a echar a unos metros más allá, cerca al lavadero.

- ¿Qué? - preguntó a Tomasa.
- Luego, niño, ¿no sabe lo de la esclavitud?
¿Nunca a oído de Pedro Clavé?
- Algo...
- Bueno; es cosa muy importante. Mira, criatura; nosotros vivíamos en África, y los traficantes ingleses y españoles nos cazaron y nos trajeron aquí...
- ¿Los cazaron?
- Sí, con redes, como atarraya, con escopeta. Nosotros vivíamos allá muy tranquilo y fuimos y no acabamos.
- ¿Cómo así?

- Cogiero a lo ma jóvene, a lo mejore.

Allá deparo lo viejo, lo enfermo y lo niño.

Lo de allá se acabó.

- ¿Tu eres de los mejores?

- Sí; ¿no ve lo bonita que soy; y lo fueite pa'trabaja?

- No; en serio... ¿pero allá también hablan castellano?

- No, mi'jo; uté no sabe nara. Allá era otra lengua; fué que lo negro perdimo toro, hata la vó.

- Ah.

- ¿Cuál reló de arena? ¡Sandece! - dijo poniéndose brava y sus ojos le brillaron -

- No, Tomasa.

- Sí.
- No...
- Por eso somo aquí mezclarito... Lo negro le hemo pueto coló y sabó a eta gente que etaba trite y decolorida. Hata uté debe tené su untarito - dijo con cierta arrogancia. Luego cambió el tono y dijo con dulzura -: pero eso e cosa de la hitoria. Ahora na'de resentimiento y venganza. A luchá toro por un mundo mejó.

Lalo se acercó a Onix, y Onix cambió de sitio. Lalo se subió.

Esa noche Luisa y Edgar Mario salieron. Iban arreglados y perfumados a una reunión del colegio. Formaban parte de los organizadores de un bingo. Saludaron a Fernando y Mauricio que jugaban con trompos. Mauricio envolvía la piola en la espiga vuelta por vuelta, lo lanzaba a media altura y tiraba de la piola haciéndola desenvolverse y caía al pavimento rebotando, y zumbando hasta que perdiendo impulso se ladeaba y rodaba. El de Fernando era de colores, lo lanzaba al aire y lo recogía en la palma de la mano.

Lalo los saludó y pasó de largo; iba donde Daniel.

Daniel salió y se sentaron en el muro.

Llegaron Julián y José Antonio en bicicleta.

- Quiubo - saludó Toño.

- Quiubo - contestó Lalo.

- Pasé por tu casa; no sabían que habías
salido - dijo Toño.

- ¿Qué dijeron?

- Que si te veía te dijera que fueras.

- ¿Quién?

- Tomasa; pero creo que le dijo a la
abuela.

Un caballo viejo pasó renqueando, al llegar
al parque estiró las extremidades y se puso
a orinar, interminablemente.

Montando en bicicleta pasaron por el vivero y vieron la carretilla que frecuentemente recorría el vecindario vendiendo matas y abonos.

A los cinco minutos estaban en el parque; se quitaron las correas, las anudaron y cogieron el caballo. Toño las pasó por el cuello y lo cabestreó. Le pidió a Lalo que se lo tuviera; hizo un bozal y se subió al lomo sintiendo su piel sudada. Golpeándolo con los talones lo hizo trotar.

El bayo era manso y sufrido, pero resabiado: al primer descuido volteó queriendo darle un mordisco. Daniel y Julián descubrieron los aparejos y cuando

Toño y Lalo llegaron, se los pusieron y amarraron la carretilla. Subieron las bicicletas y Toño tomó las riendas.

- ¿Por qué no le decimos al carretillero que nos la preste? propuso Daniel.

- No, ¡qué va!; vamos rápido antes de que nos coja - repuso Julián.

- ¡Stit! ¡stit! - hizo Toño al caballo golpeándolo con las riendas, y el animal dió unos pasos.

- ¡Stit! ¡stit! - volvió a animarlo y caminó algo más, separándose de la carretilla, pues los aperos habían quedado mal amarrados.

Las varillas cayeron al suelo.

- Don Ramón se va a emberracar -
insistió Daniel.

Toño se echó a tierra y dijo:

- Lalo, teneme, mientras le pongo la
collera - dijo, pasándole el pisador.

- ¡Apurate! - dijo Daniel.

Toño hizo recular al caballo; Lalo templó
las riendas. El bayo alzaba la cabeza conti-
nuamente. Toño levantó la lanza sujetán-
dola al galapaguín, puso la cadena de
arrastre en el gancho recibidor; cogió la
correa de la pechera y la pasó por la hebilla
dejándola bien apretada. Ajustó la collera,
la cincha, el arretranco y se encaramó de
nuevo.

- Esto es fácil para el campesino - dijo golpeando al caballo con la riendas. El bayo tiró y la carretilla se sostuvo.

- ¡Stit! ¡stit!

Avanzaron, lentamente, hasta llegar al cruce de la avenida de la terminal de transportes, con la calle de la casa de Lalo.

Toño lo golpeaba suavemente sobre el lomo y el bayo se quedaba quieto; y si le daba fuerte, se iba derecho sin hacer caso a la rienda; la lanza no giraba sobre la media luna; cuando al fin pudo dominarlo, Tula, que iba para la tienda, se puso a reír y en un exceso de euforia se decidió a subir.

- ¡Qué muchachos! - dijo doña Dévora.

- Cuidado con esos animales que tienen sus mañas - advirtió don Pedro.

Fernando y Mauricio se montaron y ayudaron a subir a Esteban.

- ¡Arre! ¡arre! - gritaba Toño.

- ¡Matas y tierra capoote! - anunciaba Lalo.

- ¡Abono! ¡abono! - ofrecía Tula.

Sandra y Paola que estaban saltando lazo, se subieron. Sandra se raspó una rodilla con el planchón, se miró la sangre que se insinuaba, pero no le dió importancia.

- ¡Matas!

- ¡Tierra capoote!

Doña Camila, en la puerta, sonrió.

- ¡Tierra negra y capoote!
- ¡Tierra pa' las matas!
- ¿A cuánto el bulto? - preguntó Jorge

Hernán.

- Estos a quinientos.
- Estos a ochocientos.
- Estos a mil.
- ¡Arre! ¡Arre!
- ¡¡Cuidado, Fernando!!
- Están muy caros...
- Ofrezca...
- A usted Camila... ¿Cuántos bultos le dejamos?
- No; gracias.

- Avísele a Claudio; si nos compra varios le hacemos una rebajita.

Los perros ladraban.

- Muchachos - dijo el vigilante -.
¡Muchachos! ¡Muchachos! ahí viene el
carretillero.

- Fernando no sea brusco que me hace
caer - recriminó Sandra, apoyándose en
Paola.

Cojeando, con el perrero en la mano, venía
furioso don Ramón. -

- Tranquilo que ésto no es nada; no va a
pasar nada.

- Yo te lo dije.

- Tranquilo, hombre - dijo Toño,
soltando las riendas y tirándose a la parte de
atrás para bajar su bicicleta.

Wilson primero ayudó a las niñas que
miedosas entraron a la casa de Mauricio y
cerraron con llave.

El señor Flórez resoplaba.

- ¡Si no tienen nada que hacer, vayan a
molestar a otra parte. Dejen tranquilos a los
animales. Cojan oficio. ¡Carajo!

Lalo se subió a la dirección de la bicicleta
de Toño; Daniel, en la de Julián. Se
esfumaron.

Don Ramón Flórez tuvo que desenredar las riendas, y levantarle la mano al caballo que las estaba pisando.

- ¡Culicagados!

Los gritos y las carreras hicieron que se abriera la casa de Lalo. La figura del padre parecía más grande que la puerta.

- ¿Qué pasa? - preguntó.

Don Ramón no contestó; revisó el arnés y se devolvió rezongando, metido en su rabia.

- ¿Qué pasó? - preguntó don Francisco.

- Se le había venido el caballo - dijo Camila, mientras Lalo entraba por un lado.

Su padre lo vio.

Don Francisco comprendió el tono de su vecina.

- ¿Y Claudio?
- Bien, ¿y la abuela?
- Recuperándose.
- Por Adela no le pregunto porque esta tarde hablamos.

Los pasos del caballo se sintieron al final de la calle. Don Francisco se entró, las niñas abrieron y se fueron para sus casas.

- Don Ramón dijo que ya volvía - dijo don Pedro.

No se dieron por aludidas. Wilson sonrió.

Ellas cuchichearon y rieron.

No estudió la lección de geografía; debía aprender qué era un geysir y dibujarlo, pero no se le ocurrió ni por un momento abrir el libro, por eso a la hora de la clase no sabía qué hacer y para no ir al salón se escondió en el baño. Al cabo de un rato se interesó por averiguar qué se veía en el patio. Se acostó en el suelo y avanzó su cabeza al borde de la puerta.

- ¿Qué hace ahí? - le preguntó el Rector casi pisándole.

El Rector y el alumno estaban sorprendidos de verse en esa situación. Lalo reaccionó de su susto y contestó:

- Es que creí que era un amigo y lo iba a asustar...
- ¿Por qué no está en clase?
- No; es que el profesor de geografía me mandó por el mapa y aproveché para venir al baño.
- Bueno; vaya rápido.

Minutos después llevaba un mapa que no le habían pedido y le ponían mala nota por no saberse la lección y no haber hecho la tarea, mientras el señor Arcusa, poco convencido de las razones del alumno, miraba

circunspecto desde la puerta del salón de clase.

A la salida esperó a Daniel. Le contó lo que le había pasado y pensaba que el Rector lo iba a castigar; que tenía miedo de que llamaran a sus papás. Pasaron a hablar de otras cosas y se olvidaron del asunto, sin embargo algo lo intranquilizaba.

Doña Camila lo vió regresar y le extrañó verlo caminando despacio. Tomasa lo encontró decaído.

- ¿Qué te pasa?

- Nada.

Tomasa no le dió importancia. Volvió a la cocina hablando en voz alta.

- Hoy no le he puejto alpíte a lo canario...
- Yo se lo pongo - dijo Lalo.
- No; uté lo deja salí.
- No.
- Aquí etá el alpíte.
- ¿Cuánto le pongo?
- Una ramita - dijo Tomasa.
- ¿Una?
- No; una no; varia.

Lalo entresacó las más bonitas, abrió la puerta, se distrajo con Onix que se acercó; con la cabeza le pegó a la jaula, y se escapó el canario.

- ¿Qué pasó? - preguntó Tomasa oyendo el golpe.

Lalo no contestó.

- ¿Qué pasó?

- Onix hizo volar el canario.

- ¿Cómo así? - dijo la morena, aproximándose, viendo el agua regada sobre el asiento en que se había subido.

- Va a vé...

- ¿Qué?

- Su mamá se va a digutá; la abuelita se va a pone muy ...

- Eso fue Onix.

- ¡Oni! ¡Oni!

- Sí.

- ¡Qué vá! que uté e un locato. ¿Y a dónde voló?

- No sé.

- Buena la va a habé...

Lalo se subió al lavadero, luego al muro; vio todo gris. Estaba triste. Tomasa cayó en cuenta que algo le pasaba.

- Baje de ahí. El dejpué vuelve. El canto de la canaria lo hace volvé.

- ¿Sí? - preguntó con desgano.

- Sí; l'otro día pasó así. ¿No se acuerda?

Ejtuvo en el arbo de la casa de doña Filo y volvió. Ejgar Mario lo cogió con una tualla.

- Ah.

- La próxima ve pone ma cuidar.

Lalo se tomó una gaseosa con pan con mantequilla y pasó donde Claudio.

Camila estaba sentada en la sala, en el sofá que queda al lado de la ventana, leyendo un artículo sobre los cambios en la Unión Soviética. La Unión Soviética durante tantos años comprometida en el proyecto de realización del modelo socialista, daba un viraje a la economía de mercado. La sorprendían aquellos cambios. Sonó el timbre. Se puso de pie corriendo la cortina para mirar por la ventana. Era Lalo. Dejó la revista sobre la mesa.

Serían las cinco de la tarde.

- Hola, Lalo.
- ¿Está Claudio?
- Sí. mi'jo. Atrás; en la huerta. Sigue.

Lo vió desherbando.

- Buenas, Claudio.
- Jovencito.
- ¿Qué hace?
- Quitando la maleza.
- ¿Mucha?
- No falta - contestó el viejo. Y al ver que tenía un cuaderno en la mano le preguntó -
¿Y eso?
- Para una tarea.
- ¿Y si no puedo?
- Sí; usted sí sabe... Sobre palabras.
- ¿Cómo así?
- Buscar el significado.

- De manera que la tarea es buscar el significado de las palabras...

- Sí.

- ¿De cuáles?

- Aquí están...

- Vamos a ver. Espérate, guardo las herramientas.

- Límpiense bien antes de entrar - dijo

Camila -. Siempre traes barro en los zapatos

- insistió, mirando a los pies de su marido.

Limpiaron sus suelas en la lámina de acero.

Claudio guardó el azadón y Camila apare-

ció con la escoba.

- Espérate me lavo las manos.

Entró al baño auxiliar; subió al estudio; se oyó que abrió y cerró la biblioteca. Bajó con un libro; con la Historia de la Lengua Española.

- ¿Qué palabras son? - dijo, poniéndolo sobre la mesa del comedor.

- Le pasó el cuaderno.

Claudio las leyó y dijo:

- Aquí puedes encontrar algo. Busca.

- ¿Por qué no me señala la página?

- ¿Quieres algo? - ofreció Camila.

- No, gracias.

Claudio notó su tristeza.

- ¿Para cuándo es?

- Para mañana.

- ¡Uy! hay que correrle.

Se sentaron.

- Veamos... Ah, son fáciles: papel, piloto,
pluma...

- Sí.

- Papel, dice el libro, que viene de la hoja
de papiro; la pluma, viene de las aves; el
piloto, del que medía la profundidad del
agua. ¿Entiendes?

- No.

- A ver... ¿qué te digo? ¿Qué te dijeron
en el colegio?

- Que el sentido había cambiado.

- Eso es. Al principio se aprovechaban las hojas de una planta que se llama papiro...; de ahí viene papel.

- Ah.

- Se escribía con las plumas de las aves, especialmente de ganso o de bimbo...; de ahí viene pluma, ¿no?

- ¿Sí? ¿cómo?

- Luego te explico; por lo pronto escribe ésto. Y lo de piloto es que en los barcos vikingos había una persona que iba midiendo la profundidad con una plomada, y pasó a designar al que conduce las naves; decía: "vamos a tanto, vamos a tanto".

- ¿Y por qué cambian tanto?

- El paso del tiempo.
- Y tantas palabras con tan poquitas letras, ¿no?
- Eso es recursividad; y siempre tenemos; para la situación que sea.
- ¿Y quién inventó el lenguaje?
- Es la obra gigantesca y anónima de todos los hombres.
- Por eso será que cambia tanto.
- Si te quieres llevar el libro, te lo presto.
- Con lo que he copiado.

Cambió súbitamente y dijo:

- Yo tengo un amigo que es mudo...; se llama Beko.
- ¿En tu colegio?

- No; él va a un instituto para sordos.
- ¡Ah!
- Claudio...
- ¿Sí?
- Si ve al canario de la casa me avisa.
- Claro.
- Fué que se me voló...
- Ya regresará; el canto de la canaria lo hace regresar.

Su madre fue a darle una vuelta antes de acostarse, lo encontró dormido: soñaba que colocaban escaleras para subir al colegio. No subían por las gradas sino por unas escaleras; cada uno ponía la suya, José Antonio, Daniel, Julián, él y muchos más;

Alejandro, todos. El colegio era el mismo pero distinto; los salones no eran cerrados, eran terrazas y debían subir a clase desde la calle. Veía a unos comenzando a subir, a otros en la mitad, otros llegando al segundo piso, otros al tercero. El edificio estaba pintado de blanco. Lalo y sus compañeros llegaron a la azotea y se encontraron con Ismael, el profesor de castellano.

- Esto es Senaar y aquí nos quedaremos. Hagamos ladrillos y cozámoslos al fuego - les dijo.

José Antonio retiró unas piedras.

- Sólo ladrillos - dijo Ismael -. Nada de piedras ni argamasa... Vamos a construir una torre que llegue al cielo.

- ¡Hasta el cieelo! - gritó José Antonio.

Colocaban ladrillo sobre ladrillo, ladrillo sobre ladrillo: al mirar abajo el colegio se veía chiquito y la torre pasaba entre las nubes, mas el señor Arcusa apareció más arriba aún y preguntó a Lalo...

- ¿Qué haces?

- Edificamos una torre para ...

- ¿Para qué?

- Para hacernos famosos.

- ¿Quién lo dijo?

- El profesor de castellano... - contestó tímidamente.

- No; lo que tu quieres saber es el origen del lenguaje.

- No; sólo lo construimos para hacernos famosos.

El Rector vio a José Antonio y le preguntó con una voz tan fuerte que se oyó en todo el Valle de Senaar:

- Dí la verdad: ¿Para qué edifican la torre?

- Para llegar al cielo.

- No; nó - dijo el Rector estruendosamente -. Lo que ustedes quieren es saber el secreto de los secretos.

El Rector dijo que estaba mal que se hubieran puesto de acuerdo en esa empresa tan vanidosa y que todos hablaran de lo mismo; que algo les pasaría, y desapareció.

Se miraron atónitos al ver que la torre se movía, se ladeaba y se iban al suelo.

Quedaron envueltos en polvo.

Lalo, sacudiéndose, fue a buscar a José Antonio que había caído cerca.

- ¿Quéee?

No le entendía; Daniel tampoco. Tomasa hablaba en africano. Lalo buscó a Ismael para decirle que no comprendía por qué el Rector no quería que levantaran la torre en Senaar, y en eso oyó su voz que le decía:

- "¿Qué hace allí? ¡Váyase a clase!".

Temeroso de contrariarlo se fue alejando hasta llegar a un río cuyas aguas corrían mansamente. Se recostó en una piedra y se quedó dormido.

- ¡Lalo! ¡Lalo! Despiértese. Va a llegar tarde lo llamó su madre.

A las diez Claudio salió a la huerta. Camila bajó el escalón y lo acompañó; quería que la ayudase a podar sus rosas.

- "Ha venido desatada desde siempre, la fuerza constante de las cosas, a ser capullo y a reventar en rosa" ... -

- Ten - le dijo Claudio, pasándole una rosa.

Camila la cogió.

- Ten - le dijo, pasándole otra.

Camila las olía.

Al terminar de podarlas, Camila tenía un ramo. Regresó a la casa, las puso en un florero con agua y salió con una chuspa con abono. Claudio sacó su navaja y la cortó en una esquina y con cuidado removió la tierra alrededor de las plantas. El sol comenzaba a calentar pero Claudio tenía su sombrero, el mismo que llevaba antes, cuando salía a pesquería, porque últimamente no había vuelto. Era de lona y ala corta que lo había

acompañado muchos años. Se lo quitó y pasó el pañuelo por la frente. Guardó el pañuelo y aún tenía el sombrero doblado en la mano izquierda cuando oyeron cantar al canario en el naranjo. Contestó la canaria. Claudio y Camila se miraron. Saltó de una rama a otra, haciendo caer las florecillas blancas. Permanecieron callados. Cantó de nuevo y lo vieron saltar. Sintieron el aroma del azahar. Por el alero de la canal salió el cucarachero haciéndole competencia. Oyeron a Tomasa cantando en el lavadero. Claudio y Camila entraron a casa; al subir el escalón el viejo miró a su esposa y le

dijo, señalándole a los pies:**Error!**

Reference source not found.

- Límpiase antes de entrar.

Camila sonrió y raspó la suela contra la lámina.

- Camila, ¿has visto mis anteojos?

- Los habrás dejado por ahí. ¿Ya miraste en el aparador?

- No.

- Míralos. Aquí están.

Ismael era despreocupado y sencillo; le gustaba chancear con sus alumnos; en el salón, las clases eran un juego.

- Las palabras son creaciones humanas y, al mismo tiempo, como la mayoría de las creaciones del hombre, tienen vida propia. Nosotros las creamos y ellas se crean - dijo. Al ver que los estudiantes estaban distraídos, se quedó callado. Los muchachos continuaron conversando, se levantó del asiento y dijo:

- ¿Me entendieron?

Se callaron y permanecieron atentos, mirándole.

- ¿Que si me entendieron?

Ismael se paseó, se detuvo y dijo en tono grandilocuente:

- Las palabras no tienen sentido, tienen solamente empleos.

Zumbó una mosca.

- A ver, León, ¿qué es burro?

- Un burro - contestó León -, es un animal.

- Cuadrúpedo - agregó Alvaro.

- El asno - precisó Raúl.

- Animal solípedo... - definió con exactitud Miguel, leyendo en el diccionario.

Ismael sonrió.

- A ver... ¿qué es un burro? - repitió, provocador.

- Una persona bruta... - dijo José Antonio, alentado por la sonrisa del profesor.

- ¿No saben qué es un burro?
Callaron.

- Un banco de madera.

- Un armazón.

José Antonio se puso serio, levantó la mano y dijo:

- ¡Profesor!

- Sí, José Antonio; diga usted.

- Un burro es un juego de naipes.

El profesor sin hacerle caso siguió preguntando.

- El que trabaja mucho; "burro de carga"... Eso he oído decir yo - intervino Gabriel.

El profesor pasó a otro que levantaba la mano.

- El que pierde en el juego.

- Ya lo habían dicho - repuso.

- No; habían dicho el juego; pero también se le dice al que pierde la mano en el juego del burro - replicó Gabriel.

- Se le dice al que no estudia.

- ¿Y burra? - cambió Ismael.

- Pues lo mismo - dijo José Antonio.

Los estudiantes se desanimaron viendo que el profesor les tomaba el pelo.

- La hembra del asno - dijo José Antonio con desgano. Y con cierta rabiecita, agregó -: la bicicleta ...
- ¡Buena por esa! - le molestó Ismael.
- Una persona trabajadora.
- Profe.
- Sí; José Antonio.
- ¿Cuál es el animal al que se debe entretener para que no se cambie de sexo?
- A ver... ¿cuál?
- El burro.
- ¿Por qué?
- Para que no sea-burra.

Todos se rieron; entonces el profesor viendo que se había ganado la atención de sus alumnos, explicó:

- ¿Ven?; las palabras no tienen un sentido; tienen varios sentidos... Todo depende de la forma como se usa, de lo que se quiere decir. No es sólo cuestión de buscar en el diccionario, sino que se debe tener en cuenta el momento de la conversación en que se emplea y lo que se quiere significar.

- Profe; a mí me pasó con el azafrán... -
dijo Raúl.

- A ver; ¡cuenta!

- Sí; yo dije que el azafrán era una raíz, y me dijeron que no, que era una flor.

- Sí, es un aliño que se saca de la raíz de una planta - confirmó el profesor.

- Sí; es blanquita y crece en los barrancos, yo la he visto.

- ¿Y qué pasó?

- No; que ese señor le dijo a mi mamá que ese aliño se sacaba de la flor, de los estambres...; entonces hicimos una apuesta y buscamos en el diccionario y en el diccionario venía de las dos maneras; también que era el nombre de una zarzuela.

- Ahí está; es un ejemplo muy bueno - dijo Ismael.

Y todos se animaron a dar ejemplo de muchos casos, dando la impresión que ese salón era la Torre de Babel.

A las doce y media se sintió una carrera: Wilson perseguía a un muchacho. Corría como alma que lleva el Diablo con una plumilla en la mano; corría por la acera y por la calle, zigzagueando, tratando de esquivarlo. Salió a la avenida y se escabulló entre la gente, escondiéndose en el barrio vecino.

Wilson seguía buscándolo.

En una casa en la que estaban almorzando sintieron ruidos y se asomaron.

- ¿Qué se le ofrece?

Lo descubrió y el muchacho salió a correr. Era ágil. Wilson notaba cómo ganaba distancia, cómo se iba, cómo se volaba. Cinco cuerdas más adelante salió el dueño del carro y de un puño lo tumbó. Sangró por la nariz. Wilson lo cogió.

-¡Rata! - le dijo el señor.

Wilson al ver su rabia y que le iba a volver a pegar, le dijo:

- No; déjemelo a mí.

El señor se contuvo y lleno de ira le dijo:

- Téngalo, que voy por la policía.

De un edificio en construcción los obreros
se asomaron y dejando sus labores,
gritaban:

- ¡Lo cogieron por ladrón!
- ¡Dale duro, vé!
- ¡Soltalo!
- ¿Sos compinche de'l o qué?
- ¡Soltalo!
- ¿Qué te pasa, marica?
- ¿Qué le vas'hacer?
- Soltalo. ¡Lambón!
- Las tiró por ahí...
- ¿Qué?
- ¡Aprovechados!
- Buscá trabajo.

Se lo llevaron.

A la salida del colegio Lalo se encontró con sus amigos y se vinieron jugando "pepo y cuarta": jugaban con sus bolas de cristal de distintas pintas y colores. Lalo prefería las medianas; Julián, los carambomos; Alejo, las de hueso. Cada uno tenía su tira preferida y podían cambiar en cualquier momento.

- Me toca a mí - dijo Alejandro.
- No, a mí - dijo Julián -. Después de Lalo, sigo yo.
- Ah, sí...

- Todo limpio - ordenó Julián.

Alejandro quitó su tira de hueso y puso la china, gris, de porcelana. Julián tiró: la canica se fue acercando perdiendo impulso hasta detenerse. Alejandro se agachó extendiendo su mano sobre el suelo, abriendo al máximo el alcance de sus dedos, colocando el pulgar junto a su bola verde vetada, buscando la tira de Julián con el meñique.

Julián verificó la medida.

- ¡Casi! - dijo.

- Casi no vale - dijo Alejandro.

- Pagué... - dijo Julián, viendo que su bola había quedado muy cerca y que era

probable que Alejandro hiciera pepo o cuarta.

Alejo se acuclilló, tomó su bola de hueso entre los dedos, disparó y ¡tás!, pegó.

- ¡Pepo! - dijo con satisfacción mientras veía que su bola se acercaba a la bola azul de Lalo.

Podía volver a tirar. Se acercó al lugar donde estaba la de Lalo, limpió sus alrededores y quitó una piedra que se interponía.

- ¡Sucis! - se apresuró a decir Lalo y Alejo tuvo que volver a colocarla.

- Mi zaquis - dijo Alejo.

Cambió de ángulo para evitar la piedra pero tuvo que doblar la distancia. Se llevó la canica cerca de los labios y la sopló tres veces, se impulsó y la arrojó calculando la distancia; la bola cayó y rodó en la dirección deseada, pasó junto a la bola de Lalo perdiendo fuerza, quedando un poco más allá. Alejo midió la distancia.

- Cuarta... - dijo.

- No - discutió Lalo.

Julián se acercó y dijo.

- No.

Los tres volvieron a medir; la mano más larga era la de Julián, pero le faltaba un poquito.

Alejo volvió a abrir, cuanto pudo, su mano izquierda jalando los dedos con la derecha. Faltaba un centímetro y aunque lo volvió a intentar, tuvo que resignarse a que no alcanzaba.

Jugando sin atender el tiempo, bajo los árboles de la ciudad, sobre las aceras, atravesándose las calles, descuidando los cuadernos hasta el regaño de sus padres...

- ¿Qué horas son éstas? - reclamó doña Adela.

No contestó.

- Hay que llegar temprano y no quedarse por ahí como un gamín... ¡Vaya lávese las manos!

Después de comer quiso salir y no lo dejaron; porque tenía tareas; porque tenía que levantarse temprano.

Tula lo esperaba y fue a llamarlo.

- Decile si te podés quedar en la entrada.

Su madre contestó rotundamente, que no.

Tula intervino:

- Un ratico, en la puerta; no más.

- Hola, Tula - contestó la madre.

- Sí; un ratico...; de aquí no nos movemos.

- A ver - dijo.

- Sí; Adela - dijo, suplicante.

- ¿Bueno? - preguntó Lalo, con tono persuasivo.

- Pero no se vayan. - accedió, entrándose.
- Contá, Lalo; ¿qué fue lo que le pasó a Julián?
- Nada.
- Sí; lo del colegio.
- ¿Lo del colegio?
- Sí.
- ¿Y cómo lo supiste?
- ¡Ah!
- ¿Qué? ¿Lo de las bolas?
- Sí.
- Estábamos en clase y le dio por ponérselas entre los dedos y se le cayeron, en distintas direcciones, por todo el salón...
- ¡Uy!

- Sí; oís; ¡qué vaina!; y el profesor de matemáticas se las decomisó.
- ¿Que lo pusieron a hacer gimnasia?
- Lo mandó a dar vueltas al patio en cuclillas, y a hacer flexiones de pecho.
- Me imagino a Julián en esas...
- Lo dejaron parado, al sol...
- Sí; ¿pero qué fue lo que pasó después?
- ¿Lo de la prefectura?
- Lo de la cogida...
- Ah - dijo Lalo -. Esa sí estuvo peor...
- ¿Qué?
- No se vaya a ir - dijo Adela.
- No - contestó -. Cómo friegan las mamás; ¿no?

- ¡Contá!
- Julián le dijo a Iván Darío, que es un compañero que va más adelante, uno o dos años, no sé; y él le dijo que tranquilo, que se las ayudaba a rescatar. Iván Darío sabía dónde guardaban los objetos decomisados.
- ¿Dónde?
- En la prefectura.
- Iván Darío estaba abriendo el cajón y apareció el prefecto.
- ¿Sí?
- ¡Imaginate el susto!
- Julián se había quedado en el corredor y lo vió aparecer, entonces tosió para que Iván Darío oyera. ¡Esa era la señal! "Qué le

pasa jovencito" - le dijo. "Nada profesor" - contestó Julián. "Y por qué me habla tan fuerte" - le preguntó suavemente el profesor. "No; me salió así. Perdona" - le contestó poniéndose nervioso. Iván Darío cuenta que al oír la conversación se fué a esconder detrás de la cortina. "¿Qué hace aquí?" - preguntó el profesor - "Esperando a Alejandro" - dizque le contestó Julián. "¿Y por qué aquí?" - preguntó -. "Porque aquí quedamos" - contestó -. "Las bolas no son para jugar en clase" - le dijo -. "No" - contestó Julián, o algo así; que lo perdonara; pero él dijo que estaban decomisadas definitivamente; que Julián no dijo nada,

pero se puso frío, cuando abrió la prefectura. "¿Qué le pasa? ¿Por qué está preocupado? ¿O es que está bravo por lo de esta mañana?"; Julián no dijo nada; que el profesor, con cierto sarcasmo, le dijo: "La gente bien no guarda rencor; además usted sabe que nosotros lo hacemos es por su bien"; que estaba pálido. "Ya verá que se le pasará; comprenderá y volveremos a ser buenos amigos", algo así le dijo, y entró...

- Lalo que se entre, manda a decir mi mamá.

- Luisa, decile que lo deje otro minutico - dijo Tula.

- Ya va, mamá; está conversando con Tula.

- ¡Que se apuren!

- Sí, Adela - contestó Tula.

- ¿Y qué pasó?

- Iván Darío lo sintió entrar y guardó la respiración; pero que no se demoró nada en volver a oír cerrar la puerta.

- ¡Uff! ¡Qué susto!

- Que el profesor estuvo un rato por ahí y Julián tosía. Cuando salieron, nos encontramos en la portería del colegio y nos vinimos.

Adela abrió la puerta.

- Qué pena contigo, Tula, pero este joven tiene que terminar sus tareas.

- Ya me voy.

- Adios, Bonita, que estés bien. Saludes.

- Chao, Lalo.

- Chao.

Al cerrar la puerta su madre le dijo:

- ¿Qué clase de hombre piensas ser?

Tienes que ajuiciarte porque así no vas a ninguna parte.

Aquella noche las notas de un tiple despertaron el barrio:

"... Despierta,

dulce bien

de mi vida...".

Su letra les era conocida:

"... con esta canción
te vengo a entregar
el alma...".

Luisa entró a la alcoba de sus padres y con cuidado corrió la cortina. Una secreta ilusión la hacía asomarse como si su corazón ansiase este regalo. Con ojos soñadores permaneció allí, en la ventana, escuchando la serenata que llevaban a su vecina. Su madre le puso la mano sobre su hombro y como su hija, se hizo adolescente otra vez y recordó los tonos de otras

canciones que ayer también fueron para ella.

Luisa salió de la habitación, suspirando y contenta, y Adela abrazó a su marido. Francisco la sintió.

El doctor González había citado a don Francisco. Llegó a las tres, que era la hora convenida.

- ¿Qué tal doctor? ¿Cómo está?
- Bien; gracias. Le tengo noticias.

La oficina se adornaba con reproducciones de H. Domier, alusivas a la gente de justicia. Don Francisco, ese día como otras

veces, recorrió con la mirada esos curiosos personajes entre solemnes y ridículos que inspiraron al pintor y que tanto le recordaban los trabajos de Goya.

- Siempre le han llamado la atención esos dibujos.

- Sí. Los encuentro muy especiales - convino don Francisco.

- Otro pintor que me gusta es Brueghel.

- Me recuerda al Bosco.

El doctor González esperó a que terminara la frase sosteniendo unos documentos en la mano.

- Esta es la copia de la providencia - le dijo, pasándosela.

Don Francisco se dedicó a leerla.

- A todos los llamaron a juicio: al Administrador, al Negociador y a los que la tenían en la casa, en la montaña - dijo el abogado.

- ¿Y los que la cogieron?

- Los está buscando la policía, pero hay algunas dificultades porque los documentos están en clave y los nombres son falsos.

- Esperemos a ver... - dijo don Francisco con resignación aunque con cierto tono positivo.

- Yo lo tengo al tanto de las pesquisas.

- Doctor, haga lo que estime más conveniente.

- La cartera que encontró Lalo fue de gran ayuda.

- Qué bueno.

- Ese fue el indicio para detener al Administrador.

- "Hermosa encuentra la vida quien la construye hermosa" - dijo la abuela.

- Así é - contestó Tomasa.

- Voy a hacerme una agüita de limoncillo.

- Tan rica que é.

- Muy digestiva - dijo la señora, abriendo la llave.

Se escuchó caer el agua en el cazo. La cerró y colocó el cazo sobre la boquilla de la estufa. Al calor se secaron las gotas que le escurrían. Doña Silvina cogió un pocillo, luego un plato pequeño; puso uno y otro sobre la mesita auxiliar; cogió un individual y el azucarero; puso el individual en la mesa del comedor, y regresó a la cocina. Volvió al comedor con el plato y el pocillo; puso el plato, sobre él, el pocillo. Regresó por el azucarero. Tomasa le pasó una cucharita. La abuela Silvina abrió el cajón del aparador y sacó una servilleta, entonces se sentó.

- Condenaron a esa gente... - dijo,
poniendo una bolsita de limoncillo en el
pocillo.

Tomasa vertió el agua del cazo dentro de
una jarra, puso la jarra en una bandeja y la
bandeja en la mesa.

La abuela corrió la servilleta abriéndole
campo.

Le gustaba el individual, la bandeja, el
cazo, la jarra, el plato, el pocillo, la cuchara
y tomarse el algo a las cuatro; conversar
con Tomasa.

- El que la hace, la paga... - comentó
Tomasa.

- Pero tengo una preocupación.

- ¿Cuál?
- Los otros...
- ¿Quiéne?
- De los que se entraron, nada se sabe.
- ¡Uuy!
- También me dan miedo los familiares;
pueden venir por aquí.
- Hay que tené cuidaro.
- Sí,
- Sí, Tomasa; cuidar mucho la puerta.

Adviértale a los niños.

- Despreocúpese doña Silvina, que yo no
lo pierdo de vita.

Doña Silvina bebió el último sorbo y se
llevó con delicadeza la servilleta a los

labios y la dejó a un lado, corrió el asiento y se puso de pie.

Ella misma colocó la cuchara en el plato; el plato, el pocillo y el azucarero, en la bandeja y la llevó a la cocina. Tomasa guardó la servilleta. Se oyó el golpe del cajón.

La abuela se disponía a subir, y viendo a Tomasa a su lado, le dijo:

- ¡Con lo bonita que es la vida!
- Sí, doña Silvina.
- No hay derecho para que hagan tanto mal.

Tomasa abrió los ojos, grandotes y dijo:

- Sí, señora; así e; e la pura verdá.

- Acuérdate de que le muestre un escrito que tengo por ahí.

- Bueno.

Oyendo cantar la pareja de canarios regresó a conversarles. Doña Silvina les dijo algunas cosas; siempre les hablaba.

Iban a ser las cinco de la tarde y subió pausadamente a su habitación llevando su mano suavemente sobre la baranda de la escalera.

Timbraron.

Lalo llegó, sin saludar entró por su bicicleta y salió, montado, dejando la puerta abierta.

A Tomasa le dieron ganas de darle un coscorrón.

- ¿Quién? - preguntó la abuela.

- Lalo...

- Tomasa, dígale que suba, que le tengo una chocolatina.

- Esa exhalación ya se fue.

- ¿Qué?

- Volvió a salir.

- Cuando vuelva le dice que suba.

- Sí, señora. ¡Qué chocolatina ni qué nara! - masculó.

Se encendieron las luces y no llegaba; pusieron el mantel, sirvieron la mesa, y no llegaba; comenzaron a comer, y no llegaba.

Su puesto estaba vacío.

- ¡Con las cosas que suceden y ese niño por fuera - dijo la abuela.

- No te pongas nerviosa, mamá - dijo Adela.

- Es que ya debería estar aquí - dijo Luisa.

Terminaron de comer y no llegaba. Los mayores se quedaron en la sala esperando impacientes. Un golpe en la puerta llamó la atención. Era la rueda delantera de la bicicleta que llegaba precipitadamente.

Pasó al patio, por la cocina. Tomasa lo miró con rabia y con simpatía a la vez.

- Para uteres no hay tiempo, jovencito ¿no?

Lalo salió sin mirarla y se encontró de frente con su padre:

- A su habitación - le dijo.

Subió; su padre cerró la puerta detrás de él, y antes de que le dijera nada, Lalo le dijo:

- Estaba consiguiendo el regalo de cumpleaños de mamá.

Buscó en el bolsillo derecho de su bluejean y no lo encontró; en el del otro lado y tampoco. Ni en los de atrás. Se puso nervioso.

- ¿Qué es? - preguntó su padre.
- Un ramito - contestó, mirando el bolsillo derecho; pasó por el izquierdo y los de atrás...
- Tranquilízate.
- Sí.
- A ver; yo te ayudo.

El niño, asustado, cesó en su búsqueda; su padre metió la mano al bolsillo de la camisa y sintió algo, como metálico, pequeño...; era el gancho.

- ¿Es un prendedor? - quiso aclarar, chuzándose -. No te muevas...
- No.

- ¡Qué peligro!; te lo habrías podido enterrar... - y sacó un ramito de café.

- Sí.

Era pequeño, liviano; con hojitas alternas, sus distintos tonos de verde y sus granitos rojos como cerezas.

- Bonito - dijo su padre observando con detenimiento el detalle.

- Sí.

- ¿Dónde lo conseguiste?

- Con la mamá de José Antonio.

- ¿Sí?

- Sí.

- Pero tiene unas letras como árabes.

- Lo trajeron de Etiopía.

- ¿Cuánto te costó?

El niño le iba a contestar y don Francisco apresuró a censurarse.

- ¡Ah!; no importa...; no se averigua el precio de los regalos.

Pero Lalo dijo:

- Le dí mi tira a José Antonio, tres bolas de hueso, el zumbambico y el balero...

- ¡Costoso!

- Después me consigo otras bolas y me hago otro zumbambico. ¡Eso es fácil!

Al bajar Don Francisco los miró reflejando una indecible complacencia.

Nada le preguntaron.

Enseguida salió a caminar con Adela pasando por el parque de los enormes cauchos cuya vital profusión de raíces tanto le sugería.

Lalo dibujó en su cuaderno la jaula de los canarios y a Onix.

- ¿Qué tal? - dijo Daniel.
- ¿Qué tal si jugamos?
- ¿Qué tal si jugamos a "qué tal"? - propuso Daniel.
- Sí.
- Bueno.

Estaban sentados en el muro del antejardín de la casa de Mauricio. La noche era amable y el bombillo de la entrada alumbraba cálidamente. Los insectos revoloteaban y los niños no los veían; tampoco oían el canto de los grillos.

- ¿Qué tal si fuéramos invisibles? - dijo Daniel.

- Yo me entraría a la rectoría y ¡cham!, le echaría mano a las preguntas para el examen - dijo Mauricio.

- Yo a los objetos decomisados - dijo Julián.

- Yo entraría a cine sin pagar - dijo Daniel, fingiendo eludir al portero.

- ¡Hola! - saludó Esteban.

- Hola - contestó Fernando -; deja ver quiénes te han firmado el yeso. ¡Uy! ¡Paola!; ¡uy!, y Sandra...; éste sí está hecho.

- Dejame firmar a mí... - pidió Daniel.

Esteban le pasó la mano enyesada; Daniel la apoyó en la rodilla y puso su nombre y una raya debajo.

- ¡Ya está! - dijo - . Ahora sí vale.

- ¿A qué están jugando? - preguntó Esteban.

- No, aquí divirtiéndonos - contestó Fernando y dijo -: ¿Qué tal si te acaba la invisibilidad y te ve Arcusa cogiendo las

preguntas del examen? ¿O a vos los objetos decomisados?

- Nada..., porque ¿qué tal que él crea que es un sueño o se vaya la luz? - repuso Mauricio.

- ¿Qué tal el susto? - comentó Daniel.

La mamá de Felipe pasó con la abuelita dando una vuelta a la manzana, haciendo ejercicio, recuperándose de una trombosis.

Gonzalo pasó corriendo detrás de "Olafo" que quería morder a una empleada que hacía algún mandado.

- Vé; cogé ese perro - le gritó Fernando.

- A mí lo que me gustaría sería algo bien chévere - dijo Esteban.

- ¿Qué? - preguntó Lalo.
- No sé, pero algo bien chévere - repitió -
. ¿Qué tal tener un chiclet de sandía que
nunca se le acabara el sabor?
- ¡Excelente! - dijo Lalo.
- La berraquera - dijo Fernando.
- ¡Uuyy, hermano! ¿Qué tal tener un
lapicero automático que responda las
preguntas de los exámenes? - dijo
Mauricio.
- Uy, sí; esa sí...
- Lalo, que se entre - dijo Luisa,
acercándose al grupo.
- Ya voy.

- Lalo, que se entre, manda a decir mi mamá.

- Dígale a mi mamá, que ya voy.

- ¡Lalo!

- Que ya voy.

- ¿Qué hace ahí pegado al suelo? ¡venga!

- Un ratico no más.

- ¡No!

- Sí.

- ¡Carambas! qué muchacho tan necio.

Yo no sé... ; le voy a decir a mi mamá que usted no se quiere venir.

- Un ratico no más; ¿qué le cuesta?

- ¡No!

- ¡Ay! sí...

- Lo va a ver.

Lalo se olvidó de su hermana y dijo:

- ¿Qué tal que uno volara?

- Verdad.

- Me pararía en el muro, levantaría vuelo

y me iría a recorrer el mundo entero.

- ¿Y qué tal que te salieran plumas y pico? - dijo Fernando.

Luisa volvió:

- Lalo.

Con ella apareció su madre.

- Chao, nos vemos.

Antes de acostarse, ya con su pijama de rayas, se sentó en su pupitre, sacó el

cuaderno y con el nombre de Tula hizo dos
signos de interrogación que formaban un
corazón:

Los pasos del vigilante daban una nota
repetida y serena, en la quietud de la noche.

Antes de que abrieran la puerta del edificio,
de la oficina del doctor González, ya don
Francisco estaba allí. Tuvo que esperar a la

secretaria. Juntos subieron hasta el cuarto piso, por las gradas, no obstante al llegar encontraron la puerta abierta. El mensajero hacía el aseo. Poco después llegó el doctor con un expediente debajo del brazo.

- ¿Don Francisco?

- Disculpe que haya venido sin avisarle.

Entraron al despacho y le contó que habían recibido un anónimo.

- ¿Cómo así? - preguntó, con preocupación, el abogado.

- Véalo; aquí está - dijo, entregándole una hoja rayada, de cuaderno.

- ¿Cómo llegó?

- En un sobre; lo echaron por debajo de la puerta de la casa-dijo don Francisco, pasándosele.

El doctor lo recibió, lo miró y lo puso en el escritorio y dejó el pisapapel sobre él. Leyó el anónimo que decía:

"Cuidencen. No sigan con el proeso sino atengancen a las consecuencias".

- Manucristo - dijo.

- ¿Qué? - preguntó don Francisco.

- Que me llama la atención que sea manuscrito. ¿No le parece?

- ¿Por qué?

- Se facilita para un examen grafológico.

- Ya entiendo; y el sobre también.

El doctor examinó el sobre y dijo:

- ¿Vio los errores de ortografía?
- Sí.
- Revelan mucho de la persona que lo hizo.
- Sí.
- ¿Cómo le parece que yo también venía con la intención de llamarlo?
- ¿Sí? ¿Por qué?
- Conversé ayer por la tarde con Mendoza. Hay algo nuevo...
- ¿Qué?
- Interceptaron un mensaje.
- Cuénteme - dijo don Francisco.
- ¡Elizabeth! - llamó a su secretaria.

- Sí, doctor.
- Tráigame el folder del caso de doña Silvina, por favor.

Abrió el archivador, sacó el folder y se lo entregó. El abogado buscó entre los documentos y extrajo la fotocopia de un papel manuscrito.

- Vea usted...
- ¿Qué es?
- Lo decomisó un guardián de la cárcel cuando el Administrador se lo entregaba a un muchacho, el día de las visitas -. Léalo.

Había escrito:

"¿Por qué se demora tanto A 3? Apúrese o si no tenemos que buscar a otro. A".

- ¿Qué significa?
- Mendoza tiene un indicio. Esta tarde me reuno con él.
- Estoy preocupado, doctor. Me preocupa mi familia. ¿Qué puedo hacer?
- Venga esta tarde y hablamos.

Durante el almuerzo Adela le comentó a su marido que debía llevar a la abuela donde el doctor Fonseca para hacerle un chequeo. Por la tarde salieron juntos en el carro y don Francisco le dijo a Abelardo que llevara a las señoras al consultorio. A las cinco ya estaban de regreso y don Francisco volvió pronto ese día. Abelardo cerró el carro y le entregó las llaves; sacó su maletín del

cuarto de Tomasa y Onix lo acompañó
hasta la puerta.

Al descolgarse del muro raspó las puntas de
los zapatos negros y cayó donde había
encontrado la cartera.

Claudio lo sintió.

- ¿Quién viene por ahí?
- Yo.
- ¿Quién es yo? - dijo el viejo.

Lalo rió.

- ¿Qué tal el colegio?
- Bien.
- ¿Tus papás?

- Bien.
- ¿Y la abuela?
- Bien.
- Me alegro.
- Sí.
- ¿Y qué pasó con el zumbambico aquel?

Claudio estaba de pie con los anteojos en la mano; tenía puesto un delantal de hule. Estiró la espalda echando la cabeza y los brazos hacia atrás. Desanudó el delantal y se lo quitó. Un chapul le saltó al brazo, lo quiso coger y ¡tan! se le fué.

Lalo vio a dónde saltó; se fue despacio, despacito; se detuvo. Se arrodilló con cuidado; cerró la mano, y ¡tan! se le fue.

Claudio miraba.

Lalo lo vió caer cerca al naranjo. Se fué despacio, despacito; se detuvo. Se arrodilló con cuidado, lanzó la mano rápidamente cerrándola y lo sintió moverse. Miró a Claudio.

- ¿Qué hubo? - le dijo el viejo.
- Cayó...
- Déjame ver.
- Se vuela...
- ¿Y qué importa?

Cuando Camila salió, le estaba mostrando el chapul: abrió la mano y ¡tan! saltó a la camisa de Claudio y ¡tan! a una matica de albahaca.

- Más vale llegar a tiempo que ser invitado - dijo Camila -; venga Lalo y se toma un chocolatico con buñuelos, ¿ah?
- ¿Quieres? - preguntó el viejo.
- Bueno.
- Límpiense antes de entrar - dijo Camila.
- Sí, mujer. Siempre lo hacemos - contestó Claudio -. ¿No es verdad, Lalo?

Después de colgar el delantal en el cuarto de las herramientas, pasaron por la cocina y sintieron el burbujear del aceite al hervir y vieron la apetitosa redondez de los buñuelos a punto de sacar. Era más fuerte y agradable aún el aroma del chocolate.

Pasaron a la sala mientras Camila ponía la mesa.

- ¿Tu has oído el canto del grillo?

- Sí.

- Pues bien; ese ruidito sencillo es sagrado.

El chocolate se regó y Camila corrió a quitar la olleta.

- Los sabios de oriente aprenden a escucharlo.

- ¿Por qué?

- Es un sonido místico.

- ¿Cómo así?

- Con decirte que en Roma... ¿Has oído hablar de Roma?

- Sí.
- Con decirte que los vendían en jaulas de oro y a precios elevadísimos.

Lalo estaba pendiente de los buñuelos; le gustaban mucho, al igual que las hojaldras.

- Pon cuidado a lo que te voy a decir - dijo Claudio, llamándole la atención.

- Si yo pongo dos pianos juntos y toco en uno, en el otro se repite la misma nota sin que nadie lo toque.

- ¿Verdad?

- Sí; así es... Cosa exacta sucede con el canto del grillo. Dentro del cerebro humano existe el mismo sonido que resuena cuando el grillo canta. Es el sonido del Universo.

- Mi papá dice que es en las conchas.
- También. Aquellos que saben escuchar su canto se hacen más agudos, y les va mejor en la vida, pues aprenden el lenguaje de la Naturaleza, y quienes viven de acuerdo a la Naturaleza, viven de acuerdo con...
- ¡Qué cosas dices, Claudio! A ver..., a la mesa - interrumpió Camila.

Por la noche Fernando le entregó a Lalo una carta que le mandaba Tula.

El recreo fué la oportunidad para hablar de la Vuelta Ciclística. Todo el colegio estaba

en esas. Los mayores formaban los corrillos para escuchar la transmisión en sus radios, incluso en la Rectoría había un televisor. Todos estaban pendientes de la actuación de los corredores. Los menores estaban en su juego; habían rellenado las tapas de gaseosa de plastilina, con tierra o con cera, dibujando largas carreteras en el patio que pasaban por accidentados trayectos y competían a ver cuál llegaba a la meta primero. Cada uno lanzaba su tapa teniendo cuidado de no salirse de las líneas demarcadas y en riguroso turno. El que quería podía emplear su tiro en sacar a otro de la vía, o ayudarlo; podían participar

solos o en grupos. El que se salía o lo sacaban debía volver a empezar, aunque habían previsto una zona de alimentación donde podían permanecer seguros.

Todos pegados al transistor; un radio para mil orejas. Se apiñaban por oír el embalaje final de la etapa donde Lucho había picado para ganar. Pausas; silencios. Exclamaciones colectivas que hacían temblar el edificio y finalmente los aplausos; Lucho entraba con los brazos en alto haciendo la V de la victoria.

La tarde del viernes era la mejor. Las tareas se podían hacer después y los papás los dejaban salir. Los muchachos conversaban

del triunfo de Lucho; los papás no solo comentaban de su éxito en la vuelta, sino de su lucha por la vida, pues era un humilde mensajero que a fuerza de disciplina y constancia, a fuerza de ejercicios y permanente entrenamiento, había llegado al primer lugar. Era el más oprobioso para ganar la Vuelta. Tula y Sandra batían el lazo; María Paula, saltaba. Se turnaban jugando a la entrada de la casa de Mauricio.

- Muchachas, juguemos quemado -
propuso Fernando mostrando un balón de volea.

- Ya está - dijo Daniel.

- Bueno - consintieron las niñas.

- Pico - pidió Fernando.

- Pico - pidió Tula.

Se retiraron a la mitad de la calle; Fernando se hizo a tres metros de distancia de Tula y enseguida puso cada uno un pie delante de su otro pie y así sucesivamente hasta encontrarse. El pie de Tula quedó encima del de Fernando.

- Perdí - dijo Fernando.

- Me pido a Sandra - dijo Tula.

- Yo a Mauricio.

- Yo a Lalo - dijo Tula.

Lalo se ruborizó.

- Yo a Olga Lucía.

- Yo a Daniel.

- Yo a Irene.
- Yo a Jorge.
- Yo a Javier.
- Yo a Bernardo.
- Yo a José Ignacio.
- Yo a Beatriz.

Formaron los bandos y se trazaron dos gruesas líneas divisorias detrás de las cuales se hacía cada grupo. El terreno del centro era el de la guerra. No se debía pasar de una delgada línea pintada en la mitad hasta donde se podía llegar para tirar el balón. Si el balón pegaba al adversario y lo dejaba caer, quedaba quemado y debía retirarse. Ganaba el bando que eliminase todos los

jugadores del otro, así quedase tan solo uno
en el vencedor.

Tomasa terminaba de lavar los platos de la
comida.

Adela cepillaba el pelo de su madre
mientras oía las voces de los muchachos.

Timbraron. Don Francisco abrió; era
Fernando.

Un carro negro de vidrios oscuros arrancó
precipitadamente.

- Francisco, un señor está persiguiendo a
Lalo.

- ¿Cómo así?

- Lo cogió de la camisa.

- ¿Y dónde está?
- Lalo se le soltó y salió corriendo.
- ¡Vamos!

Subió al carro con Fernando y salieron en su busca. Al llegar al parque estaban Mauricio y Daniel.

- Por ese lado - informaron.

Y don Francisco siguió. Fernando le dijo:

- Por aquí...

Le hizo caso.

- Este callejón sale al otro parque.

Frenó y descendió a la carrera dejando la puerta abierta. Fernando lo vio pasar por los grandes cauchos y vio al carro negro.

- ¡Francisco! ¡Francisco!

Francisco se detuvo.

- Ese es. - gritó Fernando, señalando la esquina.

- ¿Seguro?

- Sí.

Francisco regresaba corriendo a coger de nuevo su carro y al pasar cerca de un conjunto de adelfas...

- Papá.

Allí se había escondido. El corazón se le iba a salir y estaba pálido, mortal.

- Vamos rápido - determinó su padre.

Llegaron Mauricio y Daniel.

El barrio estaba frente a la casa, pero padre e hijo entraron directamente, mientras los

muchachos comentaban y daban detalles a los vecinos.

La abuela había tenido un ataque de nervios y Adela la atendía. Tomasa tenía dos lagrimones enredados en sus crespas pestañas. Edgar Mario, callaba; Luisa le dijo:

- Caguetas callejero. Eso te pasa por vivir en la calle.

Don Francisco en el estudio, les habló fuerte:

- ¡Tranquilas!, ¡tranquilas!, aquí está; no ha pasado nada.

Los seguimientos de Mendoza tratando de dar con los delincuentes habían fracasado en varias oportunidades. La última fue cuando el guardián decomisó la nota que el Administrador mandaba a A.3. Siguieron a ese muchacho hasta ubicarlo. Montaron un operativo para vigilar sus movimientos y pedirle explicaciones, pero el día que la policía fue por él, no llegó.

Lo esperaron ese día y varios más y no llegó. Se desapareció. Fue como si alguien le hubiera avisado. Le perdieron el rastro.

La familia Salazar se sentía insegura. Decidieron cambiar de ciudad. Irían a donde unos familiares, por lo pronto, y

luego verían qué hacer. Don Francisco
contrató un nuevo Administrador, y sacaron
a Lalo del colegio para evitar ocasiones de
peligro. Todos se sentían vulnerables e
intranquilos.

Por esos días Daniel se encontró con Felipe
al ir a la tienda a hacer un mandado, y le
dijo:

- Mirá...
- ¿Qué?
- Eso...
- ¿Qué?
- Ese es el carro en el que se iban a llevar
a Lalo...
- ¿Cómo así?

- Sí; yo lo ví. ¿No te acordás?
- Yo ese día no estaba.
- Era ese.
- Abelardo estaba conversando con el chofer - aseveró Felipe.
- ¿Abelardo?
- Sí; ahoritica...
- ¡Uuy! Eso está raro. Digámosle a Francisco.

A Lalo no lo habían vuelto a dejar salir.

- ¡Lalo!

Se asomó a la ventana del estudio.

- ¿Qué?
- Bajá - dijo Felipe.
- No puedo.

- ¡Apurate! ¡Baja! - insistió Felipe.
- No me dejan.
- Es importante.
- No puedo.
- ¿Y tu papá?
- No está.
- ¿Qué pasa? - intervino la abuela.
- Felipe y Daniel, quieren hablar con mi papá.
- No se vaya a ir, que es para problemas...
- Apurate - gritó Daniel.
- Diles que ya voy - dijo la abuela, bajando.

Le contaron; la abuela le contó a Adela; Adela llamó a Francisco; Francisco llamó a Mendoza; Mendoza llegó con la policía. No dieron con el carro negro de los vidrios ahumados.

Abelardo había salido de la ciudad llevando una mercancía. despachada por el almacén. Creyeron que era cosa de niños.

La familia hacía los preparativos para la mudanza.

Lalo se aburría. Sacó la billetera del bolsillo y la puso sobre la tapa del pupitre; la abrió y buscó la credencial que le había mandado Tula, la miró y la volvió a guardar; dobló la billetera y la metió al bolsillo. Una mosca

quedó atrapada en la red de una araña en el ángulo superior derecho de la pared de la habitación y observó cómo la araña se desplazaba y envolvía hábilmente a su presa. Cogió un libro de aventuras de Walter Scott y se acostó a leer en la cama, pero no encontró postura; puso la almohada a los pies, trató de leer y tampoco pudo. Dejó El Talismán a un lado, y sacó las Aventuras de Tom Sawyer: miró el dibujo de la portada en la que aparecía Tom con sombrero, pantalón arremangado y una cauchera en la mano y Huck y el negro Jim, en busca de su libertad, y colocó el libro sobre Tom; sacó Miguel Strogoff, El viaje al Centro de la

Tierra, Moby Dick, y se entretuvo mirando las portadas y las ilustraciones interiores, amontonando los libros sobre la cama; Las Mil y Una Noches, Ivanhoe, Colmillo Blanco, Los Tres Mosqueteros y, otros de motivos infantiles, que le habían regalado cuando era más pequeño. El abuelo era el que le había dado los de aventuras; él fue el que le enseñó a leer y le contaba historias y cuentos, pero había muerto y ya no podía ir a su casa. Antes sí, cuando vivía con la abuela Silvina, le gustaba quedarse con ellos los fines de semana. Con él era distinto porque era su amigo, y conversaban de muchas cosas. Mirando los libros

pensaba que todo aquello era interesante pero ¡bah!, en esos momentos no le interesaban nada. Sin saber qué hacer bajó y cogió un paquetico de papas fritas; se sirvió gaseosa. Subió al estudio y prendió la televisión; la apagó. Volvió a la cocina. Tomasa le dijo que pusiera el envase en el sitio que le correspondía. Volvió a subir, entró a su cuarto, se sentó en su pupitre y releyó en el cuaderno de castellano el Diálogo de Parteso que Ismael les había hecho examinar en clase de comprensión de lectura:

" - Hay muchas clases de puertas, pero una es especial.

- ¿Cuál?
- La que abres a la vida;

tus pasos ya van en camino".

El profesor les había pedido que interpretaran varios textos y él había dibujado una llave formada con la palabra fantasía:

Sintió que la habitación se iluminaba, guardó el cuaderno y se quedó pensativo; bajó rápido las gradas con la chuspa de papas. Sacó la última y se la dió a Onix en la boca; Onix la mordió suavemente. Lalo arrugó y arrojó la chuspa al tarro de basura y subió al lavadero.

Cuando vino don Francisco no estaba. Adela entró a la habitación y vio los libros regados, conversó con Tomasa y pasó a hablar con sus vecinos.

Al enterarse que era su madre saltó al muro, subió lo brazos, luego el pecho, raspó de nuevo los zapatos, trepó una rodilla, se

sentó en el muro, y se dejó caer al lavadero.

Onix ladró.

Adela lo alcanzó a ver.

- Lo vamos a extrañar - dijo Camila.

Lalo se encerró en su cuarto. "Están muy equivocados si están pensando que me voy a quedar aquí sin hacer nada" - se dijo.

"Solo falta que me hagan la de Pepe Garcés y cierren la ventana con dos travesaños de madera cruzados de modo que no pueda ni mirar. No; tampoco. Y si le llegan a echar llave a las puertas me subo al tejado por el tragaluz del baño y me descuelgo por la enredadera a la calle". Se extrañó de sus reflexiones y de sus sentimientos, pero

descubrió en él una fuerza y una decisión, nuevas, que en el fondo le agradaban y le daban confianza.

A las cinco llegó. Al tocar el timbre voló una mariposa amarilla que descansaba en la puerta. Tomasa salió de la cocina.

- ¿Quién?

- Yo.

- ¿Quién es yo? - preguntó, contrariada, usando la mirilla.

- Yo...

Tomasa vio a José Antonio. Entreabrió la puerta y dijo:

- El joven Lalo, no puede salir... Un minutico se lo llamo. ¡Laloo!

- Sí...

- ¡Laloo! que venga...; llegó su amigo.
¡Baje!

- Ya voy.

- Acuértese que no puede salir - le dijo, esperándolo al lado de la grada.

- Sí.

- ¿Quién es? - preguntó la abuela.

- Un amigo - contestó Lalo.

- Acuértese que no puede salir - dijo la abuela, parada al borde de la grada, en el segundo piso.

- Sí - asintió y agregó en voz baja, dirigiéndose a su amigo -; estoy aburrido con este mosconeo, con tanta cuidadera. Caminá a mi habitación.

Subieron.

- ¿Por qué no has vuelto al colegio?

- Me sacaron...

- ¿Qué?

- Nos vamos de la ciudad.

- ¡Uy!, ¡qué barro! ¿no?... ¿Y tus hermanos?

- Se quieren quedar. ¿Sabes?; a lo mejor me mandan solo a mí, interno a...

- No. ¿Y qué vas a hacer?

- Pues no sé; pero aquí no se puede vivir.

Mirá que ¡ni siquiera me dejan asomar a la ventana!

Timbraron.

Abrió Tomasa.

- ¿Sí?

- ¿Está Toño?

- Un minutico - se paró al borde de la grada y gritó -: ¡Lalo!

Doña Silvina recogió la voz:

- Lalo.

Lalo abrió la puerta de su cuarto.

- Lo llaman.

Se asomó por la ventana del estudio y le dijo a Toño:

- Daniel.

Bajaron.

- Mirá, Toño, que si vas a jugar -
preguntó Daniel.

- Sí.

- Te esperamos en el parque.

Daniel se fue y enseguida bajó Toño.

- Quedamos en lo dicho - dijo.

Tomasa exclamó para sí:

- ¡Qué irán a hacé!

Toño no volvió y a la hora que sus padres
veían el noticiero, Lalo se escapó.

Era viernes.

La algarabía del parque lo hizo olvidar
todo.

- Ustedes hacen lo que yo haga - dijo

Daniel a sus amigos -; si yo me subo a un árbol, ustedes se suben; si yo me bajo, se bajan, y así.

- Ya está.

Y salieron a correr. Daniel era veloz y sus compañeros no lograban darle alcance; atravesó el parque y los demás, siguiéndolo como enjambre. Doblaron hacia la avenida y se perdieron de vista, pero se sentían sus pasos, sus carreras y sus voces que se elevaban agudas. Al volver tenían a su disposición refrescantes gaseosas, perros calientes y masmelos asados. También estaban, de delantal y atareadas, Tula y

Marcela; colaboraban Fernando, Mauricio; todos.

Compraron según su gusto y bolsillo, y se sentaron sobre la hierba, formando un círculo.

- ¿Cuál es el colmo de un forzado? - preguntó Ricardo.

- ¿Cuál? - preguntó Javier.

- Yo sé - dijo Fernando.

- A ver Fercho; diga.

- "Doblar una esquina" - y agregó jactancioso -: ¡Es que uno...!

Ricardo se tomó un sorbo de su gaseosa a pico de botella, la sostuvo cerrando las rodillas, y dijo:

- A ver, adivínenme éste: ¿qué le dijo un árbol a otro?

- ¿Qué? - dijo Fernando.

- No, adivine - insistió Ricardo.

Al ver que no lo sabían dijo:

- "Nos dejaron plantados".

- ¡Ah!

- A ver, adivínenme éste - dijo Fernando

-: ¿qué le dijo un andén a otro andén?

- "Carajo sí que nos pisan" - se inventó

Alejandro.

- No; de verdad - dijo Fernando.

- No sé; decilo - dijo Gilberto.

- "Estoy cansado de ver calzones" -

contestó Fercho.

- No, Fernando; sin groserías - dijo
Marcela.

Paola y Sandra rieron.

- ¡Corrompido! - dijo Mauricio.

- ¿Qué le dijo una chancla a la otra? -
preguntó Miguel.

- "Qué vida tan arrastrada" - le
contestaron en coro.

- ¿Qué le dijo un ojo a otro ojo? - volvió
a preguntar Miguel.

- "Tan cerca y no nos vemos" - le
volvieron a contestar en coro.

- A ver; éste... pero es un cuento - dijo
Tula.

- Contalo - dijo Fernando.

- Un bobo le dijo a una boba: "¿Nos casamos?"; y ella le contestó: "¿con quién?".

- A ver, ¿cuál es el colmo de un boxeador? - preguntó José Antonio.

- "Sacarse un moco con el guante" - contestaron en coro.

- ¿Cuál es el colmo de los colmos? - preguntó Ricardo.

- "Que un mudo le dijo a un sordo, que un ciego estaba mirando cómo un cojo perseguía a un calvo para quitarle el pelo".

- ¿Y cuál es el santo de la comida? - dijo, previniendo a Ricardo de que se callara.

- Santa Pacha - dijo Fernando.

- No; en serio - reconvino Ricardo.
- No - le contestaron.
- "Sancocho".

José Antonio se animó y dijo:

- ¿Y el de las montañas?
- San Isidro Labrador - dijo Fernando.
- "Zanjón".
- ¿Quién conoce un animal que el nombre comienza por una fruta? - preguntó

Paola.

- No - dijo Gilberto.
- No - dijo Tula.
- La guacamaya - dijo José Antonio.
- No - dijo Paola.
- Me rindo - dijo Ricardo.

- "El cocodrilo".
- ¿Cuál es el santo de los insectos? -
preguntó Gilberto.
- "El zancudo" - dijo Ricardo.
- ¿Cuál es el animal que si se voltea
cambia de nombre?
- "Es escarabajo" - dijo Ricardo, -
"porque queda cara-arriba...".

Ricardo se levantó y le dijo a Mauricio,
muy seriamente:

- ¿Cómo siguió del accidente?
- ¿De cuál?
- Del de la cara.
- Yo no he tenido ningún accidente en la
cara.

- Ah ¿no? ¿Entonces usted nació con esa cara?

Don Francisco lo observaba desde la esquina. Lalo se acercó a Toño y le dijo:

- Quedamos en lo dicho...

- Palabra de hombre - convino José Antonio -, y lo vio retirarse al encuentro de su padre.

Porque comprendió la situación de Lalo, o porque el lunes viajaría a un colegio de la capital donde permanecería interno, lo cierto fué que don Francisco no lo regañó.

Poco después de cepillarse los dientes, se despidió de sus padres que estaban escuchando música y se fue a la cama.

Al salir su madre del estudio fue a darle una vuelta y lo encontró acostado; ajustó la puerta cuidando de no hacer ruido y salió. Lalo abrió los ojos, cambió de posición y se quedó dormido.

A las cinco de la mañana, bajo su almohada, sonó el despertador. Sin demora calló el reloj y se vistió. Le echó mano al morral y bajó al cuarto de ropas, por las botas altas. Le dió un pedazo de pan a Onix para que no ladrara y las buscó temeroso de despertar a Tomasa que dormía en la

habitación contigua. Sentía su respiración rítmica y pausada. Onix lo seguía moviendo la cola. No las encontraba. Tomasa por la noche las había cogido para embetunarlas y las había dejado al lado de la lavadora, junto a un par de zapatos de Edgar Mario. Lalo las encontró y se sentó en el suelo para ponérselas, y después les puso, por fuera, una media y salió pisando suave como un gato. Acarició la cabeza de su amigo y cerró imperceptiblemente la puerta del patio.

- ¡Guau! ¡Guaauu! Guaauuu!

Salió a la calle.

La mañana era fresca, pero el azul avanzaba más rápido que otros días. Miró hacia la ventana de la habitación de sus padres y supo que ya no volvería a ser el niño que se pasaba a su cama en las noches de temor o de frío. Dejó la correa del morral sobre el hombro izquierdo y esperó detrás del carro a que el vigilante se alejara al extremo opuesto de la calle, y caminó en busca de su destino.

Wilson al retornar del recorrido lo vio y lo siguió con atención. Le pareció extraño que no lo saludara, y quiso la suerte que fuera para su bien, porque dos vagos lo tenían en su mira. Pitó y los maleantes miraron con

aire de indiferencia. Otro vigilante le contestó.

Lalo paró un taxi.

Al llegar al terminal Toño lo esperaba con los tiquetes en la mano.

- ¿Qué tenés en las botas?

- Unas medias.

- ¿Y para qué?

- Para no hacer ruido... - dijo, quitándose las.

- ¡Este Lalo sí, no...!

Subieron a la rampa de acceso al bus y fueron los primeros en ocupar sus puestos.

Se hicieron atrás.

Poco a poco comenzó a llegar la gente.

Ya era completamente de día y todavía el conductor esperaba pasajeros.

Lalo había roto su alcancía; también José Antonio. Los amigos habían ayudado. La plata de la comitiva, Fernando se la pasó a Toño.

La gente le reclamaba al conductor por la demora.

El chofer prendió el motor, pitó por última vez anunciando su partida y arrancó despaciosamente. En cada calle paraba. Se detuvo para recoger una pareja de campesinos que entró con sus bártulos buscando sitio, corriéndose hacia atrás a las voces del

ayudante que mandaba seguir, empujando a otros pasajeros que iban de pie. Todos los asientos estaban ocupados. Así continuó y llegó al centro de la ciudad, a otra agencia de la empresa y apagó el motor. Permaneció estacionado dando tiempo a que todas las personas que estaban aguardando se subieran y aún esperó más. Los viajeros protestaban. A las nueve y media volvió a prenderlo.

A esa hora ya toda la familia estaba enterada.

Tomasa se extrañó de ver a Onix en la sala, mordiendo los muebles y tuvo de golpe un mal presentimiento.

Don Francisco se apersonó de la situación.

Llamó a Mendoza.

- ¿A qué hora salió? - preguntó Mendoza a Wilson.

- Faltaría un cuarto para las seis.

- ¿Y por qué no avisó?

- Uno ignora las cosas de la gente. El salió raro; no saludó. Llevaba un morral.

- ¿Se fué solo o iba con alguien? - preguntó don Francisco.

- Solo.

- ¿Y él siguió a pie? - preguntó Mendoza.

- A pie no, señor. Yo he dicho que cogió un taxi.

- ¿Y anotó la placa?

- No, no tuve la precaución.
- ¡Qué muchacho! - exclamó don Francisco.
- Le digo don Francisco, que esos vagos lo que llevaban eran malas intenciones.
- ¡Uy!; no diga eso y menos a la señora. Por favor Wilson, ¿usted por qué no me llamó?
- Pues será en otra ocasión que uno malicie; porque ahora...
- ¡Otra ocasión! ¿Y ahora?; ¿para dónde habrá cogido ese muchacho?.
- Pues pregúntele a los amigos...

- A los amigos - repitió don Francisco, expresando esperanza en su mirada -. Sí, eso es; hablemos con los muchachos.

Tomasa le pegó un chancletazo a Onix.

- ¿Notó algo? - preguntó Mendoza.

- ¿Qué le digo? El morral.

Camila pasó donde Adela a ofrecerse, para que la tuvieran en cuenta, por si podía ayudar en algo. Claudio, en pijama, se quedó pensativo en un sillón de su casa, recordando al muchacho. "Raro que no me haya dicho nada" - pensó. "Seguro me lo iba a decir cuando llegó Adela y se saltó el muro".

- Creo que lo más conveniente es ir a la policía para producir un poligrama en todo el departamento - dijo Mendoza.
- Para todo el país.
- Sí; es lo mejor.
- Se habrá ido de paseo a alguna finca y vuelve por la tarde - opinó Edgar Mario.
- Que así sea; pero es mejor prepararnos para lo peor - repuso su padre.
- Siempre tan pesimistas.
- Es conocimiento, hijo; vida vivida; experiencia.
- ¡Qué va! siempre piensan en lo peor.

- Por lo pronto ayúdame a conseguir varias fotografías recientes de tu hermano.
- ¿Para qué?
- ¿Tendré que explicártelo todo?
- Es natural - repuso Edgar Mario.
- Tienes razón. Bien; para repartirlas entre los policías para que nos ayuden a localizarlo.

Edgar Mario entró al estudio, de la biblioteca tomó el álbum y desprendió varias fotos. Lo vió igualito; como era. Tuvo confianza. Creyó que regresaría. Todavía mirando y remirando las fotografías se las entregó a su padre y su padre sin mirarlas,

como quien no se quiere hurgar una herida,
se las pasó a Mendoza.

- Abelardo - dijo.
- Sí; don Francisco.
- Lleve al señor Mendoza a la comisaría.

- Nos subimos al bus que no era - dijo
Toño, extrañando los paisajes.
- ¿Por qué?
- Estoy viendo todo esto distinto.
- Preguntale al chofer.
- Será.
- Señor - le dijo Toño a un vecino -.
¿Cuánto falta para llegar a Barinas?

- ¿A Barinas?
- Sí.
- Ya vamos a llegar; tranquilo que yo les aviso.

El bus se detuvo para dejar pasar a un tren cañero que atravesó la carretera.

- Es aquí. Pueden bajarse - les dijo.

Toño preguntó al conductor si esa población era Barinas y él le contestó que sí; y ante esa respuesta se bajó desconcertado.

Entraron a las oficinas de la empresa y supieron que había Barinas la Vieja y Barinas la Nueva, y que cogieron el bus equivocado. El despachador les sugirió una

travesía por un camino vecinal por el que viajaba una flota de camperos.

Voltearon los bolsillos, contaron la plata y, todavía alcanzaba para comprar los pasajes.

Contentos, en medio de gallinas y hortalizas, subieron al jeep. La cabina, adaptada para carga, iba llena de arpas, guitarras, tiples y charangos.

Don Francisco habló con Daniel, con Fernando, con Mauricio - las niñas no aparecieron -, y le contestaron que no sabían nada; que la última vez que lo habían visto había sido en el parque, que él mismo fué a llamarlo.

Ya por la noche a una de las niñas..., se le escapó un comentario y la mamá la hizo reflexionar sobre lo que podría estar sintiendo la familia Salazar y que por guardar ese secreto le podía pasar algo a Lalo; entonces todos los amigos unidos fueron a contarle la verdad.

Don Francisco visitó a la familia de José Antonio, que también estaba inquieta. A la hora del almuerzo creyeron que estaba "callejando"; a la hora de la comida sintieron su vacío pero aún así no se preocuparon porque Toño a veces regresaba

más tarde. Fue después de comer que se sucedieron las llamadas de los amigos informando de la escapada de Lalo, y que Toño le había ofrecido la finca para que se quedara.

- Locuras de muchachos - dijo el papá de José Antonio.

- En lo que podamos servirle, con mucho gusto - dijo el tío de José Antonio.

- Opino que debemos ir por ellos - dijo don Francisco.

- Estoy a su disposición - respondió el tío

-. Tengo un jeep en la puerta. ¡Qué pena con usted!

- Qué lástima no poder llamar - dijo la mamá.

- ¿Por qué?

- No hay línea. Hemos intentado comunicarnos desde que supimos y no hemos logrado comunicación.

El tío de José Antonio revisó el líquido de frenos, le echó agua al radiador, a las celdas de la batería, se puso un sweter, subió al vehículo, extendió su mano y abrió la puerta de al lado invitando al papá de Lalo. Fueron a la casa a informar de la salida y a coger una chaqueta.

- Cuidate papi, que por ahí hay guerrilla - le dijo Luisa.

A las cinco Lalo y Toño llegaron a Minaretes, en la ruta hacia Barinas la Nueva. Entraron a una tienda y tomaron gaseosa. La chiva salía a las seis haciendo el último viaje a Barboletas. Eran 60 kilómetros; de ahí a "El Bambú" no era sino un paso. Toño descansó reconociendo el lugar y ubicándose mejor en el terreno. Se hicieron en las bancas de atrás y continuaron su viaje, pero a los pocos kilómetros se oyó un estallido; se había pinchado una llanta. Inmediatamente frenó el conductor, el ayudante se lanzó al suelo y puso las cuñas en las ruedas traseras. En un dos por tres la

cambiaron, descuñaron el bus y arrancaron.

Los pasajeros, que se habían bajado, tuvieron que subirse en movimiento.

- ¡Nos fuimos!, ¡nos fuimos! - vociferaba alegremente el ayudante, batiendo de un lado a otro su trapo de dulceabrigo.

Lalo y Toño abordaron directamente la banca que les correspondía.

- Apúrese, señor, que nos comió la noche.

- ¡Pare!, ¡pare!

- Pero, muévase... ¡Que lo pare! - gritó el ayudante.

- Párelo - gritó alguno.

El bus paró en seco y varios pasajeros se cayeron. El señor subió. El bus arrancó.

- Recuerdo una vez que nos tocó venir, a mi tío Carlos y a mí, a la finca en un bus de éstos...

- ¿Sí?

- Se varó en una subida y cómo te parece que el conductor y el ayudante abrieron el capó y se metieron a mecaniquiar, cuando de pronto comenzó a devolverse...

- ¡Uy!

- Sí; oís, ¡qué susto tan berraco! Ese ayudante cogió una piedra y se la puso; el bus ya estaba cogiendo velocidad; ¡casi se la salta!

La carretera era destapada, en mal estado; las aguas que en invierno corrían, la atravesaban formando baches y canjilones. Salvias, chilcas y zarzamoras crecían silvestres; el amor ardiente pintaba florecillas de colores. Hacia la cordillera plateaban las copas de los yarumos y verdeaban los nacederos y jiguas, urapanes, y el mayo alegraba su entorno con sus flores blancas y moradas. La montaña descendía en ondulaciones amables sembradas de café, en las que estaban cortando su sombrío, pues los nuevos caficultores habían encontrado nuevas variedades que no lo necesitaban y

tumbaban el guamo, disminuían los cultivos de plátano y banano.

El bus cayó en un hueco. Un pasajero que iba en la primera banca, le dijo al conductor:

- Nunca le hacen nada a esta carretera.
- Pa' ésto sí no hay, pero pa'corbatas, sobra.
- Hay que pasarle la cuchilla.

Y ¡tas! el bus cayó en otro produciéndose un fuerte ruido metálico.

- Aquí sí nos jodimos - dijo el chofer, deteniendo el bus; el auxiliar saltó, y poniendo su trapo rojo en el puño de su mano izquierda se agachó a mirar.

- ¿Qué fué? - preguntó el chofer,
bajándose.

- No veo nada.

- Fíjese bien.

- Sí, sí; la barra.

El chofer movió la barra de la dirección.

- No hermano.

- Sí; mire que esta parte de acá está
suelta; le falta la tuerca.

- Ah, sí, sí. Voló el pin.

Habría podido el bus estrellarse contra el
barranco o haberse ido por un precipicio,
pero se sintieron aliviados al ver que el
ayudante volvía a guardar la caja y subía el
chofer.

- Con esos güecos no hay carro que resista - comentó.

El tío de Toño y don Francisco llegaron a Minarettes y pararon en la misma tienda.

Se tomaron un café y prosiguieron.

Se podría decir que, vistas desde lejos, esas luces que recorrían la carretera esa noche, iban a juntarse. En realidad, tan solo los separaban apenas unos cuatro kilómetros que el jeep disminuiría prontamente; pero quizo el azar que de la montaña saliera un

grupo de personas que interceptó el bus. Lalo no había reparado en el señor que iba conversando con el conductor; se parecía al del Carro Negro. No tuvo tiempo de contárselo a Toño porque emergió entre el grupo un hombre joven que imperativamente declaró:

- Están con el X Frente de las Fuerzas Revolucionarias.

Una señora gritó.

- No se preocupen - agregó -; nuestra guerra no es contra el pueblo sino por el pueblo. Sólo les vamos a pedir una contribución. Y nos van a colaborar para que no haya problemas. Nos dan el dinero que

lleven, sus relojes, cadenas y objetos de valor, porque la guerra del pueblo debe ser sostenida por el pueblo.

- Pero, señor - replicó la señora.
- No, señora; colabórenos para que no haya problemas.

La señora se puso a llorar y su esposo la abrazó.

- Estamos en guerra. Esperamos que nos comprendan.

Enseguida habló en estos términos:

- Dejen todas sus cosas en los asientos y salgan con las manos en alto; al bajar siguen con las manos en la nuca y se hacen contra la peña. ¡Vamos! ¡Apúrense!

Se levantaron los de las primeras bancas, los de las segundas, y así, todos comenzaron a descender.

- Su reloj - dijo un guerrillero que estaba al lado de la puerta, al ver a un pasajero que llevaba su reloj puesto.

- Sus aretes, señora.

Cuando descendieron varios guerrilleros echaron lo que encontraron en unos costales, mientras otros los requisaban.

- ¡Quemen el bus! - dijo el comandante.

Un impulso irrefrenable llevó al chofer a arrodillársele, pidiéndole que no lo incendiara; que por favor; que por Dios;

que por su familia; que era un hombre del pueblo...

El comandante repitió:

- Que lo quemem; métnle la mecha al tanque.

El conductor volvió a buscarlo y besándole los pies le pedía compasión.

- No crea que mi situación es fácil; la guerra tiene sus crudezas y uno no puede ponerse con miramientos.

Sin embargo, cambió de parecer y dijo:

- ¿Es suyo o de su patrón?

- Mío - dijo el hombre -; todavía lo estoy pagando.

- Muestre los papeles.

El conductor sacó la billetera y buscó nerviosamente la tarjeta de propiedad.

- Aquí la tiene.
- Aldemar Alcade - leyó -. A ver, deje ver la cédula.

El chofer se la pasó.**Error! Reference source not found.**

- Aldemar Alcalde.

Puso un documento sobre otro, lo miró y le dijo:

- Bueno, siga y llévese la gente.

Todos se relajaron. Con miedo, pero con una alegría creciente, comenzaron a moverse, y subieron al bus. Extrañamente estaban contentos.

Lalo había logrado salvar su navaja, escondiéndola en una bota. Y en la noche las luces de la chiva parecían dos estrellas de una seca tempestad.

- ¿Para dónde van los señores?
- A Barinas.
- Queremos pedirles, un favorcito...

El tío de José Antonio intuía con quién estaban.

- Diga no más.
- Una compañera va a dar a luz y vamos a llevarla al Puesto de Salud de Altaya.

Dos hombres se acercaron acompañando a una joven embarazada. En su cara curtida se reflejaba su ancestro indígena y no tendría más de 16 años. El papá de Lalo se bajó y ayudó a subirla al puesto que ocupaba.

Pasaron por las veredas de Trincheras y Pregonero.

- ¿Ya le comenzaron los dolores?

- Desde ayer - comentó el más allegado -.

Va a ser un parto difícil - agregó.

La guerrillera lo miró con incertidumbre.

- Todo saldrá bien - dijo el tío.

Los tres guerrilleros que subieron al jeep vestían trajes de fatiga; cada uno llevaba su

ametralladora y de la gruesa correa de lona colgaban granadas de fragmentación.

- Por aquí - ordenó uno, haciéndolo virar por un desvío.

El tío de Toño creyó reconocer la salida a Barquisimeto y el papá de Lalo vio las luces de la chiva avanzando en la noche.

- ¿Cada cuánto tiene las contracciones? - preguntó el tío.

- A veces seguidas, otras veces se demoran - contestó ella.

- ¿Primeriza?

- ¿Qué?

- Digo, que si es el primer hijo...

- Sí.

- Yo soy médico.

Todos se alegraron.

La chiva había sido detenida por el ejército.

El chofer habló con los soldados. Tenían un brazalete rojo en el lado izquierdo. Los hicieron descender, los requisaron, y al cuarto de hora los dejaron salir, para a los cinco minutos, en una peligrosa curva, volver a ser interceptados por otra partida guerrillera.

Las linternas se movían como luciérnagas describiendo sus rápidos y cortos desplazamientos. El señor que venía conversando con el chofer, se notaba familiarizado con el comandante y comentó

que el conductor había hablado "demasiado", que incluso había indicado un callejón por el que podrían sorprender a sus compañeros. A medida que oían estas cosas, los guerrilleros se iban indignando. El comandante se comunicó por radio con la otra columna insurgente y transmitió la información recibida.

Luego, brúscamente, dijo:

- La orden es quemarlo.
- Ustedes, dispérsense - dijo un lugarteniente.

Dejaron retenido al conductor y ordenaron retirarse.

Los guerrilleros se hicieron, unos detrás de los árboles, y otros se tiraron a tierra boca abajo.

Habrían recorrido unos ochenta metros cuando la explosión incendió la oscuridad.

Todos corrieron; el chofer también, sintiendo que en cualquier momento lo alcanzaba una bala. Corría por el borde de la carretera, iluminado por su propio bus. El comandante que lo tuvo en la mira le perdonó la vida; se escondió entre un cafetal y con una extraña ansiedad se tragó un puñado de tierra; los ojos se le pusieron rojos; era el reflejo de las llamas que aparecía en su mirada, mientras oía en el

silencio de la noche, consumirse el bus, en
el fuego creciente de la guerra.

Don Francisco contempló el resplandor.

- Eso fue el bus - dijo uno de los
guerrilleros, a la entrada del puesto de
salud.

En las paredes se veían las huellas de las
balas de cuando se tomaron el sector.

La enfermera había huído y el lugar estaba
sin luz.

- Será niña y le pondremos América -
dijo el guerrillero.

- Esperanza - dijo sonriendo con dolor la
madre.

El tío de José Antonio llamó aparte al guerrillero.

- ¿El papá?
- ¿Yo?
- Sí...
- No. El anda cumpliendo una misión.
- La criatura viene en mala posición; América Esperanza, puede morir..., al nacer.
- Haga lo que pueda - le contestó secamente.

Un compañero preparó un poco de café que sorbieron en la humedad de la niebla. El tío de José Antonio pasó la taza de aluminio a don Francisco; el guerrillero la llenó.

- Puede morir la compañera; habría que operarla - agregó.

- Es su oficio; haga lo que pueda.

- Voy a ver qué tenemos - dijo el tío, examinando el dispensario.

Abrió las dos naves del armario: estaba vacío. Al lado, en una vitrina, vió algunos frascos en los que quedaba un poco de alcohol y de isodine. La guerrillera se quejó.

Se oyeron voces afuera.

La luz de las velas era insuficiente. El tío de José Antonio encontró unas pepas de higuera, que don Francisco fué ensartando, una por una, en un alambre,

hasta formar una larga ristra que encendida colgaron del techo.

Las voces se oyeron más cerca. Los guerrilleros estaban tranquilos.

El médico del pueblo surgió rompiendo la neblina con una lámpara Cóleman; en su maletín traía todo lo necesario. Con él venía otra guerrillera y en su morral de campaña traía sábanas limpias y manticas. Laura se llamaba. Iba a ser la madrina.

- Ya rompió fuentes - informó el tío de José Antonio.

El médico del pueblo se puso los guantes; Laura colocó en una mesa pequeña los instrumentos.

El médico saludó a la guerrillera y le habló brevemente.

- La criatura viene mal - dijo el tío de José Antonio.

El médico evaluó la situación. La guerrillera se quejaba.

Se oyó otra explosión.

Los médicos siguieron trabajando. Por el radio se enteraron enseguida: habían volado un tramo del oleoducto.

Lloró la niña.

Lo que iba a suceder era aún más difícil: atacarían la Inspección de Policía.

Lloró la niña.

El tío de José Antonio la recibió y se la entregó a Laura.

- El cordón para Bugunda - dijo el médico, terminando de sacar la placenta.

Laura la envolvió en la manta y se pasó al guerrillero. El la recibió con desacostumbrado cuidado, como quien teme romper algo frágil con las manos duras, fogueadas en el manejo del fusil. La acunó con severa ternura y dijo:

- ¡Putas guerras! - y se la devolvió a Laura, yendo a sentarse en el escalón de la entrada.

El médico se quitó los guantes, se secó el sudor y lo miró. El guerrillero sintiéndose observado, repitió:

- ¡Putas guerras! - y se tomó un trago de aguardiente.

- No le pueden faltar los antibióticos - dijo el médico -. Una cápsula cada seis horas.

La niña lloraba.

El guerrillero caminó inquieto a la entrada del puesto; entonces dijo:

- Nos rebelamos contra la intolerable injusticia; pero hacemos daño por donde pasamos. Me pregunto por lo que podremos ofrecerle a esta pobre criatura.

- Paco; Paco... ¡Paco! - llamó la madre.

Don Francisco experimentó cierta secreta
tranquilidad al saber que tenía su nombre.

Paco se acercó.

- ¿Cómo nació?

- Bien.

- ¿Tiene algún defecto?

- No; sanita.

- Es muy linda - dijo Laura,
mostrándosela orgullosa.

La madre la miró con melancolía.

- Todo está bien; no te preocupes - dijo

Paco y salió.

Se tomó otro trago.

- ¿O qué? - dijo brúscamente.

- Románticos - dijo el tío.
- Guerrilleros latinoamericanos - aclaró, alzando la voz y caminando nervioso.

Se detuvo y dijo:

- ¿O prisioneros de un sueño? No sé.
- Lo comprendo - dijo el tío de José Antonio -. He oído decir que la estrella polar guía a los marineros pero es inalcanzable.

El médico lo miró fijamente.

- Usted, médico, ¿qué opina? - conminó Paco, el guerrillero.

El médico dijo:

- Le conviene estar quieta, en lo posible.

Otro insurrecto que montaba guardia, receloso, dijo:

- Representamos el punto de partida de un nuevo orden, verdaderamente justo y democrático, con igualdad de oportunidades para todos.

El tío de José Antonio quiso hablarle de la convivencia plural, pero guardó silencio. El tono de Paco era menos apodíctico; y ya fuera por la emoción que vivía o por cuestionamiento personal, se diría que tenía dudas y fisuras doctrinarias.

- Cualquier cosa, me avisan - dijo el médico.

Regresaron.

Las luces del campero en la densa niebla formaban un aura que dificultaba el descenso en aquella trocha de tierra roja, húmeda y resbaladiza. La respiración empañaba los vidrios y constantemente debían accionar el botón de las plumillas para limpiar el parabrisas que acumulaba gotas de agua. El rostro del médico del pueblo se veía fatigado.

- ¿Le "toca" con frecuencia? - preguntó el tío.
- Sí.
- Difícil, ¿no?
- Al principio me preocupaba.
- ¿Ya no?

- Me he acostumbrado.
- Claro.
- Lo tomo como una misión humanitaria.
¿Usted dejaría morir esa pobre criatura?
- Claro que no. Pero..., puede pasar por un simpatizante... - insinuó el tío.
- Como un colaborador.
- Sí - dijo el tío -. ¿No le resulta incómodo?
- Se puede prestar a confusiones - intervino don Francisco.
- Sí; ya lo sé - confirmó el médico -; pero, ¿si no lo hago?
- Sí - dijo el tío -. Lo comprendo.
- Tienen sus razones.

- Su mitología - dijo el tío.
- La misma realidad la produce. ¿No le parece?
- Pues, sí. Y es a la vez mitología y mitología, porque es la logia de los guerreros del sueño del poder - dijo el tío de José Antonio.

El médico hablaba con serenidad y su voz tenía un acento definido que parecía hacerse del recuerdo de muchas otras situaciones como ésta; y les comunicaba seguridad.

- En ocasiones he salido a atender a los unos y me ha tocado atender a los otros - dijo, creando cierto suspenso.

- Esta es una situación muy difícil - dijo don Francisco.

- Es verdad. Pero, ¿qué puedo hacer? Yo soy de Barinas y en Barinas me quedo.

- ¿Por qué no se va? - preguntó don Francisco.

- Lo he pensado; pero soy de aquí. En otra parte me sentiría como gato encerrado; como..., no sé, no sé.

- ¿Y la familia? - preguntó don Francisco, dejando sentir cierto respeto.

- ¿La familia? Sentimos lo mismo. Por lo pronto hemos decidido esperar. Llevamos varias generaciones en este pueblo. Es

difícil abandonar el lugar donde uno ha crecido.

- Son decisiones delicadas - dijo don Francisco, pensando en sí mismo.

- Así es - dijo el médico -. Me atengo a lo que dice mi vecino Salomón Victoria: "Hay que aprender a vivir con el invierno y el verano".

- ¿Qué opina usted de todo esto? - preguntó el tío, hundiendo el botón de las plumillas.

El agua acumulada en sus cauchos corrió en los extremos del parabrisas.

- ¿Qué le puedo yo decir? Que es cuestión de convivencia. Que he visto

llover y escampar. Esa es mi esperanza.

Hemos vivido momentos peores y aquí estamos.

Hizo una pausa y dijo:

- Tanto llueve, que al fin escampa, ¿no le parece?

- Pues sí - dijo el tío, disminuyendo la velocidad.

Una hilera de grandes piedras grises colocadas en medio de la trocha impedía el paso. Se detuvieron. El médico bajó la ventanilla y la neblina invadió el interior del vehículo humedeciendo sus caras.

El médico abrió la puerta y bajó; lo acompañó don Francisco. Entre los dos corrieron las piedras.

- ¡Cuidado! - dijo el médico.
- ¿Qué pasa?
- Eso que está ahí es una mina antitanque
- dijo el médico señalando unos metros más adelante.

Le informaron al tío y pasaron por el lado.

En el jeep el médico comentó:

- Posiblemente están camuflados en el barranco.

Miraron a los lados y no vieron más que la continua e ilimitada oscuridad.

- Pero ellos saben quiénes somos - dijo el médico -. Bloquean las entradas para protegerse. Murieron muchos en la toma de esta región.

- En el Puesto de Salud quedaron las huellas - comentó el tío.

- Aquello sí era la guerra. Los aviones y los helicópteros sobrevolaban la zona; Barinas era un cuartel...

La noche se hizo más fría y empezó a llover.

El médico subió casi totalmente la ventanilla y se empañaron los vidrios. Don Francisco pasó su pañuelo sobre la superfi-

cie, limpiándolos. Entonces el médico preguntó:

- Bueno; ¿y ustedes?
- Ibamos para la finca y nos "tocó" traerla - dijo el tío.
- A más de uno le ha tocado prestar servicios de éstos; movilizar heridos, transportar personal - comentó.

Dejaron la trocha y entraron a la carretera.

Aceleraron la marcha.

- Después de todo estuvieron de buenas...
- dijo el médico -. Les habían podido quitar el jeep. La guerrilla necesita movilizarse.
- Es verdad - dijo don Francisco.

- Lo que sí deben saber es que en esta zona está el ejército; ahora mismo nos lo podemos encontrar.

- Era muy jovencita - comentó el tío de José Antonio.

- Prácticamente una niña - contestó el médico -. La vida del monte es diferente - comentó.

Cruzaron el puente a la entrada del pueblo y se detuvieron en la casa del médico. Era una droguería de amplio frente en la calle principal. Se dieron la mano. Don Francisco se hizo en la ventanilla y esperaron a que entrara. Había escampado.

- ¿Qué quiso decir con eso de que el cordón para Bugunda? - preguntó don Francisco, estirando las piernas, colocando un pie encima del otro.

Escuchaban el ruido de las llantas al rodar sobre la tierra bañada y los golpes del fango golpear en el guardabarros.

- ¿Estamos lejos? - preguntó don Francisco.

- Ya casi llegamos.

Al pasar por el bus incinerado, todavía ardían sus restos, a pesar de la lluvia. Siguieron como quien se acostumbra a los horrores de la guerra y el tío hundió el acelerador. Ya iba a amanecer.

José Antonio dormía. Lalo vio pasar el jeep a escasos metros de donde estaban, bajo un higuerón. Luego, vencido por el cansancio, se quedó dormido.

Al despertar, no vieron guerrilleros ni soldados, sólo a un campesino que calladamente labraba la tierra.

Adela se esforzaba, sin apetito, por desayunar. Tomó el periódico deseando no encontrar la temida noticia: "Niña desaparecida encontrada asesinada"; "Subversivos bloquean la vía a la Sierra"; "Escalada guerrillera"; "Muertos 25 policías y 25 guerrilleros".

- ¡Mi niño! - exclamó, apoyando su cabeza entre sus manos.

Tomasa se acercó.

- No se atormente que don Francisco lo fue a traé. A vé; ¡tómese ete vasito de agua!

Adela se calmó un poco.

- Muchacho loco. Es que me ra una rabia

- dijo para sí, con rabia, Tomasa en la cocina -. Etos no son tiempo pa'ce bobada y meno en ete paí donde, como dice, la muerte e la que má trabaja. ¡Pendejito!

Tomasa la sintió subir y entrar a la habitación del joven Edgar Mario y luego al cuarto del niño Lalo. Oyó subir la persiana.

Adela pasó un trapo por el pupitre y se sentó tratando de imaginar cómo se sentiría su hijo al sentarse allí. Por un momento le pareció como si Lalo viviera en ella y fuera Lalo mismo quien estuviera allí.

Tomasa cerró la llave del lavaplatos y al no escuchar los ruidos acostumbrados decidió subir a ver a su patrona. Estaba sentada al borde de la cama.

- ¿Cómo sigue?
- Bien, Tomasa - dijo, levantándose.
- ¿Qué vamo a hacé hoy?
- Eso le iba a decir. ¿Descongeló la carne?
- Sí.

- Tenemos papas y arroz.
- Sí.
- Vamos a hacer las papas al vapor, los filetes apanados, arroz blanco y una ensaladita.
- Y el jugo.
- De maracuyá.
- ¿Etá ma calmadita?
- Sí, Tomasa. Gracias.
- Bueno; entonces me bajo a hacé mi oficio.

José Antonio y Lalo se acercaron al campesino.

- Señor.

- Hola muchachos.
- Para ir a Barinas.
- Siguiendo la carretera, cruzando a la izquierda.

Notando su ropa mojada y sucia, hojas de hierba en el pelo, les preguntó:

- ¿Qué les pasó?
- Veníamos en el bus...
- Entonces deben estar mal dormidos y cansados. ¿Ya desayunaron? - les preguntó dejando el azadón contra un nacedero.
- No - contestó Toño.
- Vengan un momento a la casa, se lavan y toman algo.

Lo siguieron por una senda estrecha colgada de la montaña; pasaron una puerta de golpe y entraron bordeando una elda donde un niño oreaba el café en las paseras. La casa, de bahareque, tenía un amplio corredor; la cocina a un lado, separada. El humo salía entre las latas de guadua.

Dos perros criollos salieron ladrando.

- ¡Chist! - les hizo el amo -. ¡Chist!

Avanzaron temerosos.

- Tranquilos.

Siguieron a su lado, sin disimular su desconfianza, porque no dejaban de gruñir.

- Amparo - llamó, colocando el sombrero sobre una mesa.

- ¿Qué?
- Estos jóvenes venían en la línea. A ver si se toman alguna cosita.
- Buenos días - saludó Lalo.
- Buenos días - saludó Toño.
- Entren. Siéntense - invitó la señora, corriendo una banca.

Don Luis se quedó parado en la puerta de la cocina y los muchachos lo veían en contra luz.

- La cosa estuvo dura - dijo.

Doña Amparo tomó la olleta del agua caliente y la vertió en el colador con café, cayendo a una olla pequeña de donde

esparcía un vapor aromático que inundaba el ambiente.

Aquel desayuno les devolvió las fuerzas.

Al volver por los andamios de la elda, don Luis le dijo a Berardo, el niño, que fuera a buscar las llamas. Eran dos llamas pequeñas que se habían espantado con la explosión y don Luis creía que debían estar por el Alto de Altaya.

- Si quiere le ayudamos - dijo Lalo.

Berardo se quedó callado.

- Bueno; vayan - dijo don Luis.

Berardo sonrió.

- Suban por el Camino del Macho que a las llamas lo que les gusta son los riscos - aconsejó don Luis.

Iba a ser la una cuando las sintieron. Lalo fué el primero en ver la blanca; era como de peluche; alzó el cuello largo y paró sus orejas y se quedó quieta mirándolo con sus dos grandes ojos fijos. Enseguida saltó entre las piedras y se metió en medio de unos helechos, correteando nerviosa.

- Aquí están.

Berardo se acercó. Se sentía su olor.

- La otra es café. Debe estar por aquí; siempre andan juntas - dijo Berardo.

Se divisaba la comarca a la redonda. El cielo era azul intenso y las nubes coronaban los picos de la sierra. Al sur se alzaba El Nevado.

Oyeron balar cerca.

- Aquí está - gritó Toño.

Corrieron a verla: estaba caída en una huaca que habían dejado sin tapar. La blanca recorría impaciente el borde oyendo su compañera. Berardo cogió la caída con un lazo y se lo pasó a Lalo. Permanecieron quietos, a la expectativa, y cuando la blanca se aproximó, Berardo se lanzó y la atrapó

de una pata. Toño le acercó la otra punta del lazo.

Berardo les contó que en Altaya, habían muchas huacas porque los indios preferían las alturas para enterrar a sus muertos; contó que les ponían comida para hacer el viaje a la otra vida.

- ¿Oíste? - preguntó Toño a Berardo.
- ¿Qué? - preguntó Berardo.
- Me pareció oír un niño llorando.
- ¡¿Sí?! - preguntó Berardo con sorpresa.
- Acabo de oírlo - dijo Lalo.

Las llamitas balaban.

- Está por ahí - dijo Toño, señalando un mameyal.

- ¡Es el Duende! - dijo Berardo y tiró nervioso halando las llamitas -. ¡Vámonos!

Aligeraron el paso.

- ¿Quién? - preguntó Toño, alarmado.

Berardo sólo le contestó al llegar al corral:

- Era el Duende.

- ¿Quién es? - preguntó Lalo.

- Un espíritu: a veces aparece como un niño y otras como un enano, con un sombrero grandote...

- ¿Vos lo has visto? - preguntó Lalo.

- No; yo no; pero mi hermana Ruca, sí.

- ¿Sí? - dijo Lalo.

- Sí - dijo Berardo -. Y hay Duende y Duenda; el Duende se roba a las niñas y la Duenda a los niños.

Berardo los invitó a almorzar.

- Deben estar preocupados en sus casas - dijo doña Amparo.

- Acompáñelos, Berardo - dijo don Luis. Hasta la vocacional.

- No se vayan a quedar por ahí - aconsejó doña Amparo.

Tomaron la delgada senda que se metía entre el cafetal y don Luis y doña Amparo sintieron los golpes de la puerta. Los perros ladraron.

Los tres amigos descendieron corriendo la pendiente del cafetal y cruzaron un caudaloso arroyo sobre un puente de guaduas y bejucos, que quedó balanceándose y pararon dentro del patio de la escuela. Los ojillos de una niña de trenzas, con uniforme, sonrieron con timidez. Berardo se había visto en ellos alguna vez.

Un vientecillo suave movió las ramas de los árboles desprendiendo los pétalos de las flores y las mariposas, que giraron arremolinadas en el aire y quedaron enredadas en el pelo y el delantal de la niña. Era Silenia.

- Vámonos rápido que el profesor nos regaña - dijo.

Y siguieron. Vieron un panal que habrían querido coger pero prefirieron seguir sobre los tubos del oleoducto, en los que los guerrilleros habían pintado sus consignas.

Cuando el profesor asomó su inmensa nariz, ya habían reencontrado la carretera.

- No se vayan a dejar coger la noche porque por aquí sale un Perro Negro que arrastra unas cadenas y echa candela por el hocico.

Se despidieron.

Poco después hallaron algunos pasajeros rezagados que, temerosos de un

enfrentamiento entre las fuerzas insurgentes y el ejército, habían permanecido en las casas de la región. Más adelante volvieron a dar con el arroyo y decidieron bañarse olvidados del tiempo y los consejos.

A las cinco llegaron al Alto del Vigía: de ahí se divisaba Barboletas, Algeciras e incluso una parte de la finca.

Tenían hambre. Una lluviecita paramera comenzó a caer. Venteaba. Tenían frío. Las chaquetas quedaron en el bus. Bajaron trotando hasta sentirse fatigados. La distancia, se hacía larga para los pies. Les salieron ampollas y a José Antonio comenzó a molestarle una uña. Los

envolvió la neblina. Escucharon pasar las loras; vieron las golondrinas. Por fin se sentaron a descansar. Lalo se paró, alcanzó una guayaba de un árbol del cerco que había al borde del camino, y la partió con la navaja.

Abajo, en la vega del río, los campesinos jugaban fútbol.

- En la que nos metimos.
- Fresco - dijo José Antonio -. De ésta y otra salimos.
- ¿Qué horas serán? - preguntó Lalo.
- ¿Ves esa gallina?
- Sí.

- Pues todavía no son las 6; porque las gallinas a las 6 se trepan al gallinero.

- Adios - les dijo un señor que pasó en una mula.

El animal llevaba un poco de pasto en la boca y hacía sonar el freno al tratar de mascarlo.

- Adios - le contestaron.

Siguieron. Sobre la carretera, de trecho en trecho, veían los postes de cemento al lado de los hoyos donde serían levantados, para la instalación de la red eléctrica.

Alcanzaron a una viejita llena de años y remiendos.

- Niño, dame la mano - le dijo a Lalo
para que la ayudara a pasar un canjilón.

Lalo la ayudó.

- Gracias, niño.

Lalo sonrió y Toño vio, por primera vez,
que a Lalo le estaba asomando el bigote.

Voltearon a ver a la viejita unos pocos
metros más adelante y ella les sonrió con
generosidad.

- Que les vaya bien - dijo con una
vocesita de niña.

Treinta metros más allá alcanzaron a un
viejito encorvado, cargado de años.

- ¿Cómo está, señor? - lo saludó Toño.

- Bien, joven, ¿y usted?

- Bien, gracias.

Lalo al escuchar a su amigo le dijo:

- Te está cambiando la voz.

- Y a vos te está saliendo bigote...

Lalo se tocó el labio y sintió la gruesa pelusilla que anunciaba la barba.

- ¿Te das cuenta? - dijo Toño escuchándose a sí mismo.

Entonces miraron a los viejitos y éstos ya no estaban.

- ¡¿Cómo?! - exclamó Toño.

- Han desaparecido - dijo Lalo.

Reencontraron al señor de la mula, que la había desensillado y le picaba caña; vieron a las gallinas trepar al gallinero haciendo

equilibrios por una guadua, y al salir al Crucero, las luces de Barboletas.

Entraron a una tienda y con los últimos pesos, que Lalo logró salvar con su navaja, compraron pan con gaseosa y dos chocolatinas, muy cansados, extenuados, se quedaron dormidos en una banca del parque.

- ¿Quién es? - dijo, cogiéndolo de la camisa.

- Daniel se soltó y Tula, con los ojos tapados, trataba de alcanzarlo.

Se acercó Esteban y Miguel le tocó la cabeza.

- En la cabeza ¡nooo! - gritó contrariada, y con el palo de escoba, a tientas, quiso golpearlo.

- Ya no más - dijo, y se quitó la venda: allí estaban todos en el parque; solo faltaban Lalo y José Antonio.

Cerca a Toño y a Lalo, una mendiga se entretenía en ordenar sus tarros y sus paquetes y en atender tres perros y un gato que siempre llevaba. Y fue la suerte, otra vez, la que los salvó, porque en el otro

extremo de la ciudad, y en un parque como
ese, contra una banca como esa, pasó un
carro disparando. En la oscuridad despertó
Lalo; sintió fuertes movimientos y un olor
nauseabundo. A su lado respiraba una
persona dormida; retiró cuidadosamente su
mano y rozó sin querer un pelo desgredado
y pegajoso. Se controló. Sobre sus pies
sintió un animal y a su lado derecho creía
que estaba Toño, pero tuvo miedo de
equivocarse. Oyó chillar a un perro y un
desafinado de frases incoherentes. Separó

lentamente la pierna y se quitó con la mano un insecto que le subía. ¿Dónde estaba? No lo sabía y se esforzaba por darse cuenta. Estaba sentado y su espalda apoyada sobre una lámina metálica. Rápido rodaba por una carretera. Lalo creyó que los habían metido en un furgón y los sacaban de la ciudad; entendió que estaba soñando y se fué quedando dormido.

Pensaron en el regaño que les darían, ¡que hasta correa pensaba darle don Francisco a

Lalo!, pero un sentimiento de alegría por el posible reencuentro rechazaba esta idea.

Llegaron a la finca y se encontraron sin noticias de ellos.

- ¿Qué hacemos? - pensó en voz alta don Francisco.

- Ese es el dilema...

- ¿A usted, que conoce la región, qué se le ocurre?

- Hablar con el inspector.

- Algo más.

- Avisar a los vecinos.

- No; algo más concreto.

- No hay línea - intervino Efraín el mayordomo.

- ¿La cortaron? - preguntó el tío de José Antonio.

- Los muchachos levantaron el tendido - contestó el empleado-. Vamos a estar sin teléfono por un tiempo.

- ¿Cuáles muchachos? - preguntó don Francisco.

- La guerrilla - aclaró el tío.

El mayordomo sonrió y dijo:

- ¿Se toman algo?

- Traete unos tragos de café y preparanos alguna cosita.

- Sí, don Carlos.

Se sentaron en el corredor de la casa sobre un largo banco de madera.

Efraín y Fanny, su esposa, llegaron llevándoles dos tazas de café con leche, arepa con queso y huevos fritos, en cacerola. Con ella iba una niña prendida de su falda.

- Creo que debemos esperar - sugirió el tío de José Antonio.

Efraín le hizo una seña y el tío se levantó. Le contó que en la cocina estaba Nayibe que también venía en el bus y que había visto al joven Toño.

Pasaron a la cocina y ella les contó lo sucedido.

- ¡Nosotros veníamos atracito! - dijo el tío.

- ¡Yo venía viendo las luces! - dijo don Francisco con tono lastimero, dando a entender que, "por un poquito", habrían podido reunirse.

- Yo iba a venir mañana... - dijo Nayibe.

- Ya ves.

- Pero Liver quería era venirse. ¿Qué íbamos a saber que amaneceríamos tiznadas en un cafetal?

- ¿Y Liver?

- Se fue al Crucero. No demora, porque vamos para Frutillos.

- ¿Al río?

- Sí, don Carlos; donde mi papá. Seguro vienen por ahí.

- ¿Quiénes?

- Los muchachos.

- ¿La guerrilla? - preguntó don Francisco.

- No señor; el joven Toño y su hijo. ¿Es su hijo?

- Sí.

- Sí; y su hijo.

- ¿Usted cree?

- Pues sí; porque la mayoría amaneció en el camino.

Sintieron ladrar los perros y se asomaron al corredor: una joven se encontraba subida en

un cerco de guadua, llamado a Nayibe.

Tenía un vestido blanco.

El tío chitó a los perros y Efraín salió a recibirla. Tenía andares coquetos. Contó que se había encontrado con algunos pasajeros pero que no había vuelto a ver a Toño ni a su amigo.

- Van a venir - dijo el tío.

Don Francisco pensó que si apenas estaban llegando, era probable que los muchachos también llegaran, pero consideró que podrían darse cuenta que ellos estaban allí y no entrar. Le sugirió al tío de José Antonio que guardara el jeep en el garaje y dieran

una vuelta ocultos por los potreros
aledaños.

Estuvieron afuera hasta que tiñó la noche.

Titilaron las estrellas y entraron a comer.

Luego, sentados en el banco del corredor,

escucharon la iniciación de la serenata de

los sapos en la quebrada.

- "Pocos tonos sabe el sapo y se pasa
cantando toda la noche" - dijo el tío -. ¿Se
toma un aguardiente?

- Bueno; para el frío.

El tío de José Antonio le llenó una copa.

Luego se sirvió y dijo:

- Este pa'l frío y éste pa'mí - y bebió dos
tinteros seguidos.

Efraín llegó para ofrecerles aguapanela con limoncillo.

La noche se cerró y pusieron un radio. Las emisoras informaban sobre los últimos acontecimientos. Los perros ladraban y don Francisco se paraba del banco. Ya acostado, oía ladrar y se levantaba, destrancaba la puerta y salía a mirar.

A la mañana siguiente los vaqueros arreaban de a caballo las vacas a los corrales donde los ordeñadores la iban haciendo seguir, entre los mugidos de las

madres y el impaciente reclamo de los terneros.

El tío de José Antonio le dió instrucciones al mayordomo por si acaso llegaban y, más preocupados que decaídos, iniciaron su regreso por otra vía, para evitar la zona de conflicto.

Pidieron la colaboración a la policía de la región. Visitaron algunos conocidos recomendándoles a los muchachos. Fueron a las casas del Crucero.

- Estoy pensando que mejor sería averiguar algo sobre ese bus - propuso don Francisco.

Se devolvieron.

Quirón, el caballo reproductor, corría esa nueva mañana relinchando a lo largo del cerco del Bambú; se detenía en seco y corcobeaba exhibiendo su vigor y sus bríos y emprendía de nuevo la carrera haciendo flotar sus crines y su cola. Varias manchas de barro en el cuello y las caderas dejaban ver que se había resbalado en sus alardes.

Llegando a los escombros de la chiva se encontraron con don Arcadio quien estaba enterado del paso de los muchachos y se ofreció a acompañarlos hasta la roza donde don Luis Anibal estaba desherbando.

Don Luis Anibal les contó cómo los había visto; que habían estado en su "rancho" y que habían salido para la finca.

- Pero no llegaron ayer - dijo don Francisco.

- Estarán donde algún vecino - dijo don Arcadio.

- Ellos iban bien y tranquilos - dijo don Luis Anibal -. Berardo, mi hijo, los acompañó hasta la escuela.

- Vayan a Barboletas - sugirió don Arcadio.

Fueron a la comisaría. La casualidad hizo que allí se encontrara el encargado de las

luzes; oyendo la conversación se disculpó de intervenir y dijo:

- Yo sí ví dos muchachos así, en el parque; uno llevaba una camisa roja de cuadritos.

- ¿Le vio los zapatos?

- El de camisa roja de cuadritos tenía botas altas de cuero.

- ¿Y el otro? - preguntó el tío.

- Botas de caucho, de esas finas que ahora gastan los mucha muchachos.

- Cuénteme - dijo don Francisco -; ¿y no llevaban morral ni tenían chaqueta?

- ¿Morral?, no; chaquetas como que sí.

Se dirigieron al parque, se sentaron en una banca y un detalle alegró y partió el alma de don Francisco: en el suelo estaba la navaja de Lalo. La recogió y cerró los párpados.

Un mendigo que pasaba buscando colillas de cigarrillos, les dijo:

- Se los llevaron.

Las palabras cayeron como una piedra en un pozo, removiéndolo todo. Desde la hondura de su emoción algo alcanzó a oír don Francisco.

- ¿Qué dice? - preguntó el tío.

- Se los llevaron.

- ¿A quiénes?

- A todos.

- ¿Quiénes son todos?
- Ayer hubo recogida.

Don Francisco estaba impactado.

- ¿La policía?
- Yo no sé. Se los llevaron. Vino un camión.
- ¿Para dónde se los llevan?
- Nunca se sabe. Algunos vuelven, y otros...
- Y otros, ¿qué?
- Nunca jamás.

Regresaron a la comisaría indagando por ese camión y allí no sabían nada; no habían hecho ninguna recogida. Los buscaron en el

hotel, tampoco. Nadie sabía nada de nada.

Volvieron al parque.

El mendigo seguía rebuscando colillas.

- Amigo, ¿cómo era el camión?
- Cerrado; de esos cerrados; bien cerrados; para que no se salgan.
- ¿Por dónde cogió?
- Por allá.

Don Francisco le dió una propina y por la calle señalada siguieron los dos amigos. Al alejarse, el mendigo recogió la colilla del cigarrillo que nervioso fumaba don Francisco; la llevó a sus labios y la aspiró.

No había ninguna pista que condujera a ese camión; pero... ¿en realidad existía? No

tenían la menor prueba; solo las palabras de un mendigo. La gente se incomodaba cuando ellos preguntaban por él. Había algo misterioso. ¿Qué?

- ¿Qué hacer? - preguntó don Francisco.

- Por ahora hemos hecho lo que podemos - dijo el tío.

- ¿Usted cree?

- Por lo menos en lo que corresponde a este momento.

- No sé.

- Pero, ¿qué otra cosa podemos hacer?

La pista a seguir es la del camión; alguien debe saber algo de ese furgón fantasma. Yo creo saber quien nos puede ayudar.

- ¿Quién?

- No sé exactamente pero alguien de la policía.

- Yo también voy a ver qué puedo hacer; hablaré con Mendoza y con el doctor González.

Entraron a Trujillo. Don Francisco se bajó del jeep algunas cuadras antes de su casa que hizo caminando. Tocó el timbre; ¡cómo deseaba que Lalo estuviera a su lado! ¿Qué diría cuando le abrieran?

Al día siguiente, y conforme a las instrucciones de Mendoza aparecieron en el

periódico las fotografías bajo el título "Desaparecidos". Se solicitaba la colaboración de las autoridades y de la ciudadanía para su localización.

Con los días don Francisco se fue haciendo sensible a la situación de muchas personas a cuya suerte antes había permanecido indiferente. De alguna manera -¡y de qué manera!- él ahora formaba parte de los golpeados por la guerra; había llegado su turno; no obstante sabía que las cosas no eran como él quería que fueran sino como le había correspondido vivirlas y trataba de entenderlas para obrar lo mejor posible. Recelaba de los grandes movimientos

sociales y se mantenía prevenido de los diferentes entusiasmos colectivos que agitaban al país.

En uno de los viajes de don Francisco a la capital haciendo averiguaciones en el Ministerio sobre las misteriosas recogidas de indigentes, Edgar Mario entró a la habitación de Tomasa, buscando una camisa que le había planchado y vio una hoja blanca doblada, caída en el suelo. La recogió para ponerla en la cómoda pero casualmente notó que estaba impregnada de cera. Le llamó la atención y salió al patio para verla mejor: la miró al trasluz y vió

unos signos parecidos a los que Lalo había encontrado. Se la mostró a su madre.

Resolvieron llevársela a Mendoza.

Mendoza encendió un cigarrillo y le preguntó dónde la había encontrado, qué personas la habían tocado y muchas cosas más de las circunstancias del hallazgo.

- Todo aquí está lleno de indicios - dijo, golpeando el cigarrillo con el dedo índice.

La ceniza cayó al cenicero.

Mendoza puso la hoja sobre el escritorio bajo una lámpara, se inclinó a mirarla con una lupa y repitió:

- Lleno de indicios.

Mendoza se puso una camisa de trabajo blanca, pasó los botones por los ojales y le dijo a Edgar Mario:

- Veamos... El sistema ha evolucionado.

Abrió el armario y extrajo una lupa más grande.

- Mire.

Edgar Mario se inclinó.

- ¿Qué vé?

- Letras... Números...

- Sí; pero arriba ¿vé algo?

- No. ¿Qué?

- Mire - dijo Mendoza, indicándole -; mire al lado de la M, arriba.

- No veo nada.

- Hay una huella. Ni más ni menos que una huella digital.
- Ah; sí.
- Puede ser tuya, de tu mamá, del que hizo ésto o de la persona que la recibió.
- Entiendo.
- ¿Qué dijo Tomasa?
- No sabe.
- Es necesario tomarle una impresión.

Examinada la huella no era ni de Adela ni de Edgar Mario; quedaba Tomasa, pero cuando le dijeron que fuera a la oficina de Mendoza, en la policía, se enfadó y refunfuñando y rezongando preparó la maleta. Y aunque le explicaron que era un

procedimiento comparativo de exclusión, no entendió qué querían decirle con eso, y les contestó que estaban dudando de ella. No hubo palabras para convencerla.

Tomasa se fué.

Expuesta la hoja a una temperatura levemente mayor que la del ambiente, y al esparcir polvillo negro sobre la superficie del papel, fueron notándose claramente las huellas digitales y el mensaje secreto. Mendoza conocía ese procedimiento: el viejo sistema de los brujos para engañar ingenuos. Se escribe con lápices de cera y luego, como por arte de magia, al pasar

sobre las impresiones un poco de ceniza del tabaco, éstas se impregnan y aparecen las letras, con sus extravagantes mensajes. También conocía el de la escritura con cerveza; en vez de tinta se utiliza cerveza y al secarse, aparentemente no quedaban huellas, pero examinando el papel detenidamente, se podía leer el texto. De todas maneras se tomaron muestras de las dejadas por Tomasa en los distintos objetos que ella manipulaba y la conclusión fue negativa.

- ¿Cómo entonces llegó el papel?

Al regresar don Francisco, Mendoza le mostró una copia del mensaje ya

contrastado, porque el original lo llevó al juzgado.

El mensaje decía:

"M.I. : ¿6,1(20), 7,3(23)? ¿6,4(24)! A."

Camila abrió la puerta, dejó la bolsa de leche en la cocina y siguió a la huerta. Claudio estaba revisando las estacas que había puesto a las matas de tomate. Conversaba con él. A veces se sorprendía de todas las voces que llevaba. No sólo recordaba a las personas por su físico sino especialmente por su voz; estaba poblado

de voces y de voces conocidas y desconocidas.

Camila lo vio hablando solo y pensó que se estaba haciendo mayor. Alguna vez, oyéndolo se preocupó y le dijo que eso era malo, que no cogiera esa costumbre que era manía de locos. Pensaba que si Claudio se abstenía de hacerlo alejaba ese peligro. Para tranquilizarse le dijo:

- ¿Con quién hablas?
- Ah, ¡tu!
- Estabas hablando solo otra vez.
- Solo, no; conmigo que es con el que más estoy.
- Eso es malo. Te lo he dicho.

- No te preocupes; seguro que tú también hablas sola sin decir palabra.

- Es distinto.

- ¿Por qué? Cuando pensamos hablamos; lo que pasa es que unas veces no decimos lo que pensamos.

- No vengas con cuentos. Hablar solo es malo.

Claudio sonrió.

- En el parque me encontré con los papás de Lalo.

- ¿Qué se sabe?

- No tienen noticias. Adela se ve muy mal.

Claudio calló. Al rato, cuando Camila estaba llevando la jarra de leche a la mesa, dijo:

- El dolor es una fiera que anda suelta buscando a quién darle la dentellada.

Camila no le contestó; al rato le dijo:

- Sigue la ofensiva guerrillera; hay que ver el noticiero. Claudio no le contestó;

después le dijo:

- Cuando llegaste estaba recordando...

- ¿Qué?

- Cuando venía para que le ayudara a hacer las tareas...

- No hablemos de eso que me siento mal.

¿Por qué no me arreglas la correa del reloj?

- le dijo colocandolo junto a sus anteojos sobre la mesa -. En un minuto lo haces, mientras termino de freír las masitas de choclo.

Claudio se dispuso a pegarla y podía estar haciendo eso o estar en cualquier parte, pero donde de verdad estaba era consigo mismo; pensaba que el canto de la cigarra que estaba escuchando era el canto de lo perecedero. Oyó aquella voz que le dijo: "¿Nos dice acaso su canto que morirá mañana?". Y se dijo: "El canto de lo perecedero me acompañará sin tristeza".

Hacía siempre sus pequeños oficios siguiendo el ritmo de las cosas.

- Ya está - dijo.

- Gracias - contestó Camila -; déjamela en el mueble.

Claudio puso el reloj sobre el mueble del comedor, y salió a la huerta, mientras Camila ponía la mesa para cenar.

Detuvo su mirada en una orquídea del naranjo y una voz que venía de su interior le dijo: "Cuando mi vida contempla la orquídea se tranquiliza"; y dijo: "Simplemente confía, no revolotean así también los pétalos"; entonces lo oyó Camila.

- De verdad, vas a tener que ponerle atención a eso, porque estás hablando solo.

- Pensaba en Lalo; le decía que confiara.

Carlos -el tío de José Antonio- y don Francisco, por distintos contactos llegaron al mismo punto: había un vehículo que iba de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, en las vísperas de las ferias, recogiendo drogadictos, vagos, gamines, locos e indigentes.

Un extraño silencio encubría este misterioso camión del que la gente prefería no hablar. Cuando con dificultad se lograba que alguien dijera algo, daba datos

contradictorios, poco fiables, generalmente para despistar.

La información que habían obtenido podría resumirse en lo siguiente: a Barboletas el camión llegó, hizo la recogida y se fue con rumbo desconocido.

Las versiones daban a entender que nunca llevaba a sus pasajeros al mismo sitio; alguien dijo que había por lo menos 3 lugares; cuando le preguntaron dónde estaban ubicados, simplemente se quedó callado. Los datos del mendigo eran concretos: era un camión "... cerrado; de esos cerrados; bien cerrado para que no se salgan"; por lo tanto la adecuación de la

descripción a un furgón, era la que mejor correspondía. Estas características coincidían con las referencias que le dieron a Mendoza y con las que le hicieron saber a Carlos.

Se propusieron dialogar con los locos y se encontraron con unas respuestas muy raras. Se requiere de un don especial y de una competencia poco común para poder comprender sus razones; un gamín les dijo que esas cosas le sucedían en sueños; que él estaba dormido en un parque y, en el sueño, se trasladaba a otra parte.

Decidieron volver a Barboletas.

El encargado de las luces les dijo que a él siempre le había llamado la atención que a ese mendigo no se lo llevaran nunca; que para él tenía algún enlace con el camión; que lo manejaba un hombre con chaqueta abotonada y sin rostro.

Carlos, Don Francisco, el papá de José Antonio y Mendoza, tenían dificultad en ordenar los datos. Los vagos no hablaban. El problema era simple y a la vez complejo. Una buena cadena indiciaria tenía que llevarlos al camión, pero los eslabones se hacían de sueños de niños, relatos de locos, evasiones y vaguedades. El problema era simple de resolver, porque bastaba

preguntar; y complejo porque no estaban preparados para esas respuestas. Aún así, habían avanzado en el conocimiento del asunto: los dos muchachos habían entrado al furgón de la locura. Alguien dijo que no recordaba la experiencia por la droga que les aplicaban, que no sólo los adormecía sino que producía amnesia.

Lograron informarse, por el hombre de las luces, que en Barquisimeto iban a celebrarse las fiestas patronales y que el furgón haría su recorrido... Esta vez Mendoza dejó saber, con cierto orgullo inoportuno, que la infidencia venía del

señor Velosa, de la Inspección Urbana. Así decidieron ir a esa ciudad.

Salieron temprano calculando llegar al atardecer.

Don Francisco les contó el sueño que había tenido su esposa: "Soñó que nosotros íbamos, tal como ahora vamos, y llegábamos a un parque en el que los gamines jugaban desprevenidamente, y por sus rasgos parecían provenientes de todo el país, y que

estando allí fue surgiendo lentamente el furgón; era gris y tenía dibujado un pelele a cada lado. Los tonos del pelele eran verdes y cafés; verde oscuro, en la chaqueta; café

ladrillo, en el pantalón y verde claro, amarilloso, en las medias. Los zapatos eran negros. Lo habían dibujado con la cara ingenua, mirando de lado con los ojos negros, perdidos; y las mejillas y los labios rojos, como una payaso suspendido en el aire; bueno... y salió un señor con una bocina llamando a los niños para que se le acercaran..., y que ocurrió algo; ella no se acuerda qué; como si los gamines notaran que algo les iba a pasar y salieron a correr, y ese señor detrás. Que alguien lo ayudaba; que tenía un ayudante. Me contó que los niños se convirtieron en gorriones y volaron a las ramas de los árboles. En las ramas

saltaban y piaban pero la gente no sabía que eran los niños. Los cazadores se fueron y los gorriones bajaron. Dice que algunos se quedaron en los árboles definitivamente".

- ¡Tan raro! - dijo don Alcides.

- Son las preocupaciones las que lo hacen soñar a uno - dijo Carlos -; pero allí hay cosas muy significantes.

- ¿Cuáles? - preguntó don Francisco.

- Los sueños son simbólicos; hay que buscarles el significado - dijo Carlos.

- En el sueño los niños se salvan - dijo don Alcides.

- Sí; pero algunos se convierten definitivamente en pájaros - repuso don

Francisco -; y uno puede pensar que eso le pudo pasar a José Antonio o a Lalo.

- Lo importante en el sueño es que "algo" o "alguien" los protege, ¿no? - comentó Carlos.

- Sí - dijo Mendoza.

- Los sueños se mezclan con la realidad; hay que saber encontrar los puntos de traslado de lo soñado a lo real o de lo real a lo soñado. Por ejemplo, ¿alguien ha dicho acaso cómo era la cara del señor del furgón? Nosotros sabemos que no; y si lo han visto, lo niegan, lo ocultan; o les parece vacío, indecifrable - dijo Carlos.

- Y en el sueño, aparece un furgón - dijo don Francisco.

- Que es lo que estamos buscando - dijo Mendoza.

- El sueño tiene muchos datos - dijo don Alcides.

- Me intriga lo del pelele - dijo Carlos.

- Sí, es un dato curioso - confirmó don Francisco -. Pero, ¿cuál es el mensaje, si es que lo tiene?

- El sueño está diciendo algo - opinó Mendoza.

- Exactamente, ¿qué es un pelele? - preguntó don Alcides.

- Un muñeco - dijo don Francisco.

- La persona inútil - complementó Carlos.

- Los sueños sí son muy misteriosos - dijo don Alcides -. Yo he soñado unas cosas que, ¡caramba!; pero casi todos esos sueños tienen que ver con algo. ¿Y qué dijo su esposa?

- Se despertó con necesidad de alertarme; que algunos de los niños se volvieran pájaros lo interpretaba como que estaban seguros en otra parte y porque querían...

- ¿Cómo así? - preguntó don Alcides.

- Veá; ella me dijo: "el árbol es un símbolo de seguridad...". En él se salvan; y lo de convertirse en pájaros, es porque están

en otra parte. Ella tranquila, tranquila, no está; pero tiene esperanzas, todavía.

- ¿Y el pelele?

- ¿Los peleles no seremos nosotros, mandándonos de una parte a otra? - dijo don Francisco.

Llegaron al lugar indicado.

Dejaron el jeep y se mezclaron con la gente; se sentaron en un restaurante mirando a la plaza. El tiempo transcurría lentamente.

- ¿Pasa algo? - se atrevió a preguntar el hombre del bar.

- Estamos esperando a alguien - respondió Mendoza.

- Ya casi cerramos.
- No tenga cuidado - dijo don Francisco.
- ¿Sale mucho loco por aquí? - preguntó Mendoza.
- No faltan - contestó un mesero.
- ¿No ha vuelto a haber recogida? - preguntó Mendoza, sin darle mucha importancia...
- No demora.
- Por las fiestas - comentó Carlos.
- Sí; por las fiestas - confirmó el mesero -
. Claro que a esta plaza salen menos vagos;
en la de Monagas, sí pululan.
- Qué pena, señores, pero vamos a cerrar.

Pagaron la cuenta, fueron por el jeep y salieron en busca de la plaza; descendieron por un barrio de inquilinatos y se internaron por una sucia calleja alumbrada de bares, con mujeres mal pintadas en sus puertas, de los que salían las notas del arrabal. La plaza no tenía luz y en la penumbra pasaban vagos y maleantes. En el extremo se alineaban tres furgones; un poco más allá, en un lote, la parda carpa de un circo.

Don Alcides tomó la primera fotografía. El flash penetró la noche y los furgones arrancaron, volteando por la primera esquina.

Tomó la segunda.

Mendoza interrogó a un mendigo pero éste se hizo el loco y no dijo nada. Le mostró su credencial de miembro de la policía secreta, pero no le prestó la menor atención. Una mujer que estaba en la puerta de una cantina les dijo:

- Se los llevaron.
- ¿A quiénes? - preguntó Mendoza.
- ¿A quiénes? A esos vagos.
- ¿Quién se los llevó?
- Pues los de la limpieza.
- ¿Cómo hiciéramos para hablar con ellos?

- Pues será esperarlos a que vuelvan; pero uno no sabe cuando. Esta vez se demoraron como dos años.

Relampagueó el flash. Había tomado al mendigo: la cara sucia, el pelo hirsuto, los ojos rojos, la boca desdentada.

- ¿Cuántos eran?

- Uno.

- Ah - dijo don Alcides, y volvió a preguntar -. ¿Le vio la cara?

- Ya ve que no; como que no. Ahora caigo en cuenta que no le ví la cara.

- Usted dice que era uno; pero nosotros vimos tres.

Don Alcides la enfocó.

- No; a mí si no me venga a tomar fotos.

Don Alcides bajó la cámara; y Mendoza volvió a preguntar:

- ¿Cuántos eran?

- Uno; ya le dije. Lo que pasa es que los otros camiones son del circo.

Entraron bajo la carpa. El gerente les confirmó que los furgones acababan de salir. El distintivo del circo era un pelele goyesco.

Recorrieron las calles buscando información y nadie les dijo nada. La policía decía no saber nada. No conocían al señor Velosa.

Al salir de la comisaría don Alcides dijo:

- Parece que para llegar a este plano del poder hay que perderlo todo. Ahora comprendo la rebelión de la gente.

En Monagas Como en Barboletas, al caso lo cubría el misterio.

- ¿Lo habremos perdido? - dijo Adela, al oír el relato.

Don Francisco le contestó con voz suave que hacía de sus palabras una promesa de perseverancia:

- La búsqueda apenas empieza. Pero te digo; son listos y se sabrán defender.

Escucharon el titiribí cantar en la madrugada.

- ¿Qué piensas?
- Intento dormir; estoy cansado.
- ¿Dónde crees que están?
- No sé.
- ¿Qué crees que están haciendo?
- Eso, sí, sé: cosas de muchachos.

Viajaron toda aquella noche en el furgón de los locos; esa noche, al día siguiente con su noche y otros más.

Lalo abrió los ojos bajo una palmera, en una gran extensión de arena. Largas

ondulaciones de agua venía
incesantemente, rompiéndose en espuma,
removiendo la dorada arena caliente.

Serían las diez de la mañana.

Se extrañó de estar ante aquella inesperada
inmensidad azul que se juntaba con el cielo.

Se frotó los ojos: creía estar viendo
visiones; estar soñando. El claro resplandor
armonizaba con el paisaje en el que sólo se
escuchaba el rumoroso vaivén de las olas.

Se sentía magullado y tenía un picor en el
hombro. Le fastidiaba la suciedad de sus
ropas, su olor y una fuerte fatiga principió a
marearlo. Miró en torno suyo y vio varios

menesterosos tendidos, y una adolescente vestida de azul caminaba hacia el mar.

Lalo había perdido una bota. Se puso de pie y descubrió entre los locos a Toño. Temeroso de despertarlos se movió con cuida

azul caminaba hacia el mar.**Error!**

Reference source not found.

Lalo había perdido una bota. Se puso de pie y descubrió entre los locos a Toño. Temeroso de despertarlos se movió con cuidado y le dió varias palmadas en el hombro. Toño se deslumbró. Cuando pudo abrir los ojos, le indicó que lo siguiera.

Toño miró asombrado a su alrededor, apartándose con rapidez.

Buscaron inútilmente la bota. La camisa de Toño estaba desgarrada. Descalzos sobre la húmeda arena se alejaron de ahí... Temían el oculto poder, la mano invisible que los había llevado a ese lugar; a ese alguien sin rostro, a ese algo desconocido, y a esos raros y peligrosos personajes con quienes se encontraban inexplicablemente. El graznar de las aves llamaba su atención. Gaviotas y pelícanos entrecruzaban sus vuelos. Bien adelante ya, protegidos por un manglar, saltaron al agua, retozando en las olas. Levantaron su mano derecha a la altura de

la cabeza, y ¡las chocaron, celebrando su reencuentro!

Vieron a un boga navegando sobre la línea del horizonte que se perdió en los reflejos del día sin que lo alcanzaran sus voces.

La playa estaba llena de conchas y caracoles, pequeños cangrejos la recorrían a grandes velocidades. Las petaconas se movían lentamente entre los cocos caídos y los pájaros chillaban en las ramas de las palmeras.

Emergían las ballenas jorobadas, elevando sus chorros como fuentes de un jardín

marino, saltaban los delfines y se deslizaban las rayas en sus piruetas.

Quiso la suerte que apareciera otro boga. Era un moreno joven; solía ir a la playa a dejar víveres a estas almas en pena.

- Eto no tiene nombre; la gente la llama la isla de lo loco. Ante era de lo leproso, pero ya no hay leproso; no; toro murieron; por lo meno yo no lo he vuelto a ver, y soy de lo que má vengo. Loco sí; ayer lo trajeron...

Lalo y Toño le contaron lo que les había pasado.

- Vamo al continente, a Balí; allá sí llega carro.

Y aunque Benildo los recogió temprano, la noche los alcanzó. Habían entrado a otra isla, donde su madrina Mercedes les ofreció sancocho de pescado con ñame y yuca, y tuvieron que esperar a que volviera a subir la marea.

Benildo estaba preocupado porque en la desembocadura del río la Tunda araña a los hombres, en especial a los jóvenes; pero más miedo le daba que saliera El Riviel.

- E una lu que voltea lo potro.

Serían las siete.

Una lluvia de estrellas se derramó en el mar y un vaho repentino envolvió la canoa. Benildo se asustó creyendo que una

de esas luces se subiría pero, al disiparse la bruma, vio que era la luna llena rielando a babor.

La sonrisa de la mamá era amplia y acogedora. Matilda contó que ese furgón venía del interior y en el muelle pasaban su cargamento de locura a una lancha rápida con motores fuera de borda, y lo iban a llevar a la isla; que lo hacían en las sombras, cuando creían que nadie los veía, pero la gente sabía la verdad; que los pescadores en más de una ocasión habían visto cómo los hacían dormir aplicándoles una inyección rosada, a todos, con la misma jeringa.

Lalo volvió a sentir el picor y retiró la
camisa para verse el hombro derecho.

- Está irritado - dijo Matilda.
- Esto puede ser - dijo Lalo.
- Seguro.
- Déjeme ponerle algo.
- Está roja... - dijo José Antonio.

Lalo se quitó la camisa y doña Matilda
limpió la zona inflamada pasándole un
algodón con un poquito de agua con yodo.

A la camisa de Toño le dió unas puntaditas.

Allí permanecieron varios días.

- ¿Quiere que le mostremo dónde sale la Tunda? - dijo Benildo, quien estaba con su amigo Waldomiro.

- Ya está - dijo Toño.

Serían las siete de la noche.

Trotaron por la playa hasta la desembocadura del Guadú y siguieron por un camino.

Se sentía la corriente del río y el chillido de los micos cariblancos que se asustaban a su paso.

- Puaquí - dijo Waldomiro.

- ¿Cómo es? - preguntó Lalo.

- Una muje desnuda, con uña de gato - dijo Benildo.

- ¿Y es brava?

- Pue claro - dijo Waldomiro.
- Tiene hoja pegada y musgo, de vivir en la selva.

Canto la lechuza.

- ¿Es peligroso? - dijo Lalo, deteniéndose.
- No; sigamos - lo alentó Toño.
- La última ve que la vimo fue en esa piedra de la orilla - dijo Waldomiro.
- ¡Cállense! - dijo Waldomiro.
- ¡Chiist!
- ¿Qué? - preguntó, en tono bajo, José Antonio.
- ¿No oyen? - dijo Waldomiro.
- ¡No!

- ¿Qué?
- La marimba; lo pejadore 'tan tocando -
dijo Benildo.
- Así no se puede - aclaró Waldomiro -;
la música aleja la Tunda.
- El que sí puere vení a metese e el
Patakoré y ese se lo lleva a uno pa'lo
infierno - dijo Benildo, abriendo los ojos.

Vieron extinguirse el lejano brillo del puerto y escucharon resonar el eco de una explosión. Dieron media vuelta; Waldomiro iba adelante, lo seguía Benildo, después Toño, atrás Lalo.

Las nubes cubrieron la luna y las sombras se soltaron. Lalo sentía que alguien lo

seguía; volteaba y sólo veía sombras, pero sentía sus pisadas y una mano larga que le agarraba la camisa.

- ¡Córranle! ¡Córranle, que me coge!

Waldomiro apresuró el paso.

- No nos dejen - gritó Toño.

- ¡Apúrense!

Cesaron las notas de la marimba.

Los murciélagos se descolgaron.

- ¡Ahí viene el Patakoré! - gritó

Waldomiro.

- ¡Correle Lalo, que el Patakoré te va'l canzá! ¡Correle!

Un pescador oyó caer las pisadas de los nerviosos muchachos que llegaban al muelle.

- ¿Qué pasa?
- Nada, Nico; que pegamos carrera desde el Guadú - dijo Benildo.

El muelle estaba a oscuras.

- ¿Qué pasó? - preguntó.
- Volaron la torre de Barbacoas.

Matilda estaba encendiendo un mechero de petróleo: sus pendientes de oro brillaban con los reflejos de la llama azulosa.

- Siquiera volviero.

A Lalo le pareció oír la voz de su madre.

- ¿Dónde se habían metido?

- ¡Por ahí no má! - dijo Benildo.

Se quedaron conversando mientras sentían chapotear el agua contra los puntales de la casa, al subir la marea. La brisa batía la ropa que colgaba en un alambre a la entrada. El perro, amarillo y flaco, se rascaba la oreja con la pata trasera golpeando el suelo rítmicamente o se mordía la piel persiguiendo sus pulgas, mal humorado.

Benildo y Waldomiro querían que les contaran cosas de la ciudad; Lalo y Toño oír cuentos de espantos y aventuras del mar.

... Waldomiro había ido recorriendo el litoral, lejos, lejos, con su tío que era el capitán del Paracas; que sí era una embarcación que salía a altamar y llegaba a puntos lejanos. Benildo contó que en Changó, una canoa para doce remeros, habían llegado hasta una ciudad de barro donde nunca llovía y los indios pescaban con pelícanos amaestrados.

- ¿Cómo? - preguntó Toño.

- Los hacían aguantar hambre y luego los impulsaban a volar teniéndolos amarrados de una pata con una piola; los pelícanos cogían el pescado y los indios se lo sacaban.

- ¿Y cómo es esa ciudad? - preguntó
Toño.

- Como un cuartel; pero ya está
abandonada.

Matilda salió a recoger la ropa y se
encontró a los muchachos conversando.

Los relámpagos de una tempestad lejana
débilmente resplandecían fugazmente sus
rostros y los trastos de la cocina.

De la ventana de su habitación Claudio veía
llover sobre la huerta y miraba caer las
rosas agitadas por el viento; el agua corría

entre las eras y se represaba en el recolector que conducía al desagüe del patio.

Camila dormía.

El viento azotó la puerta del cuarto de Lalo despertando a su padre. Las cortinas se movían violentamente tumbando los objetos que alcanzaban y al sacudirse producían un agudo chasquido que anunciaba peligro.

Don Francisco cerró las ventanas y el agua resbaló contra los vidrios. Por un momento permaneció de pie observando arreciar el aguacero, cerca a la cama vacía de su hijo.

De repente un chiflón lo hizo estornudar; se ajustó la levantadora apretando el nudo del

cinturón, entreabrió la puerta del cuarto de Edgar Mario y un relámpago iluminó los banderines y afiches que adornaban su habitación; ajustó con cuidado y siguió al de Luisa; suavemente giró la perilla y la corriente hizo balancear los móviles produciendo un agradable tintineo. Rápidamente cerró para no despertar a la niña con un estornudo y fue a cerrar la ventana del estudio. Se sentó en el sofá hasta que una nueva descarga eléctrica interrumpió sus reflexiones.

- ¡Achist!

Los truenos despertaron a Adela; don Francisco regresó a la alcoba y le dijo:

- Cerré las ventanas.

El aguacero continuó hasta el amanecer.

A las nueve Claudio contempló los nuevos brotes del rosal y rosas lozanas que se abrían al tibio sol de la mañana, mientras los pétalos caídos parecían recordar el camino recorrido por el agua.

Irene y Tula venían conversando en el bus.

- Silencio jovencitas - dijo la directora del recorrido.

Tula le dijo a Irene, bajando la voz:

- Para mí que están donde Braulio.

- ¿Vos crees?

- ¡Uy! Sí; con toda seguridad.
- ¿Por qué?
- ¡Niñas que se callen!

El bus llegó al parque.

- Hasta luego - dijo la profesora -.
Conversen hoy, todo lo que tengan que
conversar, para no tener que suspenderlas
mañana.

Irene tenía el pelo negro, liso, cortico; Tula
lo llevaba largo, pero se lo recogía en una
trenza.

- Mirá, Irene. Toño tenía un amigo que se
llama Braulio...; y para mí allá es donde se
han escondido.
- Pero ellos ya fueron a la finca.

- A lo mejor no saben lo de Braulio.
- ¿Se lo decimos a Adela?

- Digámoselo.
- Sí; digámoselo.
- ¿Qué horas tenés? - preguntó Irene.
- Las cinco.

Entraron a casa de Tula.

- ¡Hola!, niñas - saludó la mamá.
- Hola mami.
- ¿Qué tal Loly? - saludó Irene.
- Bien. ¿Cómo les fue?
- Ahí.
- ¿Quieren tomar algo ligero o prefieren comer?

- No; mami. Vamos un minuto donde
Adela - dijo Tula y salieron.

La abuela Silvina estaba terminando de
tomarse su entredía. Ella misma les abrió.

- Pero si son ustedes.
- Buenas, Silvina.
- Buenas.
- ¿Está Adela? - preguntó Tula.
- ¿Qué ocurre?
- Queremos contarle algo.

La abuela se acercó al borde de la grada y
con voz suave, dijo:

- Adela.
- Sí, mamá.

- Te buscan.
- ¿Quién?
- Irene y Tula.
- Ya bajo.

Tula le contó.

- El otro día nos mostró unas fotos de una cueva.
- Las tiene Mauricio. Seguro han ido donde Braulio - dijo Irene.
- Es la Cueva de Alúa - dijo Tula.
- ¿Cómo lo sabes?
- Si quiere la acompañamos - dijo Tula.
- Mauricio y Fernando la conocen.
- Ellos han estado allá.
- Yo hablo con Francisco y les aviso.

Esa cueva la conocían Mauricio y Fernando como la palma de su mano; era un lugar secreto, pero tratándose de ayudar a Toño y a Lalo, servirían de guías y confesarían a Braulio.

Esa noche don Francisco llamó a don Alcides y él quedó de hablar con Efraín.

Por la mañana Lalo pidió a Benildo otra hoja y dibujó el muelle, una palma de coco y a Toño sentado sobre un tronco, en la playa, sin camisa.

- ¿Qué van a hacer? - preguntó Matilda.

- Volver - dijo Lalo, guardando sus dibujos.

- E lo mejó - dijo Matilda -. Se pueden ir de ayudante en un camión.

- Sí - aceptó Lalo.

- Benildo lo acompaña; en la plaza cogen uno.

- Vamo - dijo Benildo.

A las once hacía un calor sofocante.

Benildo le dijo a don Joaquín que sus amigos querían viajar y él le contestó que sí; pero que tenían que esperar a que se completara la madera, pues todavía hacía falta que le entregaran 17 piezas de tangare.

Don Joaco dijo que saldría a la mañana siguiente y Benildo los convidó a pescar.

Se quitaron la ropa quedando en calzoncillos, la apretujaron en un rincón del potrillo y se metieron al mar.

"Esa sí era vida - pensaba José Antonio -, y no los libros y el colegio". "Si por él fuera, se quedaría a vivir allí, toda la vida", y hasta se lo propuso a Lalo, mientras cogía entre las manos un escurridizo pargo rojo que Benildo había pescado; pero Lalo le dijo que él estaba pensando en llamar.

Toño se paró y de un salto se zambulló.

- Quedémonos, para siempre - dijo, y el agua le escurría por la cara.

Benildo sonrió complacido.

- Primero tengo que llamar - dijo Lalo,
sentándose en la proa.

Benildo también se tiró yendo a salir al lado
de Toño; los dos movieron la canoa y lo
hicieron caer.

- Adio, Benildo.

- Adio don José - respondió a un
pescador que pasó lentamente
impulsándose con su viejo canaleta.

- ¿Qué tal la pejca?

- No falta; no falta.

El ruido de los potentes motores de una
lancha rápida los interrumpió y las olas

vinieron a estrellarse contra las canoas que permanecieron balanceándose.

- Esa es Dorca, la Gacela del Mar - dijo Benildo.

Se quedaron un rato jugando "lleva" en la arena.

Se sentaron en el tronco y Benildo se atrevió a proponer:

- ¿Por qué no se quedan?

- Por el estudio.

- Yo tengo unas ganas de estudiar... ¡¡ pero me las aguanto!! - dijo Toño.

- Aquí puede estudiar, porque viene lo barco de la Marina.

- ¿Verdad? - preguntó Toño.

- Sí; en el muelle vive lo instructore.
- Quedémonos, Lalo; hombre, quedémonos.

Algo retiradas, recostadas a una piedra encontraron varias botellas. Lalo les pasó un pedazo de papel a sus amigos, escribieron un deseo, lo metieron en ellas y fueron a lanzarlas.

A a lo lejos un barco se hundía en la tarde.

Las botellas se mecían sobre las olas y una lluvia de guijarros cayó sobre ellas; voltearon a mirar: vieron a Gumaro con un par de piedras; con él venía Ricardo y otro muchacho que Benildo no conocía.

- ¡Qué le pasa, mano, que nos quitaron las botellas!

- ¿Cuále? - preguntó Benildo.

- Pues, esas - dijo, tirándoles una piedra.

Sus acompañantes lo imitaron. La ropa que usaban parecía no corresponder a su talla; las camisas, largas y sucias, se les descolgaban por el hombro.

- No sabíamos que'ra suya.

- Pues sí; ¿y ahora qué?

¡Crash!

- Le pegué - dijo Ricardo.

- Si quiere la cogemo - dijo Benildo.

- Pues, sí; metete al mar para encenderte a piedra - dijo Gumaro.

- No e pa' tanto - dijo Benildo.
- Movete.
- La va a quebrar.
- ¿Viste? - comentó Ricardo.
- ¡Uy! Casi le das.

Benildo iba a a sacarlas y Toño notó que Gumaro le iba a pegar. Se erizó.

- ¡Cuidado, Beni!

Benildo se abrió a correr, y con él, Lalo y José Antonio.

- ¡Cobardes!
- ¡Maricas!

Benildo sabía que Gumaro andaba "mancado". Varias veces lo habían cogido robando a los turistas. No pescaba ni

vendía; no ayudaba a cargar; solo vagaba imponiéndose a los demás como un gallito playero.

- ¡Ay! - exclamó José Antonio.

Siguieron hacia los acantilados escuchando sus burlas.

- ¿Te pegaron? - preguntó Benildo.

- No es nada. ¡Correle!

- Metámonos por aquí - dijo Benildo.

Entraron a la calle de la estación del ferrocarril. La sangre le chorreaba cerca a la oreja.

- Te descalabrarón - dijo Lalo.

Toño pasó su mano izquierda por la raíz del pelo sintiendo que se le humedecía, y vio sus dedos untados de sangre. Pasaron por la estación.

- ¡Cobardes!
- ¡Maricas!
- Puaquí - indicó Benildo, cruzando.

Al extremo de la calle, el techo de zinc del rancho de madera se pintaba con los colores del atardecer... "¿A cuál de las botellas le habrían pegado?" - se preguntaba Benildo; y recorrió la cuadra recordando la lluvia de piedras y el golpe fatal que la quebró.

El tío Clodomiro estaba haciendo un pilón.

Sin mover la cabeza, mirando hacia arriba,

los vio llegar, impasiblemente.

- ¿Está Waldo?

- ¿Qué pasa?

- Nara.

Salió Waldo.

Clodomiro levantó los ojos del fondo del

madero y los dejó en la oreja de Toño.

- Gumaro quiere bronca - dijo Benildo.

- ¡Otra vé!

- Sí. Nos corrió con Ricardo - aclaró.

- Y otro - dijo Lalo.

- Me alcanzó a pegar.

Waldomiro lo miró.

- ¡Qué berraco!

- No vayan a buscé problema - opinó

Clodomiro con la azuela en el aire.

- No se preocupe tío.

Se retiraron donde él no podía oírlos.

- Hagamo algo - dijo Benildo.

- Echémole un avispero - dijo

Waldomiro.

- Vamo.

Waldomiro entró y sacó una chuspa.

Clodomiro lo vio sin decir palabra.

Griot, el abuelo Guachupé, vino desde el

fondo con su gastado bastón y lentamente

se acercó al dintel de la puerta, levantó sus
grisis ojos ciegos y dijo:

- Van a peliá.
- Los oí.
- Delante del mico no se hacen maromas.
- Con Gumaro, otra vez...
- Uno siempre se quema con el fuego que
enciende - dijo el abuelo y pasó su mano
arrugada sobre su pelo blanco.
- Tío Guachupecito, siéntese, siéntese.
- Paraito nara má ahí, sobrino.
- En el cielo pintan santos - dijo
Clodomiro, mirando el perfil de un negro
en las nubes.
- ¿Pintaron?

- Sí; pintaron.
- ¿Qué pintaron?
- Negro.
- ¿Bueno o malo?
- No sé.
- ¿Ahora qué?
- Pintaron.
- Hoy la vamo a celebrá.

El tío Guachupecito entró recordando su canoa en las vueltas del río:

- Ahorita hablamos sobrino.
- Ahorita nara má - le dijo.

Entre los acantilados crecía un árbol en el que Waldomiro había visto un avispero.

Subieron hasta la Jigua y sí; allí estaba:

colgaba de una rama baja. A la entrada del panal de la venganza, había unas cuantas centinelas; se les veía su negro cuerpo alargado terminando en un rojo aguijón.

Fué directamente, introdujo el avispero en la chuspa y pasó la mano fuertemente sobre la rama desprendiéndolo. Un zumbido infernal bullía allí dentro; cogió la chuspa del extremo superior, le hizo dar una vuelta entera, sosteniéndola con las manos, y anudó doblemente los extremos. Le hizo varios rotos rotos con el pasador de la hebilla.

- ¡Ahora, sí!

El rostro de Benildo, se alegró; Lalo tenía, no podía negarlo, cierta ansiedad, los labios reseco; Toño estaba entusiasmado.

- Miren lo que hay ahí - dijo Lalo.

- ¿Qué? - preguntó Toño.

- Allí, Toño; en el suelo; mirá vé - dijo Lalo, señalando un billete de \$500.

- ¿Qué? - dijo Waldomiro.

- ¿Qué? - dijo Benildo.

Toño se agachó y lo cogió.

- Uy, hermano; un billete de quinientos - dijo pasándoselo a Lalo.

- De quinientos - dijo Lalo, pasándoselo a Benildo.

- De quinientos - dijo Waldomiro,
extasiado.

- ¡Venir aquí para encontrarnos este
billete! - dijo Lalo.

Waldomiro se lo pasó a Lalo.

- Vamo - dijo Waldomiro.

- Al tallé. Ahí debe está - dijo Benildo.

Las botas de Benildo le tallaban a Lalo.

- Hay que tené cuidado con el Koko - dijo
Benildo.

- ¿Quién es? - preguntó Toño.

- Un primo de Gumaro; pero brutote; ese
si lo coje a uno lo mata - dijo Benildo.

- Es un gigante con cara de bobo - dijo
Waldomiro.

- Sí - dijo Benildo.
- Hay que tené cuidado porque en ese taller se reúne lo contrabandista - dijo Waldomiro.

Koko estaba ordenando una pila de llantas viejas; Gumaro, y los otros, estaban debajo del cobertizo de los garajes. Koko cogía cada rueda como un plato. Waldomiro deshizo el nudo y varias avispas se escaparon y le pasó la chuspa a Benildo.

- Pilas por si aca... - dijo, y entró; se acercó despacio, caminando detrás de los carros, ¡y tiró la chuspa! Un remolino de agujones se adueñó del taller.

Corrieron calle arriba oyendo los alaridos de Koko y los demás. A Lalo se le cayó la credencial que le había regalado Tula y quería devolverse.

- Mañana venimo - le dijo Benildo.

- ¿Y si se me pierde?

- Esperate - dijo Toño.

Se escondieron en un lote y vieron subir furioso a Koko persiguiendo a Gumaro, con un cuartón.

- No quiero que nadie venga aquí; ¿entendés? - le gritó tirándole el cuartón.

Gumaro lo esquivó y el madero se astilló contra el suelo.

Vieron a Gumaro regresar, comiéndose las uñas; pisó al lado de la credencial.

Lalo comenzó a respirar rápidamente, sentía palpitaciones y la carne de gallina; la mano izquierda le temblaba y le dió un tic en el ojo izquierdo; y se levantó...

- Todavía no - le dijo Toño.

No hizo caso. Las avispas lo siguieron.

- Si te coje Koko, te mata.

Se oían las imprecaciones en el taller, mientras trataban de ahuyentar las avispas quemándoles caucho.

Los ojos de Benildo seguían fijos en las botellas del mar; temía que una fuerza maligna le hiciera daño por haberse

hundido el deseo. Las mejillas se le pusieron pálidas y los ojos vidriosos.

- ¿Qué te pasa? - le dijo Waldomiro.

Lalo recogió la credencial y regresó. Estaba contento; tenía dos picadas: una en el ojo, otra atrás, en la nuca.

Las picadas se hincharon; la del párpado izquierdo parecía el ojo de una rana; y José Antonio y los amigos se reían. Dejaron de hacerlo al ver que se estaba contrariando.

- Mi mamá te lava con un agua que ella sabe hacé y se te quita.

- Es mejor que nos vamos - dijo Toño.

- ¿Y qué vamo a hacé con lo quiniento? - preguntó Waldomiro.

- Vamos a la tienda - propuso Lalo.

Toño orinó contra la tapia y todos lo imitaron; saltaron y por atrás del lote cayeron a la otra calle; pasaron cerca a la casa y entraron a "Neptuno -Restaurante-Bar".

- Teníamos que darle una muenda porque si uno echa un deseo y la botella se hunde, se sala la persona.

Pidieron gaseosa con mojiçón.

Al salir, cientos de golondrinas revoloteaban en las cuerdas de energía, en los balcones, en los aleros, píando nervio-

sas. - Cuando a uno lo pica la abeja... - dijo

Matilda.

- Fueron una avispa - interrumpió Lalo.

- O la avispa, lo mejó es una rodaja de
cebolla cabezona.

- No; cebolla, no.

- Ponétela - dijo Benildo.

- No; me lloran los ojos.

- También sirve el San Juanito y el
pepino.

La frescura del pepino le alivió el dolor,
pero amaneció hinchado, sin poder soportar
la luz. Por la tarde, cuando la intensidad

disminuyó, salió con unos anteojos que Benildo se había encontrado.

A las cinco sonó el teléfono.

Claudio dejó las gafas sobre la mesa.

- Aló...
- Claudio.
- Sí.
- Soy yo.
- ¿Quién?
- Eduardo.
- Ah, Lalo... ¡Lalo! ¿Qué tal?
- Bien.
- ¿Dónde estás?

- Por acá; en Puerto Balí.
- ¿Qué haces por allá, tan lejos? Pero a ver... ¿Cómo estás?
- Bien.
- ¿Con quién?

La conversación se cortó.

Claudio se sentó pendiente.

Timbró el teléfono.

- ¿En dónde estás?
- En Puerto Balí.
- Y allá, ¿en qué parte?
- En una tienda.
- ¿Cómo se llama?
- No tiene nombre. ¿Mi papá?

- Preocupado. Ponme mucha atención a lo que te voy a decir.

- ¿Qué?

- Yo conozco una familia que vive por allá, en Santiago, una población vecina. Ve y pregunta por Rafael Gutiérrez. Vive por el Colegio Mayor. Dile que vas de mi parte y cuando estés con él me vuelves a llamar... Prométemelo.

- ¿Me va a castigar mi papá?

- No.

- Me quiero quedar por acá con unos amigos.

- En vacaciones vuelves. Tu mamá está muy preocupada. Hazme caso y busca a Rafael.

- Bueno; pero no vaya a dejar que mi papá me pegue.

- Lo que importa es que se vengan. Los familiares de Toño también están muy preocupados. La policía los está buscando.

- ¿Por qué?

- Pues, muchacho... ¿Por qué?

La comunicación se cortó.

Cansado de insistir colgó el teléfono y salió con Toño y Benildo.

Alguien los seguía.

Después de doblar la esquina Benildo lo vió. La gente conversaba frente a sus casas. Se le vino de repente, con toda claridad, su rostro.

- Metámono por aquí - les dijo.

Se entraron por una calle estrecha y destapada donde Benildo tenía varios conocidos, dando tiempo a que pasara. Apareció: era Sabletta, vivía envuelto en negocios raros.

Al llegar, Matilda les mostró el periódico en que habían publicado sus fotografías. Lalo y Toño se preocuparon.

- Nos siguió Sabletta - comentó Benildo.

- Hay que tené cuidado; con "ese" la cosa se complica - confirmó Matilda.
- Lalo llamó - dijo Benildo.
- Donde un amigo - precisó Lalo.
- ¿Qué? ¿Cómo 'tá la cosa?
- Color de hormiga - dijo Toño.
- Al hecho pecho - dijo Matilda.
- Me dijo que fuera a Santiago donde un señor Rafael Gutiérrez. ¿Lo conoce?
- No; pero hazle caso; ya le dije que Benildo lo puede acompañá a cogé carro; hay mucho camione que sale para allá y en alguno se puede encaramá.
- Hablamos con Joaco.
- ¿Qué dijo?

- No hay problema.
- Además, Santiago queda en la ruta - dijo

Matilda.

- Lo que sí quiero pedirle es que 'ten lejo de Sabletta.

- Adios, profe; adios Carrasquilla - dijo

Tula.

- Arrimemos a ver qué hay de nuevo - propuso Irene.

- Te lo iba a decir.

Timbraron

- Adelante, jovencitas - dijo Silvina.
- Gracias.

- Tenemos buenas noticias - dijo la abuela -; bueno, regulares...

Cantaron los peyares sobrevolando el parque.

- ¿Sí? - preguntó Tula, con un asomo de brillo en sus ojos.

- Hablaron con Efraín - dijo Irene.

- No, mi'ja. Llamaron.

- ¡¿Llamó?! - exclamó Tula.

- ¡No lo puedo creer! - dijo Irene.

- Sí. Llamó a Claudio.

- ¿A Claudio?

- ¿Y por qué a Claudio?

- Yo no sé. Ellos son amigos - contestó la abuela -; pero se les cortó la comunicación.

- ¿El vecino? - preguntó Irene.
- Sí; el vecino - le aclaró Tula.
- Ah; sí; el señor de al lado.
- ¿Cuándo llegan? - preguntó Tula.
- No sé. Están en Puerto Balí.
- ¿En Puerto Balí?
- ¿Por qué fueron a dar por allá?
- No lo sabemos... Por lo pronto, lo bueno es que dieron señales de vida; ¿no les parece?
- Sí - dijo Irene, golpeando a Tula en el hombro.
- ¿Con quién hablas, mamá? - preguntó Adela.
- Con Tula e Irene.

- Ah. Ya bajo.

Viendo el rostro alegre de las niñas, dijo:

- Ya se enteraron; ¿verdad?

- ¡Qué bueno, Adela! - dijo Tula.

- Gracias a Dios - dijo la madre -. Pero toca esperar, porque el regreso no está claro todavía.

Tula e Irene fueron donde Claudio y le dieron un beso.

Cruzaron más rápido que las golondrinas del atardecer y se fueron a contarle a los amigos. Cuando Camila quiso saludarlas, ya se habían ido y sonrió comprensiva. Ella también había tenido trece años.

- "Muy lindas" - pensó Claudio.
- ¿Qué dices? - preguntó Camila, oyéndolo murmurar.
- Nada.
- ¿Cómo que nada?; escucho tu voz por toda la casa.

Claudio sonrió y le dijo:

- "Tu voz se adentró en mi ser y la tengo presa..." - y entonando la canción, continuó, con inesperada alegría -: "... tu voz que es susurro de palma, ternura de brisa; tu voz que es trinar de sinzontes en la enramada...".

Camila lo miró sorprendida y Claudio, se dirigió al segundo piso, cantando en las gradas:

- "Tu voz, cristalina corriente, cual una cascada.

Dios te bendiga mi bien, tu gracia y tu ser

que me hacen soñar...".

Hacía tiempo no veía a Claudio tan contento.

El viejo fue al tocadisco y puso el de los Grandes Exitos de Celia Cruz, y dejó suavemente la aguja sobre la cuarta canción.

Camila la oyó recorriendo los surcos y subió cuatro escalones, y cuatro escalones ya bajaba Claudio, cuando se oyó: "No sé que tiene su voz que fascina; no sé que tiene tu voz tan divina...".

Claudio empezó a cantar al mismo tiempo, pero recitaba otra estrofa "... tu voz que es tañir de campanas al morir la tarde; tu voz que es gemir de violines en la madrugada; es el divino poder que tienes mi bien, para enternecer", mientras Celia interpretaba: "... que en mágico vuelo le trae consuelo a miii corazón", haciendo un coro que alegraba la casa.

Bajaron juntos, y desde la sala escucharon el disco.

- Ves...; oír voces es completamente normal.

Tula buscó entre sus cuadernos los dibujos de Lalo; se detuvo especialmente en una hoja que tenía dos: en el de la izquierda, él la había pintado de espaldas, con trenzas y pajaritos en la cabeza; el de la derecha era un corazón,

y le aclaraba que vos, era porque ella era su corazón, y S.O.S., porque significa ayuda urgente.

Tula le dió un beso y bajó a comer.

Esa noche le preguntó a su papá si alguna vez se había volado de la casa en su juventud y él le contestó:

- Piensan que uno se va; pero uno sabe que regresa.
- ¿Por qué no eres más claro?
- Es cuestión de perspectiva.

- No entiendo.
- Lo que quiero decir, es que tus amigos tendrán más claro, por qué regresan, que por qué se fueron.
- Pero, ¿tú, alguna vez huíste?

José sonrió y dijo:

- Sí.

Tula descansó; entonces lo perdonaría.

Temprano llegó Waldomiro; bajaron la escalera que separa la casa de la playa y trotaron al mar que parecía irse con la marea. Como un caimán se resbaló el potrillo dejando su larga huella y al entrar al

agua se deslizó suavemente; Benildo, por un lado y Waldomiro, por el otro, movían rítmicamente los canaletes y la proa rompía la superficie buscando la desembocadura del Guadú.

En la bocana las aguas cambiaron, se fueron haciendo verdes, luego azulosas y al final cristalinas. Los monos saltaban entre las copas de los árboles y cantaba el coro de la selva. Waldomiro dejó el canaleta y cogió la palanca, revisó el recatón de la punta y la dejó caer sintiéndola al resbalar entre sus

manos. Remontando la corriente les contó que había negros que de tanto navegar se volvían pescados y otros que terminaban viviendo en el fondo del mar, con las sirenas.

- Lo sacan a uno y se lo llevan a la profundidá donde tiene una ciudá hermosa, donde el oro resplandece por tora parte y hay jardine y música.

- Tiene escama de la cintura pa'bajo - comentó Benildo.

Al lado y lado se veía la siembra de chipero, guadua y palma africana.

Waldomiro saludó a un vecino que estaba con su familia sembrando yuca.

- A ello le enseñó el Jai - dijo Waldomiro.

- El Jaibaná sabe mucho - ratificó Benildo.

- ¿Quién? - preguntó Toño.

- El brujo - dijo Benildo.

- Conoce el secreto - dijo Waldomiro.

Toño cogió la otra palanca ayudando a impulsar el potrillo.

- ¡Miren! - dijo Waldomiro.

- ¿Qué! - preguntó Toño.

- Allí... - indicó Waldomiro.
- ¿Esas bateas? - preguntó Toño.
- Son Barbacoa...
- Adiós, tío.
- Hola, Waldomiro, ¿qué hacé?
- Puaquí.
- ¿Cómo van?
- Bien.
- ¿Pinta?
- Algo.
- Tío Nemesio. Uno amigo - presentó
Waldomiro.
- ¿Pa' dónde van? Bájense.
- Puaquí no má; tío - contestó Benildo.

Se veían las pepitas brillar.

- ¿Es oro? - preguntó Lalo.

- Mismísimo oro - dijo el tío Nemesio-

Vea - dijo, y subió a la orilla con sus pantalones blancos arremangados y sin camisa, cogió un frasco y se lo pasó.

Sus compañeros interrumpieron el trabajo para mirar a los visitantes.

Lalo cogió el oro entre sus manos y le pareció que estaba conociendo el secreto del mundo.

- Se lo vendo - dijo Nemesio, rompiendo el hechizo.

- No.

- No, ¿qué? - preguntó, jovialmente.

- No sé.

- Depué me manda la plata con
Waldomiro.

Nemesio dejó el frasco en la orilla pero una
ola subió hasta rozarlo, y salió de nuevo a
colocarlo a salvo de la estela que dejaba
una lancha. Sonrió seguro de sí mismo.

Los pájaros volaron espantados; el oleaje
golpeaba la rivera. Los motores, fuera de
borda, rugían potentes. El conductor la
llevó a la orilla derecha y viró hacia la
izquierda: uno de los motores se aceleró en
el aire, bajó la palanca dejando la lancha en
marcha mínima, perdió altura y se acercó.

- Hola - saludó el conductor, moreno,
joven, orgulloso.

- Hola, Alfredo - contestó Nemesio.

- ¿Pa dónde van?

El agua chapoteaba en el tronco, en el potrillo, penetrando en la orilla.

Con él venían dos madereros de vestido y sombrero blancos.

- Buenas, amigo - dijo uno de ellos, alto y rubio, con marcado acento extranjero.

- Buena - contestó Nemesio.

Los tres estaban de pie sobre la lancha que se balanceaba.

- Tío ¿ha visto a Wilfredo?

- No sobrino.

- Quedó de está en el aserrío.

- ¿No 'tará en el corte?

- Pues sí; puay puede andá - asintió
Alfredo, y dirigiéndose a sus acompañantes
les dijo -: que puede etá en el corte.

Alfredo se subió a la capota, acercó la
lancha, la puso en neutro y anudó una soga
a la rama de un mangle, dejándola sostenida
de la vita de proa.

- Si lo vé, decirle que Mc. Wood querer
hablarle - dijo el extranjero.

- Sí; míster.

- Say to him that we need all the lumber -
dijo espantando un zancudo.

- Okay, okay - le contestó y dirigiéndose
a Nemesio le dijo:

- Señor: ¿podría hacer favor?

- Diga no má.
- Cuando ver a Wilfrido, decirle nosotros
querer toda madera.
- Sí; míster.

Alfredo desató la cuerda y saltó a bordo
ladeando la lancha, puso reversa
manteniéndose en pie, con una mano sobre
el parabrisas, y giró la dirección en sentido
contrario y aceleró.

- Adiós - dijo.
- Adiós - contestó Nemesio.

Los motores rugieron. La punta de la lancha
se levantó y se alejó cortando el río; las
estelas sucesivas bañaban la rivera,
mientras los señores se ajustaban sus

blancos sombreros de Panamá y su ropa
ondulaba en el viento.

Waldomiro subió el potrillo a la orilla. Con
la temporada de lluvias el nivel del río
había aumentado. Bajaban trozas de
tangare, chachajo y laurel. Una guacamaya
asustada se golpeó contra un helecho
gigante y chillando reanudó su pesado vue-
lo. Bajaban trozas de otobo, sajo y caimito;
de cedro, balso y yarumo.

- Ya volvemo - dijo Waldomiro, y
echaron a caminar en fila india, entre la
vegetación tupida saltando las raíces de los
árboles y enredándose en los bejucos.

- ¡Cuidaro! - dijo Waldomiro señalando una boa. La vieron arrastrarse hasta unos helechos.

Más adelante les mostró una tortuga y un cangrejo gigante. Era un mar verde, exuberante, lleno de peligros y ruidos extraños.

- Aquí viven lo muerto - dijo Waldomiro.

- ¿Quéee? - exclamó Toño.

- Que aquí viven lo muerto.

- ¿Cómo? - dijo Lalo.

- Lo antepasado son invisible pero e'tan aquí - dijo Waldomiro, sin darle mucha importancia.

Benildo aclaró:

- Lo visible como nosotros.
- Los otros son lo que van a nacer - dijo

Waldomiro -, que también 'tan invisible.

Lalo sintió la extraña presencia de los antepasados de Waldomiro difundida en la selva.

Llegaron a un árbol inmenso donde un indio hacía dibujos a su canaleta; protegía el sexo con un guayuco, tenía la piel pintada y llevaba un collar de piedritas de cuarzo. Waldomiro lo conocía.

El indio contó que Jai había salido hacía varios días.

El indio cogió su arco de chonta, templó la cuerda del cáñamo, soltó una flecha y mató

un pájaro que desplumó y luego asó. Todos comieron. Sus ojos negros eran pequeños y ágiles.

- Mandinga - le dijo -. Dice Jai que el río se está yendo...

Nubes y bandadas de pájaros oscurecieron el cielo.

El indio señaló hacia el norte. Caminaron en la dirección señalada y se encontraron en medio de un claro donde chirriaban miles de motosierras. Todo caía: árboles, orquídeas, bromelias, nidos; las aves emigraban y las nubes que antes se amarraban a las ramas, copas y bejucos, sueltas ya, se iban deshaciendo. Señores de

lino blanco y cascos de exploradores, marcaban la madera con pintura blanca indeleble. Los funcionarios de la reserva forestal tomaban whisky y reían a carcajadas mientras una minga, bebía guarapo, armando una carrilera auxiliar: colocaban palos al lado y lado y sobre ellos rodaban las trozas llevándolas al botadero. La carrilera venía del corazón de la manigua a donde había ido el Jai en busca de yerbas para sus extrañas visiones.

La minga enguascaba los troncos con lianas y bejucos y los tiraban al río. En el suelo quedaba el follaje salpicado de aserrín.

Uno de los hombres de lino dió instrucciones para que el último corte se engrampara y amarrara con lazos plásticos blancos; eran tucas de canguare, nato y palealte. Las echaron por el botadero y terminaron borrachos y contentos y apareció otra minga tendiendo pares.

El indio se acercó y le dijo a los muchachos:

- La Madremonte se está muriendo - y le untó a Lalo achiote en la cara; le pintó dos rayas a Toño, cogió su arco y sus flechas y trepó al tronco de un árbol caído que se prolongaba en el río y saltó a su potrillo cubierto en la espesa vegetación de la orilla.

Un martín pescador pasó rozando la superficie del agua. Encima de sus cabezas un perezoso se movía en las ramas trenzadas de un ficus.

Al regresar donde el tío Nemesio, bajaba la balsada.

Waldomiro contó que fue el padre del indio el que le enseñó a su papá a hacer potrillos y chinchorros.

De noche entraron al río. Los mosquitos molestaban.

La lentitud de las trozas no los dejaba avanzar. Conversaban con Melchor Carabalí que iba llevando la última balsa con un mechero encendido para espantar el

jején. Hicieron travesía por un estero, pero al descender la marea, el caudal disminuyó más rápido de lo previsto y tuvieron que bajarse del potrillo y llevarlo entre los cuatro, sobre sus cabezas, hasta reencontrar el río. Las trozas se extendían a todo lo ancho de la bocana y se internaban en el mar rodeando una extraña embarcación que envolvía la neblina. Waldomiro se preocupó al ver aquella nave fondeada lejos del puerto.

- ¡El Maravelí!

- ¡¿Qué?! - preguntó Benildo.

- E mejor que 'peremo a Melchó - dijo

Waldomiro.

- Sí - dijo Benildo.

- E'peremo aquí - dijo Waldomiro.

Y se dieron la bendición los dos morenos.

- Pero, ¿qué pasa? - preguntó Toño.

- No; mirá - dijo Waldomiro -; e' que puede ser el Maravelí.

- ¿Cómo así? - preguntó Lalo.

- ¿No han oído hablá del Maravelí? - preguntó Benildo.

- Contale - dijo Waldomiro, apoyado en el canaleta.

- El Maravelí viene a reclama las alma.

- Fondea en lo pueblo para llamar a lista - dijo Waldomiro -.

Hay gente que tiene pauto con el Diablo.

- Va llamando a cada uno.

- ¡Uy!

Los madereros bajaban iluminados por sus embiles. Al llegar Melchor abordaron su balsa. Los negros venían borrachos; tocaban la timba, los cununos; agitaban el guasá y a falta de marimba golpeaban las bolucas. Avanzaron un corto trecho y notaron que la balsa se detenía y que las trozas se apretaban formando una plataforma flotante y los negros bromeaban, cantaban y reían. Los viejos recelaron, prevenidos, pero los más jóvenes saltaban de balsa en balsa, danzando con velas en la

mano, y en sus cuerpos sudorosos brillaban la noche.

Serafín saltó a la balsa y la ladeó. Venía contento, poseído de un extraño frenesí. Sus ojos y sus dientes reflejaban la luz.

- Vamo, tío, un traguito...

- Gracia, pero ahora no...

- Ustede, muchacho - les dijo, extendiendo una botella de aguardiente, y al verlos reticentes saltó a la balsa de al lado; la de Melchor recuperó su nivel y vieron a Serafín llevarse la botella a la boca y ofrecérsela a otro que siguió con él de balsa en balsa y de trago en trago.

La balsa pareció moverse, sin embargo fue apenas un acomodo de la balsada en la bocana. Melchor encendió un tabaco y se sentó sobre sus propios talones, y la luz del embil mostraba su rostro azulado por el humo. La neblina se disipó dejando ver los mástiles con las velas recogidas y sus escalerillas colgantes, y enseguida envolvió toda la balsada. Persistía el canto de los negros. Melchor fumaba con la candela para dentro y al botar el humo miraba la ceniza. En cubierta movimientos fosforescentes rayaban la noche. De las balsas llegaban las risas y los gritos que no molestaban el imperturbable silencio de

Melchor. Con él sentían confianza, pero un esqueleto seguía a Serafín, y otros perseguían a negros que saltaban de tronco en tronco; la balsada se movía y un olor a azufre envolvía el ambiente.

- Vámono rápido - dijo el tío.

Corrieron, resbalando y cayendo para levantarse y volver a resbalar, temerosos de ser agarrados por los enviados del Indigno. Waldomiro en tierra, con su palanca en la mano, parecía la sombra jadeante de un lancero del purgatorio. Benildo vio unos perros enormes, parecían hechos de ceniza y atravesaban las rocas y las palmeras sin detenerse, dejando ver sus puntiagudos

colmillos y arrojando bocanadas de candela y gruñendo atterradoramente. El viejo se arrodilló en la arena y dibujó una cruz.

Melchor dijo:

- Viene de tiempo en tiempo por lo empautado...

- Sí - dijo Waldomiro.

- Pero el que nada debe, nada teme - dijo

Melchor. Y agregó -: si tienen algún pecado pidan perdón.

- Sí - dijo Benildo -. Hay que está en pa con Dio.

- Y con el Diablo - dijo Melchor.

Permanecieron junto al tío, con miedo animal, atentos a los gritos, al ruido de las

trozas chocando entre sí y al repetido oleaje
que hacían. Los negros pasaba huyendo,
zizagueaban ebrios, erráticos, y el fuego de
sus tabacos parecía el vuelo

agregó -: si tienen algún pecado pidan
perdón.**Error! Reference source not
found.**

- Sí - dijo Benildo -. Hay que está en pa
con Dio.

- Y con el Diablo - dijo Melchor.

Permanecieron junto al tío, con miedo
animal, atentos a los gritos, al ruido de las
trozas chocando entre sí y al repetido oleaje
que hacían. Los negros pasaba huyendo,

zizagueaban ebrios, erráticos, y el fuego de sus tabacos parecía el vuelode moscardones salidos del infierno oscilando en las sombras. Toño sintió el picor de la sal en un raspón que se hizo en el tobillo al meter el pie entre dos palos. La selva se encerraba en su espesura poblada de insectos y alimañas, ahogando el sonido de la lengua viperina.

La minga seguía cantando y bebiendo y la embarcación crujía con el peso de la madera. Parecía no darse cuenta de lo que pasaba. La niebla se fue desvaneciendo; la

visibilidad se hizo mayor y vieron a los esqueletos con sus víctimas subir a bordo saltando las barandas a estribor.

Muy juntos a Melchor permanecieron inmóviles ante esta extraña visión y a la luz de los embiles vieron cómo la nave se tragaba la niebla, la madera, los pájaros, los negros y el río.

Sabletta, Enrique Sabletta, entró al Neptuno con otra persona idéntica a él: alto, delgado, educado y frío. "Los afines se encuentran" - decía, convencido de que ciertamente tenían mucho en común. Y era así, porque de un tiempo para acá venían "trabajando" juntos sin la menor diferencia.

Pidieron un par de cervezas que Valeriano enseguida despachó con una de las meseras y que ellos consumieron mientras urdían sus planes:

- ¿Cuándo salen? - preguntó Adriano.
- Tengo que verificarlo en la agencia; pero me parece que van por Santiago - respondió Sabletta.
- En la plaza nos damos cuenta con quién.
- Será fácil - pronosticó Sabletta.

Valeriano limpió con un trapo húmedo la superficie del bar.

- Dos frías - ordenó Adriano -. ¿El carro?
- Listo

Valeriano tiró las tapas a la basura.

La mesera llevó las cervezas. Al retirarse dijo Sabletta:

- Te digo que hay billete.

Entró el comandante de la policía, un agente y dos señores haciéndose en un rincón, junto a la ventana.

- Mamita - dijo el agente -: una caneca, sodas y las fichas de dominó.

- La caneca, ¿fría? ¿o al clima?

- Bien fría, mamita.

- La cuenta - dijo Sabletta.

Pagaron y salieron a cumplir sus designios.

Adentro los jugadores movían las fichas.

Valeriano puso música.

Después del primer contenido de la llamada, Claudio quedó nervioso tratando en vano de hablar con su amigo. Caminaba inquieto esperando que Camila lograra comunicarse. Sentía que era urgente, que algo podía pasarle a Lalo, que debía interponerse a algún peligro. No podía desaprovechar la oportunidad; tenía que contactarlos, prevenir a Rafael lo más pronto posible; y aunque el teléfono sonaba, nadie lo cogía.

- El teléfono está bueno, me informaron en la telefónica - comentó Camila.

- No estarán en la casa. O ya no viven en ella.

Camila guardó silencio. Lo veía muy intranquilo, porque don Francisco se disgustó; él había sido partidario de que los niños se hubieran reportado al puesto de policía y no se hubieran movido.

Don Francisco estaba perturbado porque la foto del furgón se había ido desvaneciendo hasta borrarse, y peor aún, al negativo le había sucedido lo mismo.

Camila siguió insistiendo.

Claudio no había podido comer; tampoco había desayunado y tenía una agriera que le deshacía el estómago.

Algo había cambiado y era que ahora los dos hablaban solos: "Si algo le pasa será por mi culpa" - se decía Claudio. "Se lo dije tratando de hacer lo mejor" - replicaba a su interior -. "Le puede hacer daño" - pensaba Camila -. "Ojalá se calme un poquito; ya es muy mayor".

Claudio salió a la huerta y se dirigió al naranjo; se decía: "Ay Dios, mío; que aparezca este muchacho; ¡que aparezca! ¿Quién lo mandó a volarse?". Enderezó una estaca y se dijo: "La vida por doquier es la

misma; tiene que estar bien donde se encuentre, porque es un buen muchacho" - y enfatizaba, "tiene", como ayudándolo a salir de algún mal trance.

- ¿Qué hubo?

- Nada.

- "¡Qué vaina!" - se dijo -. "Todo está hecho de nubes y es imposible con nubes retener nada ni a nadie. ¿Por qué tendría que haberse ido? ¿Por qué no me dió el número del teléfono del que llamó?. Me estoy volviendo viejo".

- ¿Qué te pasa, viejo? - le dijo con ternura.

Ahogó el sollozo y demoró en responderle, afinando la voz:

- Nada - y pensó: "Irresponsable".
- Voy a intentar una vez más.
- Sí; por favor; sigue.

A Claudio se le borraban las cosas; cedían su individualidad y presencia pasando a un segundo plano, difuminándose. Llegó hasta el naranjo y recostó su espalda contra el tronco y se dijo: "Verdad que pocos son aquellos que ven con sus propios ojos y sienten con su propio corazón. En el fondo me gusta este muchacho tan sin miedo a su

destino" - y se sintió un poco mejor. "¿O será un inconsciente?; pero estas cosas se han dado siempre. Recuerdo en mi época que Emilio se fugó...". Cayó una naranja madura. La siguió con la mirada hasta que se detuvo. Interrumpió la frase y la recogió. La tomó en su mano derecha mientras recordaba las palabras de Emilio: "Cuando uno es joven y va a viajar, todo el mundo se preocupa, pero cuando regresa, cargado de conocimientos y experiencias, se reconoce el provecho que nos hizo".

- "La naranja se desprendió porque estaba madura" - creyó que le decía Camila y se respondió: "Innumerables son las

posibilidades del hombre y uno solo su camino. Todos nos movemos en lo misterioso e infinito y aunque tenemos la certeza de que la suerte está echada y vamos a morir, también tenemos la confianza que la vida tiene de sí misma. A ver, dime tú, naranja, ¿no te ha sucedido lo mismo que a mí?; ¿no es un misterio ser? ¿Un misterio ese teléfono que no contestan, que Rafael sea mi amigo y ahora existamos tratando de relacionar nuestras vidas? Rafael contesta; ayúdalo tú; y tu Lalo ve a él, para que todos volvamos a reencontrarnos en un mundo posible; en

éste. No te vayas a salir; cógelo Rafael.
¡Dios mío, no lo dejes salir!".

- "No, Claudio. Admite que te equivocaste. Has debido conseguir que el niño te diera el teléfono" - volvió a oír su voz, y se repuso: "No es un niño, es un muchacho, un joven, casi un hombrecito; y está claro que es muy listo. No Camila - dijo alzando la voz -; no le va a pasar nada". Dió unos pasos hacia la casa y se dijo: "¿No recuerdo yo mismo como me bullía el alma a los 14? ¿Qué se cree don Francisco? La imagen ante los hijos no nos deja ser consecuentes ni con nuestro pasado ni con nuestros sentimientos; eso es así;

para qué negarlo". Dió otros pasos y dijo en voz alta -: "Si él se está buscando es así mismo. Uno no le da órdenes a la naturaleza". Entonces volvió a oír la voz de Camila que le decía:

- "Pero tu no eres su padre". Y se respondió: "Es verdad. Oh Dios; ayúdame. Que aparezca sano y salvo este muchacho, y su amigo también; que no les pase nada" - . Sin embargo oyó otra voz que le decía: "Si abres la puerta y te vas, mi dicha estará contigo, pues quien busca su destino merece encontrarlo".

- Claudio - llamó Camila -. ¡Claudio! ¡La llamada!

Toño, Waldomiro y Benildo despertaron a Lalo con un baldado de agua. Se disgustó y les tiró un caparacho de cangrejo. Todavía tenían la cara pintada de achiote: así los encontró Matilda al entrar a la habitación atraída por los golpes de su juego brusco. Se había hecho numerosas trencitas en el cabello y llevaba un delantal un poco húmedo en el que aún se advertían, un tanto descoloridos, sus viejos motivos.

- ¿Qué pasa, Benildo?; ¿no tiene oficio?

Benildo se quedó callado.

- Si no tiene oficio, vaya y traiga el pe'cao de la tía Mercedes -. Y utede, muchacho, ya va siendo hora que aclaren lo del viaje.

- Sí - dijo Lalo.

Waldomiro escondió al caparacho en la espalda.

- Pásame ese balde - dijo Matilda.

Benildo se lo pasó.

- ¿Dónde estuvieron ayer? - preguntó con el balde en la mano -. Dicen que hubo mueto - dijo, sin dar tiempo a que le contestaran.

- ¿Quién? - preguntó Benildo.

- Serafín - dijo Matilda-. Se ahogó,
dijeron los de la minga. Venía borracho.

Dejó la habitación y entró a la cocina,
colocó el balde en el piso y se dedicó a
rayar un coco.

Los muchachos salieron.

Toribia, la vecina, extendía la ropa.

Pasaron por la tienda y vieron a Melchor
sentado en el andén del almacén del lado en
cuya vitrina se exhibían motosierras y
equipos náuticos. Melchor fumaba.

- Buena, Melchó - dijo Waldomiro.

- Buena, buena. ¿Cómo les acabó de ir?

- Bien - contestó.

Sonaron las campanas de la iglesia.

Un grupo de amigos pasó llevando el ataúd.

- Bueno día.

- Bueno día.

- ¿Cuándo es el entierro? - preguntó

Melchor.

- Mañana - contestó uno.

- Vamo a esperá a lo pescadore de

Guadú.

- Venga, tío pal'alabao.

- Ma tarde - dijo, poniéndose de pie.

- Adiós.

- Adiós - contestó -. ¿Utede qué?

- Vamo a la plaza - dijo Benildo.

- Tuvimo de buena. Esa visiones son

fuerte; se lo llevan a uno - dijo el viejo.

- Sí - contestó Waldomiro.

- Bueno; que le vaya bien. Lo más importante es tener la conciencia tranquila pa' que lo espíritu se ten quieto - dijo y se llevó el tabaco a la boca y con las manos se limpió el pantalón.

Las campanas repicaron y el viejo entró al almacén.

Los rayos del sol plateaban en el aguamanil que llevaban las morenas: se hacían colorados en los chontaduros, verdes en los aguacates y de todos los colores en sus faldas, en sus blusas, en sus pañoletas.

Una camioneta municipal llevaba dos empleados en el cajón que accionaban una

fumigadora; abrían y cerraban caprichosamente la llave de la manguera y los niños, pequeños y descalzos, corrían detrás, les decían cosas a los fumigadores y jugaban con ellos.

- ¡Llévenos! ¡llévenos!

- ¡Quítense de ahí que les va a ser daño.

Los niños adelantaban el vehículo y los funcionarios dejaban con negligencia que los esperaran. Una que otra madre jalaba a su hijo de la mano para que no se metiera, pero los muchachos siempre estaban solos, dueños de su libertad y disfrutando recorrían las calles haciéndose mojar.

Los niños salían por todas partes.

Había llovido y se sentía la humedad; el calor aumentaba. El suelo arcilloso de las calles formaba pozos y barrizales que los habitantes sorteaban. El movimiento permanente de la madera las había hecho intransitables y los grandes camiones, se alineaban desde varios kilómetros antes de la llegada del pueblo, a lado y lado de la vía que conduce al muelle, donde llegaban las trozas jaladas por los remolcadores provenientes de los aserraderos.

Un gavián chillaba en el cielo. Las casas de madera lucían hermosos trabajos que

recordaban pasados días mejores cuando la fiebre del oro les dió un brillo pasajero.

Lalo le compró una panelita con coco a un muchacho que ofrecía sus productos a los pasajeros de un bus. En una ventanilla vio a una morena que le recordó a Tomasa. El bus arrancó y el agua corrió entre las zanjas que dejaron sus ruedas al recorrer el fango. Los muchachos que vendían pescados, llevándolos en sartas, se divertían dejando sus huellas.

Al llegar a la agencia donde estaba el viejo Ford de don Joaco serían las once de la mañana. Benildo le regaló a cada uno un

colmillo de jaguar y Waldomiro una piedrita de las mismas que tenía el indio.

- ¿Listos muchachos? - preguntó don Joaco.

- Sí - dijo Benildo.

- Bueno; súbanse.

- No, todavía no, que no nos hemos despedido - dijo Toño.

- Bueno, apúrense; ya estamos de salida.

- Ya volvemos - dijo Lalo.

- ¡Apúrense! - gritó Joaco.

Fueron a despedir a Matilda. Ella les dió una chuspa con frutas del árbol del pan y

chontaduros maduros, ya cocidos, para que comieran, con sal, por el camino.

La hora del regreso había llegado. Lalo y Toño juraron volver en vacaciones, sellaron el pacto de su amistad y golpearon las palmas de sus manos dos veces.

- Bueno, súbanse, pues, y se hacen contra la cabina.

Don Joaco se subió al estribo del camión, pasó revista y viendo que las piezas iban bien colocadas, bajó, abrió la puerta y volvió a subirse. Iba en la cabina con dos negociantes.

- Chao Lalo.

- Chao Toño.

- Chao Beny.
- Chao Waldo.
- Chao.
- Chao.

Joaco parecía no tener prisa por llegar a su destino; iba con su destino cada que se subía al camión. Dejó Balí y cogió rumbo a Santiago entre cultivos de arroz hasta remontar a una colina poblada de troncos carcomidos. La carretera serpenteaba en tierras erosionadas y la playa que se veía, se

iba recortando dando lugar a los acantilados

donde el mar estrellaba toda su bravura.

Pasaron fincas de cocoteros y árboles frutales; después kilómetros y kilómetros de tierra estéril, permeable y mal aireada donde crecía la maleza y ralos helechos por la acidez del suelo.

Detuvo su camión en El Descanso.

Numerosos y lujosos camiones se encontraban estacionados frente a los restaurantes del lugar. Aquel punto que inicialmente había sido una tiendita marinera poco a poco se fue poblando de vecinos hasta llegar a ser un puerto

camionero donde los conductores hacen un alto en sus caminos; revisan sus vehículos, la carga y se permiten una pequeña pausa en la jornada.

A un lado de la puerta había una india dando de mamar a su criatura.

- No nos demoramos - gritó Joaco, descendiendo.

- ¡A ver! - les gritó -. Esta para uno; y ésta para el otro - dijo, tirándole a cada uno una naranja, que los muchachos atraparon en el aire.

Mientras las pelaban con las uñas vieron a don Joaco y sus acompañantes saludar familiarmente al propietario, quien

enseguida se retiró para pasar un trapo sobre la mesa colocando tres cervezas frías, en las que resbalaban goticas de agua. Joaco se sentó en una guacal.

Lalo cogió la última pepa de la naranja, redondeó los labios y sopló fuerte lanzándola como un bodoque; Toño lo imitó y la pepa rodó por el mismo lugar. Se limpiaron las manos en el pantalón y continuaron esperando.

Toño se levantó para ver dónde habían quedado las pepas y Lalo se puso a dibujar el Maravelí; bosquejó la embarcación, tal vez algo más larga y angosta, pero los tres

mástiles y las velas sí eran así, lo mismo que la cubierta.

El señor de la tienda llevó tres cervezas más.

- Dejame ver - dijo Toño.

Oyeron que Joaco y los señores daban las gracias.

Reanudaron la marcha.

Lalo le pasó el dibujo.

- ¿Y vas a dibujar a la muerte?

- No.

- Cuidado, Lalo. La muerte no se dibuja.

- No.

- Trae mala suerte.

Lalo cogió la hoja y la dobló por la parte donde estaba haciendo el dibujo, y varias veces la pasó entre el índice y el pulgar de la mano izquierda, bien apretados; después la abrió, y con cuidado la dividió por el doblez, arrugando y botando el Marvelí y conservando un boceto de Melchor en la otra parte.

Donde cayó el dibujo creció un caspicaracho.

- ¿Qué vas a ser cuando seas grande? - preguntó Toño.

- Me gustaría manejar una tractomula para ir por todo el país; para vivir viajando, conociendo lugares y gente. ¿Y vos?

- Yo quiero tener una finca con ganado; a mí me gusta el campo, la vaquería; montar a caballo todo el día aunque me salgan callos en la nalga.

- ¿Y no querías ser marinero?

- Si volvemos; entonces ahí sí, surcar los siete mares, como el pirata Hidalgo o como o como el Corsario Negro...

- Eso ya no existe; ahora los barcos son distintos.

- En todo caso me meto a la Marina o estudio para astronauta.

El ruido del mar quedó atrás.

- ¿Qué tal ir uno a la luna?

- ¡Bueeno!
- Otros lo han hecho. ¿O no?

Pasaban y pasaban camiones. La carretera se dirigía hacia el sur. Joaco parecía compenetrado con su vehículo; con su color rojo, sus calcomanías, sus espejos y "gallos". Era imposible fijar la edad de su dueño y el modelo del camión, porque uno y otro podían ser de todas las épocas; el camión tenía reformas de los últimos años sobre su viejo cascarón y la actitud contemporizadora y descomplicada de don Joaco, le daba como a su máquina una nota personal y única.

Toño se asomó por el vidrio que daba a la cabina y los vio bromeando; vio a Joaco abrir la guantera y sacar una botella de aguardiente.

- ¿Quiere? - preguntó al señor que iba en la ventanilla.

- Hagámosle - dijo, sorbiendo un trago largo; y agregó -: el primero por las Animas - pasó su mano sobre el pico, y haciendo un gesto de satisfacción se la pasó al compañero del medio, quien hizo lo mismo; entonces, cuando le tocó el turno a Joaco, llevando la dirección del camión con la mano izquierda, cogió la botella con la derecha, y bebió.

- ¡Ah!

Llevaban el radio prendido oyendo música vieja.

- Van bebiendo - dijo Toño.

Lalo se asomó y vio la botella.

- Por lo menos salieron de esa fonda - dijo.

Joaco frenó intempestivamente y las llantas resbalaron sobre la tierra y las piedras,. El camión quedó atravesado.

Los muchachos miraron sobre la cabina y vieron una tractomula contra el barranco. Se había deslizado sobre una mancha de aceite. Don Joaco comprendiendo que la posición de la tractomula no lo dejaría

pasar, resolvió dar media vuelta a su camión, regresando unos 80 metros hasta dejarlo en una amplia berma. Se bajaron.

El conductor había salido por una de las ventanillas y ni él podía creerlo, porque la cabina quedó apachurrada. Sangraba en la cara pero la herida había sido en la cabeza. Trataba de entrar para sacar el extinguidor. Se sentía el fuerte olor de la gasolina que chorreaba del tanque y se esparcía en el suelo.

El conductor le pidió a Lalo que se metiera, por ser más pequeño, y así lo hizo mientras Joaco ponía las señales. Al pasarle el

extinguidor, ya habían llegado otros camiones.

- Pasame el botiquín que está por el lado de acá.

- Sí, ya lo ví - dijo Lalo, pasándoselo.

Lalo le preguntó:

- ¿Me salgo ya?

- Mirá a ver si podés abrir la guantera y me pasás unos documentos.

Trató de abrir y no pudo.

- Está trabada.

Otro camionero le gritó:

- Métale algo.

- Con este machete - dijo un campesino.

Toño se lo pasó, pudo abrir y sacó los papeles; después le pasó el maletín que llevaba entre el respaldar del asiento y la cabina.

Al salir estaba rodeado de curiosos que le preguntaban qué le había pasado y si había habido muerto y que a qué horas había sido.

Don Joaquín esparcía espuma disolvente para prevenir el incendio; miró el área protegida y con satisfacción le dijo al conductor:

- Ya no hay peligro.
- Gracias - le contestó.
- No; no hay de qué. ¿Dónde pongo esto?
- Pásemelo; no más.

Don Joaco se lo entregó y dijo:

- Nos vamos.

Regresaron al camión. Se tomaron un trago.

- Fuímonos - dijo Joaco.

- Falta uno - comentó uno de sus
acompañantes.

- ¡Muchachos!

- Falta Lalo - dijo Toño.

- Vaya llámelo, que nos vamos - mandó
Joaco.

Toño se tiró y corrió a llamarlo, pero no lo
encontró; los curiosos, pendientes del
accidente, no daban cuenta de él.

- ¡Lalo!

No contestó.

- ¡Lalo! ¡Lalo!

No apareció.

- ¿Sabe dónde está mi amigo? - preguntó
al conductor de la tractomula.

- No.

- ¿Quién? - preguntó el campesino que
prestó el machete.

- Mi amigo.

- ¿Cuál? ¿El que sacó las cosas?

- Sí.

- Iba por allá - dijo, indicando la
dirección de los carros que venían de
Santiago.

- ¿Por allá?

- Sí; con dos señores.

Caminó en ese sentido y vio un carro que
daba la vuelta y se iba.

Toño regresó a la tractomula.

- ¡Lalo! ¡Lalo!

Joaco bajó contrariado.

- ¡Lalo! - gritó, con fastidio.

- No está - dijo Toño, preocupado.

- Tranquilo, mi'jo; no nos vamos ahora a
poner con llantos ni pendejadas . Seguro
está haciendo alguna necesidad.

Esperaron y nada.

- Vea qué problema; por ponerse uno a
llevar muchachos.

El tiempo transcurría.

- Ya les dije, que se fue con dos señores,
por allá - dijo el campesino.

- Me lo habría dicho - repuso Toño.

- ¿Qué hacemos? - preguntó Joaco.

- Decirle a la policía - dijo Toño.

- Sí; pero ¿qué hacemos? ¿Dónde lo
buscamos? Lo mejor será irnos para
Santiago - dijo Joaco.

- Don Joaquín, vea, allí, llegaron dos
policías en una moto.

Don Joaco se acercó y habló con los
agentes; Toño describió a su amigo y los
agentes le dijeron que luego de tomar los
datos del accidente se ocuparían del asunto.

- Puede ser tarde - dijo Toño -. ¿Por qué no se queda uno tomando los datos y el otro va a buscarlo? Yo lo acompaño.

- Tiene razón - dijo el que venía de pasajero bajándose; sigue tú.

Mientras Toño volvía a describir a Lalo los curiosos se arremolinaron.

- Fueron dos señores... - repitió el campesino.

- Parece que se lo llevaron en un carro - dijo un curioso.

- ¿Cómo era? - preguntó el policía.

- Normalmente un carro - contestó el campesino.

- ¿Pero de qué color? - preguntó el agente.

- Más bien oscuro; pero le digo que no detallé color.

- ¿Cuánto hace? - preguntó el agente.

- Ni cinco minutos; ¿no es verdad, tío? - dijo Toño, refiriéndose a don Joaquín.

Don Joaquín, sorprendido, confirmó:

- Sí; ni cinco minutos.

El policía bajó la palanca, ladeó la motocicleta y pateó el mecanismo del encendido y la moto respondió inmediatamente; movió con la mano derecha el acelerador varias veces y dejó

caer el cambio con la izquierda,
manteniéndola frenada.

- Espérenme aquí - dijo y arrancó.

Los transportadores siguieron al policía que
iba a enterarse del accidente.

El ruido de la motocicleta fue descendiendo
con la carretera en una hondonada en la que
tras una curva desapareció la moto para
verla otra vez en la loma del frente; por un
instante volvieron a oírse sus agudas
explosiones hasta que al fin se apagaron.

Don Joaquín y sus amigos regresaron al
camión.

- ¿Qué se hizo ese muchacho?

- No sé - dijo Toño, con ganas de llorar.

- ¿Por qué me dijiste tío, si yo no soy ningún tío tuyo? ¿Ah?

Toño no dijo nada.

- Usted será sobrino del Diablo, pero mío, ¡no! ¿Por qué le dijo eso al policía? ¿Ah? ¿Por qué?

- Es que andamos volados de la casa y nos podrían llevar a la cárcel.

- ¡Ah! con que esas tenemos ¿no? ¿Y por qué no me lo dijeron antes?; así yo no me habría metido en este lío...

Joaco se tomó un trago de aguardiente y pasó la botella a sus acompañantes.

En el asiento de adelante dos señores lo llevaban. Lalo pensaba en lo que haría Toño si estuviera en ese trance. Se acordaba, clarito de sus palabras: "Tranquilo, Lalo, que de ésta y de otra salimos". Respiró profundo y metió su pie izquierdo entre los pedales, buscando el freno, en una vuelta; el motor se aceleró y el conductor tratando de separarlo torció brúscamente la cabrilla y el carro se salió de la vía, tumbó varios postes de un cerco desengrapado y reventando el alambre de púas y continuó por la pendiente yendo a estrellarse contra un árbol. Fué como si se quebrara la mirada, como si se estallara el oído.

Aturdido se pasó al asiento trasero y saltó por la puerta que se había abierto con el golpe. Corrió como alma que lleva el Diablo. Tras él salió el conductor, pero los quejidos de su compañero lo detuvieron y lo hicieron regresar.

En la parte alta de la loma, donde apenas se veía insinuado el corte de la carretera, se escuchó la aceleración creciente de una moto; cuando Lalo subió, la motocicleta iba lejos. Jadeante volteó a mirar y vio al conductor arrastrar a su compinche tomándolo de los brazos. Parecía que se le hubieran fracturado las piernas y se le veía sangre en la cara, la camisa manchada.

Comprendió que el trayecto que debía recorrer era largo y tomó la decisión de hacerlo a un trote sostenido que le permitiera resistir. Fué así, de trote corto y mantenido, hasta la curva anterior a la hondonada de donde pudo ver la larga fila de vehículos; se sintió más tranquilo y apuró el paso. Pasó el puente de Vuelta Larga y quedó a unos ochocientos metros en línea recta de la tractomula. Los camioneros conversaban.

- Esto va para largo - alcanzó a oír.
- Sí; mientras viene la grúa.
- Ya fué un policía a avisar. Iba en una moto. ¿No lo viste?

No alcanzó a oír la respuesta; siguió de largo. Poco antes de la tractomula mermó la carrera y continuó caminando. Le dolía el bazo.

- Lo estaban buscando - dijo el chofer.
- ¿Dónde están?
- En el camión; lo están aguardando hace rato.

Trotó de nuevo; Joaco conversaba con la puerta entreabierta. Toño se levantó como un resorte extendiéndole la mano; Lalo alargó la suya, las manos se apretaron y subió al camión.

- ¡Listos! - dijo Toño.
- ¿Quéé? - preguntó don Joaquín.

- Ya llegó - dijo Toño, mientras Lalo respiraba agitadamente.

Don Joaquín puso el pie en el estribo y se paró a mirarlo.

- ¿Dónde te habías metido?

- Por el puente - dijo, con la respiración entrecortada.

Dio vuelta a la llave y zumbó el motor. El camión arrancó lentamente.

Lalo se quitó los zapatos de Benildo y se echó saliva en las ampollas.

- Casi me llevan.

- ¡Contá!

- Esperate resuello...

Tomó aire y dijo:

- Cuando te fuiste a arreglar la señal...
- Sí...
- Yo acababa de salir de la cabina y dos señores se me hicieron al frente y me empujaron a un lado...

Joaco cambió de velocidad; una camioneta, de vidrios polarizados y ruedas anchas, pasó como un bólido envolviéndolos en una nube de polvo, por la que otro carro siguió llevando durísima la música, perdiéndose entre la tierra pisada y seca que dejaron suspendida en el aire.

Joaco se acomodó su gorra y dijo:

- No joda, van es matándose, ¿no?

- Qué llantas tan bacanas - dijo el de la ventanilla.

- Llantas balón - dijo el del medio -. Y el equipo todavía se oye..

- Uy, hermano - dijo Joaco... Esa gente tiene unos equipazos.

- Baffles con una salida la berraca - comentó el de la ventanilla.

- El forro de la llanta de repuesto es bacanísimo - dijo el del medio -. Esa gente mantiene bien engallados los carros; pa'qué; pero eso sí. Muy chévere.

Toño le preguntó:

- ¿Por qué no me llamaste?

- No sé.

- ¿Por qué no gritaste?
- No sé, mirá; no supe qué hacer... Me fueron llevando así... y bajando la voz le contó lo sucedido.
- ¡Uy! hermano - exclamó Toño.
Lalo se cogió el estómago con las manos; sintió náuseas y empezó a sudar frío.
- ¿Le decimos a don Joaco? - dijo.
- No sé; de golpe nos deja tirados por aquí.
- Sí; pero... ¿y si me coge la policía? ¿Y si ese hombre le ha pasado algo?
- ¡Quién lo manda a andar en esas!
- Mirá, Toño; yo sólo quería parar...
- Tranquilo.

- ¿Pero qué va a decir mi papá si me coge la policía?

- Mirá, Lalo; tranquilo que ellos se la buscaron.

Durante media hora volvieron sobre el camino andado hasta encontrar una variante que salía a esa misma carretera kilómetros más adelante. En el trayecto de regreso Joaco advertía a los conductores que encontraba del percance sucedido y así encabezaron la caravana de la travesía, pero al estallársele una llanta debió orillarse, mientras veía pasar y pasar sus a colegas. Los ayudantes y coterros llevaban trapos de

dulceabrigo rojo anudados a la cabeza
como piratas en naves terrestres.

Un convoy del ejército apareció.

Primero un camión, luego otro y otro.

Pasaron tres. Los soldados eran jóvenes y
sus caras no parecían las de la gente que
tiene enemigos; iban desprevenidos y
bromeando sentados en dos bancas mirando
al lado y lado de la carretera; tres con fusi-
les sobre la cabina y tres mirando la
retaguardia. Parecían niños grandes que aún
debían materias en el colegio y que se
esforzaban por superar la nostalgia de una
despedida que les enseñaba que el amor es
uno de los sentimientos más dolorosos.

Apareció otro camión, y otro y otro más; y como en los primeros, iban muchachos con uniformes, bromeando con sus caras tostadas, comiéndose el polvo del camino.

Lalo aflojó los pernos; Joaco puso el gato; Toño le dió manibela. Los acompañantes quitaron la llanta estallada y colocaron la de repuesto; echaron la mala encima de la madera y guardaron la herramienta en la cabina.

Después de cambiar la llanta, habrían recorrido escasos siete kilómetros, tuvieron otra "llantitis"; esta vez una de las pares traseras. Joaco, paró, examinó la situación, y se limitó a quitarla.

Lalo y Toño se pusieron a orinar detrás del camión; Joaco también.

Cualquiera habría podido desesperarse por estos inconvenientes, pero no don Joaquín a quien nada lo impacientaba y varias veces había amanecido, no un día sino varios y hasta semanas enteras, reparando en las carreteras las averías de su camión.

Al llegar al puerto siguiente, detuvo la marcha y asomando la cabeza por la ventanilla gritó:

- Muchachos, bájense; vamos a tomar algo.

Se echaron a tierra y estiraron las piernas.

Se sacudieron el polvo. Joaco les ofreció

aguardiente, pero prefirieron gaseosas.

Joaco empinó la botella y oyeron bajar el trago por la garganta. Toño tuvo deseos de imitarlo pero le dió pena; pensó que más adelante se lo pediría.

Don Joaquín hizo parchar los neumáticos y montar las llantas en la vulcanizadora.

- ¡Vean los premiecitos! - dijo, mostrándoles un pedazo de pico de botella que había cortado una llanta y el clavo que reventó la otra; y se reía.

- El de p'irnos - dijo Joaco tomándose un trago.

- Bueno - dijo Toño y bebió.

El trago bajó quemándole la garganta.

- ¿Usted?
- Bueno - dijo Lalo, y bebió.

El trago bajó quemándole la garganta.

- ¿Qué tal?
- Bueno - dijo Toño.
- Sabroso, ¿no? ¿Otro?
- Bueno - dijo Toño y bebió, atragantándose, tosiendo por un rato.

Joaco le quitó la botella, diciéndole:

- Hasta ahí; que ésto no es bueno para la gente decente. ¿Y usted?
- No - dijo Lalo.
- Sí; fíjese que su amigo sí fue capaz - dijo, riendo.
- No - dijo -. Después.

- Cuando quieran. ¡Bueno; seguimos!

Después el camión pasó por el Páramo de Letras y comenzaron a descender hacia la llanura, divisando la ciudad.

Irrumpió el ruido de una moto acortando la distancia.

- Ese es el policía que te fué a buscar - dijo Toño.

- ¿Qué hago?

- Agachate que yo te tapo.

- Bueno.

Rápidamente se aproximaba.

- Viene con alguien - dijo Toño.

- ¿Con quién?

- No sé; con alguien.

Los alcanzó y se acercó a la ventanilla de don Joaquín.

- ¿Qué hubo del muchacho? ¿Apareció?
- Sí.
- ¿Dónde estaba?
- En el puente.
- Me alegro.

Y siguió.

- Agachá la cabeza; te va a ver...
- ¿Se fue?
- Va adelante pero despacio. Agachate bien que lo vamos a pasar.

El camión alcanzó a la moto.

- ¿Le había pasado algo? - preguntó el policía.

- No; ahí atrás viene.

El policía aminoró la velocidad y el camión

lo adelantó. El agente saludó a Toño.

Toño sonrió nerviosamente.

El policía aceleró.

- ¿Ya se fue? - preguntó Lalo.

- Esperate.

- ¿Qué dijo?

- Callate.

El camión volvió a alcanzarla.

- ¿Qué le pasó al señor? - preguntó

Joaco.

Lalo se enfrió.

- Otro accidente - contestó el policía.

El pasajero iba con la frente vendada y una pierna entablillada.

- ¿Dónde? - preguntó Joaco.
- Cerca al puente.

El herido miró a Toño.

El policía aceleró.

- Ya - dijo Toño.

Y Lalo levantó la cabeza como si hubiera estado aguantando la respiración debajo del agua.

- ¡Uff! - ¿Con quién iba?
- Con un herido.
- ¿Cómo era?
- Flaco.
- Ese es.

- Tranquilo, Lalo; lo que estuvo fue de buenas.

- Pero...

- Ese no va a hacer nada; saldría perdiendo.

- ¿Qué le habrá dicho al policía

- Que fue un accidente; sino lo llevaría a la cárcel por cogerte.

- Sí.

- Ya te dije, Lalo, que de ésta y otra salimos...

Chocaron sus manos.

Serían las cinco de la tarde.

- Se pueden quedar aquí - dijo Joaco.

Saltaron y se acercaron a darle las gracias.

- No hay de qué, muchachos.

Y vieron seguir el viejo Ford.

- Estoy mareado - dijo Toño.

- Yo molido; me duele todo el cuerpo -
comentó Lalo, estirándose.

En la plaza les indicaron dónde quedaba el
Colegio Mayor de Santiago. Sus paredes les
llamaron la atención; estaban pintadas con
grafittis:

- "El cobarde es aquel que tiene el valor
de decir que tiene miedo".

- "Caperucita entró al bosque porque no
pasó en la U.".

- "Las mujeres feas tienen derecho a estudiar, pero no todas en mi curso".

- Mirá ese - dijo Toño:

- "Si estudiar hace hombres grandes, que estudien los enanos".

- "Los reyes vagos se quedaron sin camello".

- "Si la montaña viene hacia tí, corran rápido que es un derrumbe".

Siguieron. En la puerta de la Biblioteca Municipal leyeron:

"No es fácil tirar una piedra a una lagartija que se asolea sobre una vasija de barro".

- Ese está chévere - comentó Toño.

- Me gustan.

- Mira ese - señaló Toño.
- "Sin vos, no puedo hablar".

Toño le dijo:

- Mirá, ahí.

Lalo miró el grafitti:

- "Si su suegra es un tesoro, cómprele un estuche".
- No te metás conmigo - dijo Lalo.

Toño leyó:

- "Si el trabajo diera plata los burros tendrían chequera".
- Mirá ese - dijo Toño.

Lalo leyó:

- "Debes saber cocinar mucho, porque me tienes frito".

Relajados y bromeando llegaron a la casa de don Rafael.

Lalo tocó.

- Hay mejores - dijo Toño mientras abrían.

- ¿Cómo cuál? - preguntó, Lalo, volviendo a tocar.

- Como éste: "Pluto es hijo de Pluta".

- Sí - dijo, Lalo.

- O éste - dijo Toño.

- ¿Cuál?

- "Mi madre es una perra. (Firmado: Pluto)".

- Toño, ponete serio que van a abrir.

Una señora mayor se asomó por la ventana.

- Rafael.
- ¿Sí?
- Dos muchachos.
- Han de ser los recomendados de Claudio. Ya les abro.

Al abrir se encontraron frente a unas inmensas y pobladas cejas blancas. Les extendió la mano. Lalo la sintió amable y fuerte.

- Adelante - dijo.

Pasaron.

- Siéntense - dijo, indicándoles los sillones de la sala.
- ¿Qué tal el viaje?
- Bien - contestó Toño.

- ¿Cuánto hace que llegaron?
- Acabamos de llegar.
- ¿Qué tal? ¿Cansados?
- No - dijo Toño.
- No - dijo Lalo.
- Virtud de la edad - dijo don Rafael -. A la edad de ustedes le puede dar a uno la vuelta a 80 mundos, en un día.

Se sintió una algarabía creciente de voces, gritos y consignas.

- Son los maestros.

Permanecieron atentos escuchando la intervención de un orador por un altoparlante mientras se oía el ruido de la gente al caminar.

Don Rafael se sentó frente a ellos y con la mano derecha comenzó a quitarse restos del pegante que tenía en la mano izquierda.

- Estaba encuadernando unos libros -
dijo.

La manifestación se alejó.

- Esta mañana hablé con Claudio.
Ustedes no saben cuál es la dicha de reencontrar un amigo; de volver a oír a un viejo amigo. Les cuento que Claudio y yo fuimos compañeros de colegio.

Don Rafael ponía las tiritas de pegante en el cenicero.

- No saben la alegría que me da saber que son amigos de Claudio. ¿Cuál es el vecino?

- El.

- Yo.

- ¿Cómo está el viejo?

- Bien - dijo Lalo.

- ¿Se conserva?

- Sí.

- ¡Qué bueno!

La esposa de don Rafael, una morena tal vez mayor que él, llegó a saludarlos. Se levantaron y ella, les dió la mano. Lalo la sintió fría y algo húmeda. Venía de la cocina.

- ¿Se toman un jugo?
- Bueno, gracias - dijo Lalo.
- Sí, tráeles un juguito - dijo, don Rafael.

La señora volvió a la cocina y regresó con un jugo de borojó.

- El avión sale mañana, por la tarde. Mañana compramos los pasajes. No se preocupen que ya hablé con Claudio - dijo Rafael.

- Pueden quedarse en la habitación de Marcos - dijo la esposa.

- Sí, Encarna... - contestó el viejo. Y les dijo -: Ustedes verán si se dan una ducha porque vienen rucios del polvo. ¡Mirá Encarna, que tienen las cejas rucias!; ¡ve!

- Sí; y después comen - dijo la señora -.
Marcos, nuestro hijo, no está; así que allí se
pueden quedar. Yo les arreglo las camas.

Doña Encarna los hizo seguir a la
habitación.

Rafael era jubilado de los ferrocarriles y se
dedicaba desde hacía varios años a la
encuadernación. En la parte de atrás de la
casa había arreglado un taller donde pasaba
las horas ordenando las hojas,
perforándolas, cosiéndolas; formaba los
cuadernillos, los engomaba, los prensaba y
les ponía las pastas de los colores que los
clientes ordenaban. Pasaba horas enteras,
enteras. Entresacaba los plomos de la

imprensa para marcar las pastas con laminilla dorada. Hacía todo con cuidado y esmero y se contrariaba cuando venían a acosarlo con trabajos urgentes. Solía decir, recordando algún dicho, que lo urgente es enemigo de lo importante. Cuando se fatigaba salía a un patio interior sombreado por brevos y se sentaba en una banca. Los azulejos y las asomas venían a comerse los higos y él disfrutaba con sus revuelos. Encarna espantaba los pájaros porque picoteaban las frutas que ella prefería conservar en almíbar.

Después de bañarse comieron y vieron el noticiero de televisión. A las nueve don

Rafael entró a su estudio para terminar de encuadernar un libro.

- Aquí tienen estas pijamas - dijo doña Encarna, luego de arreglar las camas-. Puede que les queden grandes pero están limpias y duermen más cómodos y me dan esa ropa sucia para lavarla.

- No; no se preocupe, señora - dijo Lalo.

- No es necesario; así estamos bien - dijo Toño.

- No; me la pasan.

Rafael escuchaba y preparaba los implementos de su trabajo.

El lugar era una afortunada mezcla de taller y biblioteca. Dos paredes, en escuadra,

tenían un mueble de madera distribuído hacia arriba en compartimientos verticales con amplios entrepaños donde Rafael colocaba los libros; la parte baja tenía una hilera horizontal de cajones y pequeños armarios donde guardaba algunas cajas con revistas y trabajos pendientes; contra otra pared estaba el banco y sobre ella un tablero con numerosos clavos donde ordenaban las herramientas, que terminaban en la ventana que daba a la higuera.

- Lo que voy a hacer no me había tocado hacerlo antes.

Los muchachos se acercaron. Don Rafael cogió un cuero curtido y lo puso sobre el banco.

- El cliente quiere que sea en cuero; es algo especial.

Tomó unos cartones y los cortó en la guillotina según el tamaño requerido, después de medirlos con un metro que tenía pegado al borde del banco. Perforó los cartones con una lesna, y los cosió con cáñamo encerado apretando fuertemente el nudo. Dejó la aguja junto a la lesna y puso los cartones en la prensa; hizo girar la rueda, dió un último apretón al manubrio y el tornillo chirrió.

Doña Encarna adivinó lo que haría su marido. Ella dejó en el nochero la última carta de Marcos, que estaba en el extranjero y acababa de releer y se quedó atenta al movimiento siguiente.

Don Rafael encoló el lomo; ella lo escuchó tapar el tarro del engrudo. Conocía de memoria sus pasos: no necesitaba verlo para saber qué hacía; no en vano llevaban más de cincuenta años de casados. El trabajo se prolongó hasta pasada media noche. Las mariposas y cucarrones revoloteaban contra la lámpara. Al terminar puso el libro sobre un atril rústico. les -

¿Qué les parece?

Toño lo cogió y Lalo se hizo a un lado.

- Sólo tiene tres páginas - dijo don Rafael, con cierto misterio.

Lo abrió: la primera página era un espejo.

Toño y Lalo se vieron reflejados y a su espalda sobresalía el rostro de don Rafael.

Toño pasó la segunda página: otro espejo...

- Pasa la otra - dijo.

La tercera era otro espejo.

- Es un libro sagrado.

Los espejos encajaban en gruesas cartulinas fucsias, asegurados por el borde con tiras de cartulina azul pálido en las que había una hermosa viñeta de tulipanes encarnados.

- ¿Saben qué significa?; por lo menos fue lo que me dijo el cliente.
- No; ¿qué?
- ¿Qué?
- Los espejos son el pasado, el presente y el futuro.
- Ah - dijo Toño.
- La respuesta está en nosotros.
- No entiendo - dijo Lalo.
- Que cada uno debe buscar la verdad y que esa verdad se descubre conociéndonos a nosotros mismos - hizo un pausa y aclaró -: creo que sacó la idea de una película.

Rafael cerró el libro y lo sostuvo con gusto entre sus manos, luego lo colocó en un anaquel.

- Mañana lo rotulo - dijo -. Ya es hora de acostarse.

- Me regala una hojita, limpia.

- Coge una de las que están en el banco.

Salieron.

Don Rafael apagó la luz y cerró.

- Hasta mañana.

- Hasta mañana - dijo Lalo.

- Hasta mañana - dijo Toño.

- Buenas noches.

Los muchachos se pusieron esas amplias pijamas y dejaron su ropa, a la entrada de la habitación.

Lalo dibujaba con un cabo de lápiz de carpintería; era amarillo, plano y ancho, de mina gruesa. Ese cabo siempre había rodado en la casa de Benildo, desde que el compadre Arquímedes Moreno había hecho el rancho. Trazó varias líneas; Toño miró...

Lalo no buscaba el detalle realista en la minuciosidad; hacía trazos sugerentes... La parte insinuaba el todo.

- Es el corral de Luis Anibal - dijo.

- Ajá.

Hizo otros trazos y Toño dijo:

- Las llamitas.
- Sí. Esperate recuerdo la casa de Berardo - dijo Lalo.
- Ese es el puente colgante - recordó Toño.
- Sí - dijo, llevando en 6 líneas el curso del agua entre las grandes piedras, formando pequeños saltos y remansos.

Le dio una vuelta más a las mangas de la camisa y sin quitar los ojos del papel, dijo:

- Toño.
- ¿Qué?
- Mañana viajamos.
- Sí.
- ¿Qué pensás?

- Nada.
- ¿Qué vamos a decir?
- No sé.
- Pero...; ¿qué se te ocurre?
- No sé; no he pensado.
- Tendríamos que pensar en algo.
- Sí.
- ¡Ojalá Claudio esté allí! - dijo, dejando la hoja con los bocetos sobre el nochero.

La alusión al puente quedó hermosa; olía a montaña. La peña estaba cubierta de helechos y hojas de plantas silvestres y las trenzas de Silenia eran lianas florecidas al borde del arrollo. Atrás parecía figurar el

patio de la escuela donde la contempló
Berardo.

- Sí; y mi tío... Mi tío Carlos es fresco.
- ¿Y tu papá?
- No; él si nó; se pone bravo y no vuelve a hablar.
- ¿Y tu mamá?
- Me cantaletea.
- Yo creo que mi papá me va a pegar.
- Tu papá es muy serio.
- Sí.
- Les decimos que íbamos para la finca a coger hojas para hacer una herbolario en la clase de botánica - propuso Toño.
- Y ranas para Zoología...

- Y que los guerrilleros hicieron seguir el bus a Puerto Balí.

- No podemos contar todo - dijo Lalo.

- No; todo, no.

- Ni a los amigos.

- Ni a los amigos - ratificó Toño.

Levantaron las manos y golpearon sus palmas.

- Mirá, Toño; y ¿si los ellos han hablado?

- No creo.

- Ahí sí estaríamos fritos.

- Tampoco.

- Sería barrísimo.

Don Rafael y doña Encarna los oían sin alcanzar a enterarse.

- Son buenos muchachos - dijo don Rafael.

- Pero andando en esas se exponen a que les pase un percance.

- Sí.

- Los papás tienen que estar sufriendo - comentó doña Encarna.

- Con la llamada han debido descansar.

- Algo sí; pero no descansarán hasta verlos. Tienen cara de no matar un zancudo, pero deben ser tremendos...

- Muchachos; mujer; muchachos.

Lalo y Toño complementaron su plan.

- ¿Qué estarán haciendo los amigos del barrio? - preguntó Lalo.

- A estas horas durmiendo.
- Sí.
- Tus vecinos son buena gente - dijo

Toño.

- A veces - dijo Lalo.
- Alejandro es buena gente.
- Sí.
- Daniel, también.
- Sí; Daniel, sí.
- ¿Y las muchachas qué? - preguntó

Toño, con picardía.

- Ahí...
- ¿Te acordás el día que jugamos "al beso robado"?
- Sí; sí; se pusieron bravísimas.

- No creás...
- Por lo menos Sandra con Fercho.
- ¿Siempre se cuadró con Esteban?
- Sí; pero ya le dió el ultimátum.
- ¿Y vos qué? ¿Qué hay de Gertrudis?
- No, Toño; no le digás así...
- Si así se llama...
- No, Toño.
- ¿'tonces?
- Tula; Tula es Tula; y no te pongás con esas vainas, que me da rabia.
- Tranquilo.
- Fresco; pero respetá.
- Sí; tranquilo. Pero ¿qué?
- Ahí; hombre, ahí.

Don Rafael roncaba y resoplaba.

Madrugó doña Encarna a hacer los tragos de café y a barrer la entrada. Al sentir que se habían despertado los invitó a desayunar, en pijama, mientras terminaba de arreglar la ropa.

A las once llegó Rafael con los pasajes.

Durante el almuerzo comentaron algunas de sus impresiones y pronto llegó la hora de salir.

Al regresar del aeropuerto Rafael llamó a Claudio. Camila fue a avisarle a la huerta.

- ... Para decirte que ya deben estar por llegar esos bandidooooos... - dijo con euforia.

- Siquiera.

- Son unos bandidos muy simpáticooooos...

- No descansaré hasta que los vea.

- Tranquilooo, hombre; ya deben estar por llegar.

Encarna le cuchicheó:

- Dile que hay que ponerlos en remojo.

- Que hay que ponerlos en remojo, dice

Encarna. Tienen costras de mugre. Mejor

dicho, hay que limpiarlos no con estropajo

sino con esponjillas de alambre.

Claudio rió.

- No; es verdad - dijo Rafael, bajando el tono de la voz.

- Gracias, Rafa.

- No; no hay de qué.

- De verdad; por todo. Dame el número de tu cuenta para enviarte el valor de los pasajes.

- De eso hablamos después - dijo, y comentó -: Esos muchachos deben tener su secreto porque hablaban de sus cosas... Algo debe haberles sucedido...

- Seguramente - convino Claudio.

- ¿Y tu qué? ¡Qué alegría oírte después de tanto tiempo! Sino es por las aventuras de estos polizones no te desencuevas, ¿no?

- Tampoco, Rafa.
- ¿Este año cumplimos los cincuenta, o los sesenta de graduados?
- Perdí la cuenta.
- La cuenta, no; la memoria...
- ¿Si valdrá la pena reunirnos?; quedamos pocos...
- Cuando pienso en lo que depara la vida me entristezco...
- Pero de todas formas, Rafa: ¿Dónde la encontramos sino es en nuestros sentimientos?
- Y está bien que tan solo sea una. Te digo que siquiera no me tocó ser gato,

porque si con una he tenido tanto problema,
¿cómo sería realizando siete?

Claudio sonrió y dijo:

- ¿Qué hay de los brevos?
- Todavía cargan.

Camila se acercó y le dijo que lo iba a
aburrir con su eterno poema de las cosas.

- Ya me está regañando Camila.

Encarna le dijo que le informara que Lalo
tenía un grano y Toño una costra infectada
en el tobillo.

- Que gracias - dijo Rafael a su esposa.
- Pregúntale que cuándo van a venir - le
pidió Encarna.

Claudio, que había oído, lo interrumpió y le dijo:

- Ya oí... Dile que gracias. Vamos a ver cuándo podemos sacar unos días.

- Con tanta ocupación...

- No; eso es lo de menos; tu lo sabes...

Lo que pasa es que es difícil arrancar...

- Nada, Claudio; lo deciden, y ya está.

Para nosotros será un placer. Claudio...

- Sí; Rafa.

- Ahora que todavía podemos...

- Sí.

- Como dice la canción: "... en vida hermano; en vida...".

- Bueno.

- Que lo de los niños sea un motivo.
- Vamos a hacer lo posible. Yo no sé por qué ahora, que todo debería ser más fácil, se hace más difícil.
- Nada de disculpas, amigo; los esperamos.
- Gracias. De los pasajes hablamos otro día. Ahora debes prepararte para recibirlos.
- Está bien; está bien.
- Ahora sí pásame a Camila, que Encarna quiere hablarle.
- Ya te la paso.
- Claudio: no te olvides de decirle a los muchachos que te cuenten lo que les pudo

haber pasado, no sea que se hayan metido en un lío y después sea peor.

- Despreocupate; hablaré con ellos.

Una mariposa negra revoloteaba a bordo; los pasajeros la seguían con la mirada temerosos de que se les fuera a posar y cuchicheaban.

- ¡Uy! - dijo la azafata al verla, y fue a contarle al piloto. La compañera la siguió. Cerraron nerviosamente la cabina.

Una señora se levantó y con un sweater trató de alcanzarla, pero no pudo; en otro puesto hicieron lo mismo. Los pasajeros se ponían

de pie tratando de cazarla. La golpearon con una chaqueta y cayó al pasillo. El auxiliar de vuelo la envolvió, dentro de las noticias de un periódico.

Deslizándose en el aire con un suave murmullo sostenido, el avión viró a la izquierda y lo muchachos vieron, sobresaliendo entre las altas cumbres de la sierra, El Nevado. Se acercó y pasó junto a sus nieves perpetuas. Una campanita y un cambio de luces interrumpieron su admiración.

- Abróchense "bien" los cinturones -
indicó una azafata.

El avión tembló y perdió altura: los colores se desvanecieron; el cielo se oscureció.

- Apague el cigarrillo - le solicitó con delicadeza a un pasajero.

- Cuándo acabarán con esa perniciosa costumbre - comentó su vecino.

Al otro lado del Nevado llovía. Después de la lluvia salió el sol y ..., apareció el valle.

Los avisos del pasillo se apagaron y la campanita volvió a sonar. Se sintió una expresión de generalizada tranquilidad y los viajeros volvieron a fumar y a conversar...

Las señales de la nave se repitieron. Los distintos cultivos se veían más cerca con sus distintos tonos y matices.

- Avión, próximo a aterrizar.

Los familiares esperaban.

El avión iba a tocar tierra y volvió a elevarse; dió una vuelta sobre Trujillo y pidió autorización a la torre de control del aeropuerto para aterrizar y tocó suelo... La llanta delantera se estalló. Se oyeron dos, tres explosiones y el avión resbaló sobre el cemento arrancando chispas al roce de los rines hasta acabar la pista y continuó a un potrero contiguo dejando tres hondas y profundas huellas.

- Dios mío qué trastornada estoy - dijo una mujer mayor que esperaba a su marido.

- Se ha desmayado - dijo alguno.

- ¿Quién es?
- Mi hermana - contestó una señora.
- Se impresionó.
- Por favor, ¿me ayuda a llevarla a la enfermería?
- Disculpe; no sé qué habrá pasado en la pista...
- Pero... ¿qué hago?
- Yo le ayudo - se ofreció un joven lustrabotas -. La enfermería está en el segundo piso.

La gente corría mientras en el piso del salón, un gusanito se movía sin rumbo definido.

Las sirenas sonaron y los bomberos con sus cascos rojos se precipitaron al sitio, ayudando a salir a los asustados pasajeros con sus largas y delgadas escaleras amarillas.

Claudio supo que Lalo había llegado al oír ladrar a Onix y cantar a los canarios, que sintió que la puerta se abría y la alegría volvía a la casa. Sacó un asiento al corredor de la huerta y vio el atardecer con el corazón contento. Imaginaba su

reencuentro con Daniel, Fernando y Mauricio; con Irene, Tula y Patricia; con Sebastián, Santiago y Esteban; con Olga, Paola y Sandra, con todos los chicos del barrio; todos querrían saludarlo.

Camila comentó que habían venido por José Antonio.

- Me siento feliz - dijo Camila.

Claudio no le contestó, se levantó y paseó por el comedor.

Camila vio pasar a don Ramón Flórez cabestreando uno de sus caballos.

Esa noche Claudio durmió relajado y tranquilo.

La tarde siguiente estaba guardando la manguera en el cuarto de las herramientas, llegó Lalo y se sentó en el banco.

- ¡Carambas!, ¡eres el mismo! - exclamó.

Lalo sonrió balanceando los pies.

- Pero si yo creí que te habían salido cachitos...

- ¡Qué va!

- Decían que te habías ido pa' los infiernos.

- Exageraciones, tío...

- ¿Tío? - exclamó Claudio.

- Se me escapó.

- ¿Me vienes llamando tío?
- Así se dice en Puerto Balí...
- De manera que llegaste con
extranjerismos. ¡Cuéntame cómo te fue!
- Nos pasaron muchas cosas.
- ¿La salud?
- Bien.
- ¿Tu amigo?
- También; no nos pasó nada malo; solo
rasguños, pero experiencias, sí...
- ¡¿Experiencias?!
- A usted sí se las voy a contar.
- Cuando quieras; que deben ser muy
interesantes.

Lalo le contó como había sido "parte" del viaje en el camión de Joaco, la llegada a Santiago y los bien que se habían manejado don Rafael y Encarna; pero que había "algo" que él le quería contar después.

- Está bien; está bien; me contarás de a poquitos, pero dime, ¿siempre se van de la ciudad?

- Mi papá dice que puedo seguir en el colegio. Raro que no me pegó.

- Seguro quiere dialogar contigo.

- Pero hay cosas que uno no le cuenta ni a su propio padre. A los amigos sí. Yo quiero contárselas a usted.

- Ya sabes; cuando quieras. ¿Entraste por el patio?

- Por la puerta.

- Entonces ya saludaste a Camila.

- Sí.

- ¿Cómo te sientes?

- Ahí.

- Para empezar de nuevo.

Dejaron el cuarto de herramientas y pasaron a la sala.

Camila los escuchaba desde la cocina.

- Vida nueva, Lalo.

- Sí.

- Una segunda oportunidad.

- Sí.

- Cuando uno toca fondo puede volver a colocar las fichas.

Tocaron a la puerta; Camila abrió; era una mendiga:

- Una ayudita para esta viejita que ya no más cae.

Camila le dió un banano.

- Hoy por tí mañana por mí; que la parte que está abajo va para arriba y la que está arriba va para abajo. Dios se lo pague.

- Así sea.

Camila cerró.

Claudio continuó diciendo:

- No todos tienen la oportunidad de jugar una nueva partida.

Camila opinó:

- De todos modos uno nunca vuelve a empezar de cero.
- ¡A nosotros nos pasaron unas ...!; con la guerrilla...
- ¡¿Con la guerrilla?! - preguntó Camila.
- Sí; pero mejor se los cuento después.
- ¿Cómo fueron a dar a Puerto Balí?
- Esa es peor...

Camila se sentó.

- Les podía haber pasado cualquier cosa - dijo.
- Nos pasó... - dijo, dándose importancia
- Con decirle que nos metieron en un camión de locos y vimos al Diablo.

- ¿Al Diablo?
 - Sí; en la desembocadura del Guadú...
 - ¿Hasta allá fueron?
 - Selva adentro...
 - Pero cuéntame una cosa - dijo Camila
poniéndose de pie -; que tienes un grano
infectado... ¿Verdad?
 - Este - dijo, descubriendo el hombro -;
pero ya está curado.
 - ¿Quién te lo curó?
 - Matilda.
 - ¿Quién es Matilda?
- Claudio se levantó y dijo:
- Camila: Lalo va a venir a contarnos
todo - y se volvió a sentar.

- Hay mucha cosa; ¡uff! Lo de Benildo, Waldomiro, Koko, Gumaro...

- Mucha cosa - dijo Claudio.

- Sí; los secretos del Jai, y lo de Sablet... - dijo interrumpiéndose.

- Ya regreso - dijo Camila -; voy por el pan y la leche.

- ¿Lo de quién? - preguntó, suavemente, Claudio -. ¿Me lo quieres contar ahora?

- No; después. Es que tengo que hablar con José Antonio.

- Bien - dijo Claudio -; cuando puedas.

Claudio metió la mano al bolsillo del sweter y la sacó con el puño cerrado, estirándosela a Lalo.

- ¿Qué?
- Pon la mano.
- Lalo la puso y Claudio abrió la suya dejando caer un llavero.
- Es de los que contestan cuando silbas - dijo el viejo.
- ¡Qué chévere!

Lalo salió.

- ¡Lalo! - llamó Claudio.

El muchacho regresó y el viejo le dijo:

- ¿Y qué? ¿No te vas a despedir de la tía...?

Camila volvía de la tienda.

Lalo sonrió y se despidió de mano.

- Ah, muchacho - exclamó Claudio, sintiendo que Camila le tomaba la suya mientras lo veían entrar a la casa, saltando el muro del antejardín.

La voz de doña Sara, la vecina, lo sacó de su complacencia.

- No le tiren piedras al perrito. ¿No ven, que él también siente?

- Fue él - dijo un niño.

- Acusetas, fuiste vos.

Y salieron corriendo.

El lunes tocaron a la puerta. Serían las 7 de la mañana. Era la empleada que reemplazó

a Tomasa. Lalo abrió y continuó para el colegio. Se devolvió porque Onix salió detrás; desde su regreso se había vuelto muy zalamero. En la calle se cruzó con Abelardo. Traía un libro en la mano que leía en sus momentos libres.

- Chao, Abel - dijo, colgándose el maletín del hombro.

- Chao, joven.

Salieron Edgar Mario y Luisa; luego a las 8 don Francisco y Abelardo se fueron en el carro. Don Francisco entró al almacén; dió

algunas instrucciones a los dependientes y

llamó al chofer.

- Por favor, lléveme a la oficina del doctor González.

Abelardo cuadró el carro al frente y don Francisco subió.

- ¿Qué hubo; le cambió aceite?

- Sí; don Francisco; ayer.

- Voltee por allí...

Al llegar al edificio le dijo:

- Vuélvase para el almacén; yo lo llamo para que me recoja.

- Perdón, don Francisco. ¿Podría aprovechar para ir a comprar las cosas que necesita la señorita Luisa?

- ¿Cuáles?

- Unas cartulinas para el colegio.

- ¿Tiene la plata?

- La señora Adela me la dió.

- Haga esa vuelta y se va para el almacén.

- Sí; don Francisco.

Don Francisco cerró la puerta del carro y agregó, mirándolo por la ventanilla:

- No se olvide de comprar los remedios de doña Silvina.

- No.

- ¿Tiene plata?
- Ella me la pasó con la fórmula.
- Bueno; hasta luego.
- Sí; señor.

En la oficina el doctor González le decía:

- Opino que el aspecto más importante de esta batalla está en las acciones no militares. Es muy peligroso que uno se deje arrastrar por el deseo de que se produzcan choques cuerpo a cuerpo.
- La violencia engendra violencia; y lo que nos queda es un país destruído; dolor; miseria.
- Si hay que combatir es mejor hacerlo en el campo de la logística.

- El diálogo, doctor González, puesto que después de Adán podemos oírnos unos a otros...

- Ya desde la antigüedad decía Sun Tzu que vencer al enemigo militarmente es la estrategia inferior; y que derrotarlo psicológicamente, la superior.

Don Francisco no quería hablar de estas cosas pero el doctor González, había puesto el tema.

- ¿Qué resultado tuvo el peritazgo?

- Positivo; la huella es de quien suponíamos.

- ¿Sí?

- Sí; y la policía le hizo un seguimiento.
- Entonces los muchachos tenían razón; ¿recuerda que le comenté que lo habían visto conversando con el del carro negro?
- Sí; claro que sí. Y déjeme decirle que el carro ya lo tienen ubicado.
- ¿En dónde?
- En un garaje, a las afueras de la ciudad.
- Entonces él era el que informaba.
- Por supuesto.
- Créame, doctor González, que quiero que todo esto termine. Ya no deseo saber nada más de este caso.

Sentado en el suelo de la celda veía el ángulo recto de las paredes que se unían

para encerrarlo, y siguiendo con la mirada a la derecha se encontraba con los gruesos barrotes de la puerta, con su ancha aldaba de hierro, atravesada y asegurada con un pesado candado.

- De manera que no conoce el papelito - dijo el Comisario, desde la oficina.

- No.

- ¡Y su huella digital!, ¿qué? - gritó.

- No; esa no puede ser mi huella - dijo Abelardo -. Es una equivocación.

- La criminalística no se equivoca, A.2.

- Todos nos equivocamos.

- No; todos, no; la dactiloscopia es infalible.

- Me da mucha pena pero todos nos equivocamos.

- No; la dactiloscopia es la reina de las pruebas investigativas; sepa que usted está perdido.

Abelardo seguía sentado. El Comisario se acercó y le dijo:

- ¿Ha oído hablar de Vucetich?

- No.

- Claro, que no; la gente como usted sólo piensa en tramar a los demás.

- ¿Quién es ese tipo?

- El que lo identificó a usted.

- Falso; capitán; yo no lo conozco. Le juro que no sé quién es ese. Están consiguiendo testigos falsos.

El Comisario sonrió con aire suficiente.

- ¿Se le ofrece algo? - entró preguntando uno de los policías de guardia, llevando un pocillo de tinto en la mano.

- No; agente.

El Comisario le dijo, agarrando con la mano derecha uno de los barrotes de la puerta:

- Hacía días que lo veníamos siguiendo...

Abelardo lo miró y permaneció en silencio por un momento; luego dijo:

- ¿Por qué? ¿Si yo no he hecho nada?

El Comisario contra su costumbre le dijo:

- ¿Quiere llamar a su casa? ¿Quiere que lo asista un abogado?

- No me puede detener por un simple papel.

- ¿No?

- ¡No!

- ¿Por qué no?

- ¿Por qué sí? Exijo una explicación; tengo derecho a que se me de una razón.

Ese papel no dice nada.

- ¿Cómo sabe que no dice nada?

- Porque no le veo nada. ¿Por ese papel me detiene?

- Sí.

- Entonces es injusto. Le pido que llame a mi familia; necesito un abogado.

- Con mucho gusto, Abelardo... ¡Qué nombrecito!

- ¿Por cuenta de qué funcionario estoy retenido? ¿Cuáles son los motivos? ¿Dónde está la orden judicial?

El Comisario se separó de la reja y fue hasta su oficina, tomó el teléfono de su escritorio y negligentemente marcó el dial.

Don Francisco les había rogado que no ejercieran nada de violencia ni técnicas de ablandamiento. El Comisario se sentía incómodo con su propia amabilidad.

Abelardo sabía que le iban a pegar.

- Tus compinches ya confesaron,
Cainardo - gritó el Comisario.

- No tengo.

- Llegan primero que tu abogado.

- ¿Es que no lo va a llamar?

- Lo que pasa es que tus cómplices
vienen en la jaula.

- No tengo cómplices, capitán.

- Yo no soy capitán; soy el Comisario.

Encendió un cigarrillo y arrojó la cerilla al
suelo.

- ¡¡El Comisario Rugeles!!

Timbró el teléfono.

- De manera que con papelitos, ¿no?

- ¿Qué?

La cerilla se consumió.

- Sabe para qué son buenos esos
papelitos - le dijo, yendo a contestar.

Levantó el teléfono y dijo -: ¿Sí? A la orden

- no dijo más y colgó.

Abelardo creyó que era su abogado.

- Pues bien esos papelitos están buenos
para...

En eso entró la patrulla conduciendo a los
capturados, entre ellos a Franco, el correo
de la Organización; uno de los agentes dejó
sobre el escritorio del Comisario varios
ejemplares usados de "La piel de Abaga",
junto con unas hojas escritas con palabras
tomadas del libro, que se sustituían por el

número que les correspondía en cada renglón y página, que permitieron descifrar sus mensajes y conocer los detalles de sus fechorías.

Serían las cinco de la tarde; Claudio estaba sentado en la mesa esperando que Camila le llevara un plátano aborrajado y vio pasar a Lalo; se levantó y fue a observarlo junto a la ventana; lo vio en su bicicleta amarilla; lo vio pararse sobre los pedales para imprimirle velocidad y luego frenar haciendo resbalar la llanta trasera.

Con él estaban Toño, Daniel y Miguel. A Esteban el yeso no le impedía ser el que más resbalaba.

- Lalo, que se entre.
- Ya voy.
- Lalo que se entre, manda a decir mi mamá.
- Dígale que ya voy.
- ¡Laloo!
- Que ya voy...
- Se va a quebrar un brazo por andar haciendo bobadas.
- Un ratico no más.
- ¡No!
- Sí.

- ¡Carambas! qué muchacho tan necio.

Yo no sé...; le voy a decir a mi mamá.

- Un ratico.

- Lo va a ver.

Daniel pasó haciendo canguro; Mauricio, al querer bajarse de la bicicleta en movimiento perdió el equilibrio y se cayó, cuando salía Adela.

- ¡Cuidado, Mauricio!

- No es nada.

- Puede hacerse daño. Tenga cuidado.

- Sí, señora.

- Lalo.

- Sí, mamá.

- Entrese ya.

- Pero, mamá; déjeme un ratito más;
fíjese que es viernes.

- Bueno, hasta las siete; después de
comer vuelve a salir.

- Sí - dijo, dándole vuelta a su bicicleta.

Una algarabía de muchachos alegraba el
corazón de la calle.

El sábado, a medio día, estaban almorzando
y sintieron resbalar una carta.

- Después de almorzar la abrimos - dijo
Adela, colocándola en el vargueño de la
entrada.

- ¿Para quién es? - preguntó Luisa.

- Para Lalo.

A Lalo le brillaron los ojos.

- ¿De quién?

- De Waldomiro.

- ¿De Waldomiro? - preguntó con alegría.

- Sí - dijo Adela -. Viene de Puerto Balí y remite Waldomiro Mandinga.

Lalo se comió rápido los spaguettis con queso rayado y tomate, cogió la servilleta y la dejó manchada de salsa. Se subió.

El sobre venía escrito a lápiz con letras grandes, irregulares, en imprenta; Lalo se

sentó en su pupitre, lo abrió con un cortapapel... Y se entristeció.

Benildo casi había muerto de cólera.

Aunque tocaron a su habitación no abrió.

Sacó los dibujos del viaje y se puso a recordar todos esos momentos que pasaron juntos. Sacó su cuaderno y le escribió a Benildo, a donde quiera que se encontrara, dándole las gracias por todo lo que había hecho por ellos y prometiéndole que cuando fuera grande sería médico para ayudar a la gente.

El cartero se devolvió y tiró otra carta. Era también para Lalo. Luisa la echó por debajo de la puerta. Lalo reconoció los garabatos

de Benildo. La abrió sintiendo las
aceleradas pulsaciones de su corazón.
¡Benildo estaba bien! Eso era todo.